

La Diosa de la Noche.

Zoe Cuba



Capítulo 1

Vestida con un galante vestido blanco que adornaba a la perfección su figura, caminaba de un lado a otro descalza, atrayendo la mirada de todos en el lugar, incluso de las mujeres.

Desde muy joven sabía perfectamente que su vida se trataría de esconder su cuerpo, hasta que a sus dieciséis años logró sacar provecho de ello, y es que con su altura de 1.65 metros, largas piernas con figura envidiable y unos pechos perfectamente redondeados, levantaba la vista de todos a cualquier habitación a la que entrase. De cabello color castaño cenizo, tez blanca y ojos azules no era más que una Diosa.

Y era efectivamente como se referían a ella cada que tenía que salir a realizar su espectáculo. La Diosa de la Noche, todos esperaban su acto en la noche en el que cantaba unas cuantas canciones y danzaba al son de la música sensualmente.

No era precisamente lo que deseó toda su vida pues siempre creyó trabajar en una importante editorial traduciendo libros o incluso haciendo los subtítulos de sus películas favoritas, no precisamente esto. Aunque de alguna manera muy retorcida disfrutaba escuchar a todos aclamar su nombre y pedir más tiempo de su acto.

Afortunadamente siempre se destacó en los idiomas y es por ello por lo que conseguía los mejores horarios en los que había más personas, ganaba más propina e incluso le invitaban algunos tragos que por supuesto no pasaban desapercibidos por su jefe.

Suspiró en cuanto la última luz del escenario en el Bord'Elle Bar la dejaron de iluminar y bajó de una mesa con ayuda de un hombre que la miraba fijamente y entonces aquella mirada de perversión total la acompañó hasta el camerino en la parte trasera del lugar.

Caminó con una gran pesadez a lo largo del pasillo, sus pies le estaban matando e incluso por fin pudo sentir el frío invierno de Montreal, a pocas semanas de Navidad no podía quejarse eran los mejores, con mayor afluencia de personas y muchísima mayor propina.

Era otra cosa de la que tampoco se quejaba, ganaba bien y era un extra del poco dinero que le ofrecían en su actual empleo de Intérprete en Toronto, sabía perfectamente que es un buen negocio, pero al ser la más novata del lugar la veían de manera inferior y no le ofrecían muchos trabajos.

Abrió la puerta con desesperación y le sonrió por última vez al señor que le siguió cerrando la puerta con pestillo. Fue a sentarse al sofá de

terciopelo rojo y descansó en cuanto dejó sus pies caer sobre el brazo del sofá, por fin logró respirar. Ni siquiera se preocupó en quitarse el maquillaje, se quedó dormida enseguida hasta que escuchó la puerta trasera sonar constantemente.

— ¡Noira! —gritó un hombre detrás del pedazo de metal, como resorte se levantó para observar al viejo reprocharla con la mirada—. Otra vez te quedaste dormida, deberías tomarte un descanso.

—Mi estatus social no descansa Harry, gracias, en un segundo voy.

El hombre de barba tupida completamente gris asintió con aquellas orugas gigantes que descansaban sobre sus ojos color miel y desapareció en la oscuridad del pasillo. Noira se apresuró a recoger sus cosas, metió sus pies en unas pantuflas y echó su mochila a la espalda, luego se cubrió con una cobija color vino y salió como alma que lleva el diablo directo a la puerta del lugar. Sabían perfectamente los del lugar que sus chicas no eran de la ciudad de Montreal, todas residían en ciudades cercanas o incluso lugares más alejados. Incluso Noira que su departamento se encontraba a ocho horas del lugar, cada viernes en la tarde y Domingo en la madrugada se dirigía a la estación de autobuses para llegar a su destino. Cargaba con su confiables pack de cojín, cobija, bata y pantuflas, ya hasta los empleados de los autobuses que conducían la esperaban si llegaba unos minutos tarde.

Y era efectivamente lo que hizo esa noche, corrió junto a su compañera Juliet y subieron al autobús con cinco minutos de retraso, el conductor le sonrió y enseguida cerró las puertas.

—Si no te quedaras dormida podríamos llegar más temprano —comentó Juliet colocando su bolsa en el asiento y luego ella misma se tiró agotada en el mismo lugar, Noira enseguida se sentó también.

—Lo siento, me quedé dormida y no, esta vez no puse alarma —agregó antes de que le siguiera regañando.

— ¿Qué harás en Navidad? —sacó de su bolsa una barra de chocolate y le ofreció a la mujer de cabello cenizo.

—Lo que siempre hago desde hace nueve años —suspiró—. Venir a trabajar, comer un poco, disfrutar y dormir temprano al amanecer, puede que agregue este año un par de copas de vino.

Juliet se carcajeó.

—No puedes seguir haciendo esto por siempre, tal vez deberías comenzar

a pensar en otras cosas. Como matrimonio.

Matrimonio, efectivamente era lo que buscaba su amiga y compañera de trabajo. Era fácil que ella lo dijera, después de todo a sus veintidós años era lo que toda chica sin futuro buscaba, un marido rico, seguir trabajando o incluso superarse, pero no ella, ella sólo deseaba un marido rico.

Y no dudaba que lo encontrara, su figura de 1.70 esbelta y con largo cabello rubio, nariz respingada y ojos cafés, otra Diosa. En su lugar deberían llamar al bar el Burdel de las Diosas. Era algo que pensaba constantemente, siempre se encontraba alrededor de mujeres tan bellas.

Soltó otro suspiro y se dejó llevar por el dulce sabor del chocolate con trozos de galleta.

—Yo sólo quiero seguir ganando miles de dólares los fines y seguir a mi aburrida vida entre semana.

—Y encontrar un sugar que te mantenga —codeó sus costillas y le provocó la risa—. En Navidad iré a ver a mi familia.

—Oh vaya, eso es grande, ¿ya te arreglaste con tu padre?

—No del todo, sigue enojado cuando se enteró que trabajaba en un burdel, pero es que ni siquiera me dejó explicarle que era uno elegante y que no debía desvestirme por dinero.

—Estamos casi desnudas en la mayoría de los vestuarios.

— ¡Pero! No completamente. Sólo quiero que sepa que lo estoy ayudando a pagar mi colegiatura. De verdad, en cuanto termine la carrera, adiós a las miradas de hombre pervertidos y asquerosos. Hola, azafata.

—Que casi es lo mismo —su amiga iba a replicar a su comentario, pero se quedó callada—. Ojalá podamos tener el mismo sueño.

— ¿Ser azafata?

—No, no, quiero tener un sueño, mejor dicho, no tengo idea de qué hacer con mi vida.

—Has dicho que querías doblar películas.

—Hacer los subtítulos de las películas —le contradijo—. Y todavía quiero, pero los idiotas de mi trabajo no me dan... ¡Trabajo! Sólo quieren que

vaya y sonría para la publicidad, estoy harta.

— ¿Te pagan por ser la cara bonita de la empresa?

—Eso es lo peor, no lo hacen. Y si lo hacen, es un porcentaje muy bajo. Y para la vida que me gusta llevar muy apenas me sobra para gastar en ropa bonita.

—Pues deja de comprar tantas cosas —la chica hizo un puchero—. Ya llegará algo, lo verás. Sólo debes esperar un poco.

Asintió tomando la mano que su amiga le tendía y sonrió, siempre acudía a la palabra “Destino”, y Juliet creía fervientemente en eso, “Tu destino te depara algo fantástico”, quería creer en ello, pero con veintisiete años en sus costillas pronto no bastaría con hacer ejercicio y dieta para seguir trabajando en el Bord’Elle, tendría que hacerse algún arreglo con cirugías, subir un poco aquí, un poco allá y parecer muñeca de película de terror.

Estaba en la mejor época de su vida y sentía que no avanzaba demasiado.

Durmió por horas hasta que Juliet se despidió dos horas antes de su parada y la vio bajarse, entonces no pudo volver a conciliar el sueño. Divagó por los paisajes, repasó mentalmente todo lo que había en el autobús y recordó lo que tenía que hacer ese mismo lunes. Primeramente, ir al lugar de su empresa en la 8 calle King, entrar por las elegantes puertas y subir hasta el 808 donde iría a tirar un poco su dignidad para pedir algún trabajo de intérprete o traductor, seguramente su jefe le diría que aún no había ninguno que cumpliera con su currículum y mandaría a la misma persona de siempre porque ella suponía dormían juntos. Bajaría nuevamente y se pasearía por el lugar hasta su cafetería favorita para comer algún sándwich y un café que a duras penas le saciaba el deseo de regresar a su casa y dormir. Regresaría con el estómago lleno y se sentaría en su computador para seguir traduciendo el libro de casi dos mil páginas que tenía agendado desde hacía dos meses.

Luego regresar a su adorable departamento y dormir hasta el siguiente día para hacer la misma rutina. Agradecía tener que ir cada fin de semana al bar para salir un poco de sus hábitos. Adoraba cada espacio del enorme lugar y cada luz que reflejaba su piel para darle un poco de felicidad o deseo a los que la veían, cualquiera que fuera el caso.

Llegó a su hogar alrededor de las siete de la mañana, no le dio ni un segundo para recostarse y dormir un poco cuando su alarma del celular comenzó a retumbar en las paredes de su habitación con la canción de “Le Freak – Chic”, nuevo recordatorio, debía cambiar esa canción antes de

que le diera un infarto cada mañana.

Apenas se duchó y con un pantalón café claro y blusa azul con rayas blancas salió a la fría mañana, el abrigo grueso del mismo color que su pantalón cubría sus hombros luego subió al pequeño auto de color azul rey que sería su taxi. Las manos congeladas descansaban sus piernas mientras veía al hombre que manejaba con tranquilidad por las hermosas calles de Toronto, recordó desde que supo que se mudaría con sus padres no pudo si quiera dormir por dos semanas. Todavía extrañaba los días en su antiguo hogar en Australia, lo único que odiaba verdaderamente era el frío tan extremo que a veces llegaba a hacer.

Entró en el estacionamiento y en unos segundos ya se encontraba caminando hacia el ascensor, los tacones de sus botas negras resonaban a lo largo de todo el subterráneo, presionó el botón y entró en cuanto las puertas se abrieron.

Escuchó a alguien gritar que detuvieran el ascensor, pero su distracción en la bolsa de mano junto con su celular hizo que ignorara la petición de la mujer que tanto gritaba detuvieran la caja de metal. Elevó la mirada al abrirse las puertas y fueron a parar en el corredor que la dirigía al 808, hizo una mueca y comenzó a caminar.

Su vista se paseó por todo el lugar como de costumbre observando qué había de nuevo, en el pizarrón de corcho colgaban varias notas publicitarias, algunas solicitudes, vacantes e incluso ella misma en una imagen de publicidad del trabajo.

Una en específico le llamó la atención.

“Posada Navideña”, leyó. La misma posada que se celebraría como el año pasado en el vestíbulo del lugar, con vino espumoso y tinto, algunos bocadillos y una cena de la cual todos se la pasarían hablando hasta la de “Fin de Año”, todos excepto ella, que a ninguna de las dos se había atrevido a ir. No porque le desagradara el lugar donde trabajaba, y es que sí en parte era eso, sino porque no tenía tiempo para hacerlo. Le encantaría ir, pero su contrato en el bar la ponía de brazos cruzados. Tampoco podría negarse a la jugosa cantidad que se avecinaba.

Aprisionó sus pechos con las manos al cruzarlas y elevó la mirada pensando, luego giró y vio a su jefe saludarle desde dentro del lugar indicando que le acompañase.

— ¿Nos deleitas con tu presencia matutina? —preguntó el hombre joven calvo—. Tengo algo de qué platicar contigo.

—Sí, lo lamento —murmuró entrando ante el gesto del joven al abrirle la

puerta.

— ¿Vendrás a las fiestas decembrinas? —ella negó—. Es el segundo año que trabajas aquí, ¿y no te atreves a venir?

—No es que no quiera, sino que tengo que asistir a otro lugar.

—Oh ya veo, ¿fiestas familiares? —ahora asintió entrecerrando los ojos—. Sí, está bien, comprendo. De cualquier manera, no te pierdes mucho del vino barato y los bocadillos rancios.

—Todos dicen que siempre son un éxito.

—No tenemos otra cosa qué decir, no queremos que nos suban el precio de la renta —replicó.

—Oh ya veo —se burló repitiendo lo que él mismo había dicho segundos atrás—. Entonces no me pierdo de mucho, me encuentro mejor peleando con mi familia.

Efectivamente las chicas eran su familia, no tenía ninguna otra después de todo, luego de la muerte de sus padres diez años atrás, no quedaba nadie más que ella en ese lugar y tampoco querría regresar a Australia de brazos cruzados con el resto de su familia que seguramente le reclamarían por lo sucedido.

Entornó los ojos en el hombre frente a ella y no supo si estaba ahí para que le contemplara como estatua o decirle de una vez por todas que no tenía tampoco trabajo para ese día.

—Sólo quería que supieras que el día de hoy alguien solicitó tu presencia —comentó caminando hacia la sala de juntas, pudo divisar a dos personas sentadas, de pronto un nudo se formó en su garganta y la emoción la conmovió—. Es un hombre de negocios, algo dijo acerca de softwares, movimientos grandes de dinero y necesita a una persona que le traduzca alguna etiquetas de los productos además de darle un poco de toque a su nueva página de internet.

—No soy diseñadora profesional.

—Le dije lo mismo, pero comentó algo de querer poner más idiomas en la página, por lo tanto, eres requerida.

—Esto es realmente emocionante, ¿así se siente cuando tienes trabajo?

—Ya tenías trabajo.

—Bueno, leer un libro tan grande es aburrido y parece que sólo me pusiste a leerlo para tenerme ocupada en algo.

Su jefe abrió la puerta de la sala de juntas y entraron, el olor a colonia masculina le inundó por completo las fosas nasales. El hombre frente a ella se puso de pie y sobrepasó su pequeña estatura, eran por lo menos casi dos metros, o al menos eso sentía ella ni siquiera con sus botas más grandes lo alcanzaría.

Anonada por la diferencia de alturas, escuchó a lo lejos su voz grave diciendo su nombre.

—Señorita Noira, es un nombre particularmente inusual.

—Lo es —respondió nerviosa—. Usted es muy grande.

El hombre rio y una hilera perfecta de dientes se mostró, así como la afilada mandíbula que era parte de su perfecto rostro, las cejas eran largas y gruesas, incluso más perfectas que las suyas.

—Su jefe habló muy bien de usted, predica que es la mejor intérprete que tiene.

— ¿Lo soy? —comentó más en pregunta que afirmando mientras echaba un vistazo a su jefe que se hacía chiquito en su silla para evitar la mirada inquisidora de la mujer—. Me dice que requiere ayuda con su página.

—Y proveedores más que nada, soy bueno en los idiomas que usted domina, pero me gustaría ampliar un poco la idea de que nuestra empresa es perfectamente políglota y mi secretaria aquí presente sólo domina su propio idioma. Necesitamos más personas como usted.

Dijo finalmente con los ojos oscuros que combinaban con su azabache cabello, algo que le llamó aún más la atención. Frunció el ceño y aceptó de inmediato moviendo la cabeza de arriba hacia abajo, después de todo sería su primer trabajo importante, y no pondría un paso atrás si quería seguir avanzando en su corta carrera.

—Es interesante lo que dice, muchas gracias por la oportunidad y estaré completamente feliz de aceptar su propuesta. Será un placer.

—Extraordinario —respondió de un salto que hizo asustar a su asistente y en cuanto la vio reconoció que era la misma mujer que le pedía abrir las puertas del ascensor, hizo una mueca que soltó la risa una vez más del hombre y continuó—. Entonces nos vamos, quiero enseñarte unas cuantas cosas antes de comenzar con lo más difícil.

— ¿Qué sería lo más difícil? —preguntó impaciente.

—Mi asistente se pondrá en contacto con usted para poner todo en orden después, ha sido un placer hacer negocios con usted —agitó la mano que le tendió y comenzó a seguirlo con la mirada—. Por lo mientras, andando. Pero, esta vez, deje abierto el ascensor para que podamos subir con usted.

Su comentario la detuvo en seco y posó sus ojos en los suyos, no pasó desapercibida su burlona semblante que la hizo estremecerse por completo, estaba de acuerdo que tal vez lo hacía para burlarse de ella. El hombre de traje azul oscuro colocó su mano en la cintura de la chica y la sintió dar un brinco de la sorpresa, el aroma que despedía era delicioso, su perfume por supuesto que no era natural pero aun así lo volvió loco por unos segundos.

Aromatizó sus sentidos con la encantadora sonrisa que le dedicó y la empujó un poco hacia la puerta.

—No sabía, disculpe.

—Comprendo, su jefe ya me ha advertido sobre los momentos en los que se encuentra en sus pensamientos —comentó burlón—. Pero, estaré encantado de conocer cada una de esas particularidades tuyas.

Noira anotó mentalmente que era después de todo un idiota más que deseaba llevarla a la cama, se orientó a sí misma entre aquellas miradas que le dirigió el poderoso individuo de tez bronceada y cuerpo romano, recordó a los mismos que visitaban el burdel con las mismas intenciones sin saber que ninguno podría tocarla sin permiso alguno del propio dueño del lugar y dado que ella era la más deseada y exigida en ese lugar, no le daba el permiso a nadie en absoluto. Era una joya en bruto, literalmente.

—No me ha dicho su nombre jefe —la última palabra la soltó con un evidente tono asqueado.

—Joseph Myers, es un placer.

Capítulo 2

—Señor Myers aun no entiendo qué es lo que hace.

No volteó a verlo, pero sintió aquella mirada suya que penetraba todos sus sentidos.

—Soy el fundador de los Sistemas Informáticos de Hidden M&M

—Estoy segura de que "M&M" ya está patentado.

—Sí, estamos trabajando en ello, por ahora es Myers et Milton —aceleró en el último semáforo de la 2 Robert Speck Pkwy y la entrada hacia la empresa se abrió ante ellos, dejó el auto en el estacionamiento subterráneo—. De cualquier manera, es un nombre muy corto para todas las cosas que hacemos.

Un "¿Qué tanto hacen?" se ahogó en su garganta cuando él cerró la puerta y caminó con rapidez hacia su puerta y la abrió para ella. Salió del incómodo asiento de un Alfa Romeo 8C Competizione de color blanco y caminó por el frío lugar con el hombre a cuestas.

—Así que es asquerosamente rico —comentó, él le reprochó con la mirada—. Lo siento, hablo demasiado.

—Lo soy, la empresa ha dado frutos en sólo cinco años pero que no te ciegue la idea de que toda mi vida viví en un cuarto de ratas —subieron al ascensor que los llevó hasta el primer piso, el hombre apenas entró se quitó el saco y acomodó su camisa sin corbata, desabrochó los primeros tres botones y peinó su cabello—. Me gusta mucho ensuciarme.

Confesó mirándole de arriba abajo, el simple gesto agitó sus adentros y tan sólo asintió un poco antes de responder.

— ¿Qué haré yo? —además de quedarse quieta para que le contemplara tanto como quisiera.

—Usted señorita, hará sentir bien a mis proveedores, porque en esta empresa nadie los entiende más que usted y yo —dejó caer su saco en la entrada junto a un par de sillas y le indicó con la mirada que dejara también su bolsa y abrigo, y efectivamente ahí hacía un calor del demonio que con dificultad no sabía si era su belleza innata la que la sofocaba o el aire acondicionado en la temperatura más alta. Dejó sus cosas en el asiento y comenzó a caminar junto a él con cierta dificultad, sus zancadas eran enormes mientras que sus pasos eran apenas una cuarta parte de lo que él hacía—. Todos aquí hablan inglés y francés afortunadamente. Pero, mis proveedores en su mayoría son alemanes, algunos italianos y hasta

japoneses. Pero, me importa ahorita ganarme a los alemanes, son buena mano de trabajo, muy buenos y exigentes.

Le miró caminar hacia un puesto de trabajo y platicar en francés con uno de los hombres que le ofrecía la más grande de las sonrisas, otra acción más que la hizo sentir cálida además de su hermosa pronunciación que parecía ser casi natural.

— ¿Usted de dónde es? —le preguntó en cuanto regresó con ella.

—No soy de Francia si es a lo que se refiere —desvió la mirada en cuanto le sonrió—. Puedo sentir su mirada señorita Clyde, y es la misma que he recibido toda mi vida. Las mujeres a veces no son muy discretas.

—Disculpe a mi raza —sonrió también.

—Y estoy seguro de que usted también recibe los mismo comentarios, porque en estos momentos lo único que pienso es lo hermosa que es y lo mucho que desearía llevarla al ascensor —estaba por replicar al no entender su comentario cuando su mirada se posó en sus pechos y la hizo ruborizarse—. Trabajaremos bien, incluso podría pedirle que sea la intérprete e imagen de la empresa, pero eso ya lo veremos luego.

—Joven Myers, no podría aceptar este trabajo si lo único que le interesa es conocer qué hay debajo de mi blusa.

—Podrías hacerlo, porque he pagado mucho para que tu jefe te asigne a mí —se intimidó y retrocedió unos pasos—. Eso sonó terrible. Trabajaremos bien, no estarás mucho conmigo sino con mi asistente y tal vez los proveedores, pero voy a procurar estar presente cuando ellos estén. Constantemente estoy en planta o en Finanzas, no te preocupes.

— ¿No es broma entonces que me quiera como imagen?

—Así es, además de que me interesa especialmente que sepas alemán y no te tendría aquí por tiempo completo, sólo para algunos eventos y tal vez animar a mis chicos que aprendan el idioma.

—No comprendo —comentó furiosa por lo innecesario de su trabajo ahí, después de todo no podría tenerla siempre ahí, sus “proveedores” no estarían siempre ahí—. ¿Cuándo llegan sus proveedores?

—En unos días, así que ensúciate un poco, aprende del trabajo por cualquier pregunta que te hagan y puedas responder tú sola sin mi ayuda. Te agradecería mucho ese gesto.

—No hay problema joven Myers, es mi trabajo.

—Joseph, también agradecería que me llamaras por mi nombre. No respondo a Myers.

—Su empresa lleva...

—El nombre, lo sé —le interrumpió de inmediato—. Pero el idiota de Milton no se encuentra por aquí desde hace dos años, él eligió el nombre, así que dejaremos esta conversación para luego.

Sus últimas palabras fueron calladas por un golpe atronador y él corrió entre las estaciones hasta llegar a una máquina sumamente grande que ni siquiera se le formó en la cabeza la idea de acercarse a aprender, no le gustaba ensuciarse en lo absoluto y menos si ese día llevaba las botas que tanto le gustaban y muchísimo menos un pantalón de color claro. Frunció los labios y se acercó a uno de los trabajadores.

—Hola —este se detuvo unos segundos y sonrió—. Disculpe la pregunta tan directa, pero ¿qué hacen exactamente aquí?

—Nos dedicamos a crear, arreglar y empaquetar software, además de crear hardware para computadoras y algunos más para celular. Además de ayudar en el centro de atención telefónica para personas que tengan problemas con sus sistemas.

—Muy interesante realmente —confesó, la persona rio asintiendo—. ¿Y qué tal su jefe?

—El joven Myers es una persona excelente, da muchas oportunidades de trabajo —ella retrocedió pensando.

La chica asintió agradeciendo y comenzó a pasearse por el lugar, entonces su mirada se encontró con la del hombre que le veía con diversión al intentar evitar cualquier área que le ensuciase. Él por su lado, ya lo estaba, algunas manchas de grasa adornaban su camisa blanca.

Ahora fuera ella la que le miró de arriba abajo, se veía realmente atractivo. Meneó la cabeza regresando en sí. Él se acercó con una trapo en las manos limpiándolas.

— ¿Continuamos? —colocó su trapo en el bolsillo trasero de su pantalón y siguió hablando—. Me gusta ensuciarme las manos, además mis empleados ven que no soy sólo el jefe que quiere ver resultados si él no lo ve.

—Dios —se mofó—. Usted es perfecto.

—Todos merecemos oportunidades señorita Clyde —suspiró abriendo la puerta que los dirigió afuera, el frío le azotó el cuerpo y tiritó por unos segundos—. Espéreme aquí, en un segundo vuelvo.

Lo vio correr hacia una caseta y regresar con una gran sonrisa en el rostro, era la primera persona que conocía de la que sabía que realmente le gustaba su trabajo.

—También tenemos que hablar sobre el hecho de que, si a usted no le gustan las formalidades, a mí tampoco, mi nombre es Noira —el hombre asintió reprimiendo sus ganas de burlarse una vez más—. ¿Dónde voy a trabajar exactamente?

Caminaron por media hora más observando todos los aspectos del enorme lugar, tres pisos eran suficientes para darse abasto, el primero era la planta donde trabajaban todos los productos, en el segundo se encontraba el centro de atención telefónica junto con la cafetería y una sala de convivencia, finalmente en el última se encontraba su oficina y el resto de los departamentos necesarios, entre ellos una sala de juntas y por supuesto su propio lugar donde podría despejarse y hacer lo que tuviera que hacer para poder seguir trabajando en sus libros de traducción, además de dormir que seguramente es lo que haría mientras divagaba por las redes sociales. Sonrió una última vez en cuanto él le abandonó en su diminuta oficina a comparación de las demás.

Estaba pintada de color blanco con una ventana que daba hacia el patio de maniobras, un escritorio con computadora e impresora además de un pequeño sillón verde oscuro circular que le llamaba enormemente a recostarse y descansar un poco, algo que hizo durante las siguientes dos horas hasta que alguien tocó a su puerta.

Se levantó pesarosa con los ojos cerrándose por el sueño y abrió, se encontró a la mujer secretaria que aún ni siquiera se había molestado en aprender su nombre, de por lo menos más de cuarenta años que seguramente contrataron para no tener el problema que ella tenía, no era otro más que imaginarse al hombre tan llamativo de cabello azabache sin camisa.

—Hola —murmuró la mujer—. Mi hermano me ha pedido que venga a conocerte un poco y que seguramente tendrías hambre.

Un pensamiento interno la zarandeó y sonrió muy apenas, apretó el pomo de la puerta con fuerza.

—Tu hermano...

—Sí, me dijo que posiblemente te interesaría saber eso —comentó cómica—. Muchas secretarias sólo se comían con la mirada a mi hermano y no sabían otra información más que la talla de sus zapatos.

Noira ahogó una sonrisa perturbada ante la idea y confrontó el pensamiento de que esperaba que fuera una talla realmente grande.

—Comprendo, entonces tú entraste como su secretaria.

— ¿Tienes hambre? Hoy hay sopa de verduras que en verdad es una maravilla, además de que necesito que firmes algunos papeles de confidencialidad.

Cerró la puerta detrás de ella y comenzó a seguir a la chica, que ahora que la veía su porte no era algo sorprendente como el de su hermano, su cabello estaba apagado, así como su rostro con escaso maquillaje, en cambio de Joseph, sus ojos verde oscuro transmitían un cansancio profundo que eran contrastados con la tez blanca que tenía.

— ¿Cómo te llamas? —dijo atrayendo la atención de la mujer, algo la hizo dudar por unos segundos y habló.

—Nadie aquí sabe que soy su hermana señorita Clyde —frunció el ceño—. Eleanor Milton.

Respondió finalmente antes de buscar con la mirada si alguien las escuchaba. Enseguida su radar se encendió, ¿por qué otra razón habrían de ocultar un hecho tan importante?

Siguió escuchando a la mujer por una hora o dos sólo asintiendo o negando con la cabeza, sin dar muchos datos suyos mientras comía lo que era por mucho la mejor sopa de verduras que probó en su vida, ahora sabía que Joseph era el menor de tres hermanos y que el tal Milton sería sin duda el otro hermano que ahora se encontraba postrado en una cama por enfermedad. Eleanor era la mayor con apenas cuarenta y cinco años.

Mordisqueó el pan de elote y sorbió un poco de café, otra cosa que también les gustaba hacer ahí con la política de que un buen empleado tenía buena comida y horas de descanso es por ello de que creía habían aparecido en el mapa de muchos inversores en los primeros cinco años de creación de la empresa.

Algo tan fascinante como lo esponjoso de su postre, sorbió otro poco de café.

— ¿A qué hora me puedo ir? —Eleanor frunció el ceño ante lo vago de su respuesta después de contarle lo profundo que sentía que era su vida—. No me malinterpretes, podríamos salir a tomar café o a la estética.

La mujer comenzó a reír.

—El joven Myers saldrá de su amplio cronograma de actividades en una hora y entonces platicará contigo para llevarte de regreso a la ABCO

—Noira regresó el gesto en una sonrisa extraña.

—Muy interesante, ¿y el café cuándo?

—Tengo libre el fin de semana.

—Oh, no —hizo un sonido con la garganta—. Estoy un poco ocupada los fines de semana, espero que no haya ningún problema.

—En lo absoluto, pero probablemente te pidamos ir a alguna reunión tal vez a través de alguna plataforma.

—Si es por plataforma estaré encantada de atenderlos —Eleanor anotó algo en su celular—. Lo lamento en serio, es que tengo otro trabajo.

— ¿Y qué haces?

Su animada pregunta la tomó por sorpresa y entornó los ojos en la mujer, nunca tuvo oportunidad de pensar en la respuesta de ello, su mente no trabajaba tan rápido cuando se trataba de encubrir sus mentiras. Inhaló con fuerza.

—Enseño idiomas —respondió finalmente, no era del todo una mentira, sí enseñaba unos cuantos idiomas como gritar maldiciones y perversiones hacia su propia persona para su suerte, Eleanor, no preguntó nada más ante la notable incomodidad de su propia respuesta, le prestó su celular que en la pantalla mostraba su nombre en la aplicación de contactos, elevó la mirada para verle y le dedicó una sonrisa aún más animada que su pregunta de hace unos segundos, tecleó el número y le devolvió el celular—. Espero realmente que nos veamos para un café.

Eleanor asintió levantándose de la silla y agitó su mano en una despedida, se quedó completamente sola en unos segundos y observó lo felices que se encontraban todos ahí, tal vez después de todo la política que tenía la empresa era acertada a usarla.

Jugó por un rato en su celular hasta que el hombre apareció por las puertas del lugar caminaba junto a otras dos personas platicando de Dios sabe qué, le dirigió una mirada que sólo a ella le calentaría hasta los

cielos, la tensión que sentía cada vez que le miraba era indescriptible.

—Es una coincidencia encontrarte aquí, mi hermana dijo que se vieron hace más de una hora y que no era posible que siguieras aquí.

—No tengo mucho a dónde ir —comentó encogiendo sus hombros. Él asintió frunciendo el ceño—. Me ha dicho que usted tenía que hablar sobre unas cosas conmigo.

—No que yo sepa, ya has firmado los papeles de confidencialidad, ¿cierto? —ella asintió intrigada sobre lo mucho que sabría en esos días y qué tan importante sería como para no comentarlo ni siquiera en sus inexistentes reuniones familiares—. Entonces eres libre por hoy, puedo llevarte a tu.

—Puedo tomar un taxi —replicó de inmediato. Joseph meneó la cabeza, podrían llevar unas cuantas horas conociéndose y ya sabía que era tan terca como su propia madre—. No quiero intervenir en su apretado cronograma de actividades.

—Así que ha dicho “cronograma”.

—Así es y recalco que hasta que lo acabara... —no continuó al ver lo risueño que se había puesto—. Joven Myers. Realmente espero que sepa que puedo llegar a ser muy cómica y estresante.

—Anotado, y también muy terca —comentó poniéndose de pie, recorrió la silla a su posición original y le miró de reojo—. Te llevaré, todavía tengo unas cosas que hablar con tu jefe.

Zarandeó sus pensamientos al verle desde abajo y un pensamiento fugaz pasó por su cabeza deseando saber el tamaño de sus zapatos con tanto esmero que sería la primera cosa en preguntar si él le daba la oportunidad. Agradeció regresando a su nueva oficina por su bolsa y se encontraron en el estacionamiento unos cuantos minutos más tarde, ya traía una vez más aquel estilo rígido que conoció en primera instancia.

—Gracias por el tour, me ha gustado saber que trabajaré en un ambiente tan agradable.

—Espero que podamos hacerlo pronto —sonrió ante su comentario con doble significado y reanudó con su atención en el camino hacia la calle King. No pudo evitar volver a inspeccionar cada parte de su cuerpo descubierto, el perfil de Dios con el que se cargaba, el perfecto cabello, aquel porte de príncipe y el cuerpo espectacular de cualquier guerrero, no conoció nunca a alguien tan espectacular como lo era ese hombre y agregándole la notable inteligencia innata tenía todo el paquete completo.

Mordió levemente su labio inferior pensando y volvió sus ojos al camino. No duró mucho más manejando y en cuanto llegaron al estacionamiento de su trabajo soltó una inhalación que ni siquiera sabía tenía contenida en los pulmones. Bajó de inmediato y se unió a Joseph a la espera del ascensor que los llevaría a las oficinas de ABCO. No tenía de otra más que seguir esperando junto a él.

—Entonces, proveedores alemanes —comentó golpeándose mentalmente ante el comentario tan burdo con el que habló, él curvó los labios en una sonrisa mientras entraba al ascensor, así como ella que sólo cerró los ojos deseando no haber dicho eso—. Lo siento, no sé qué decir con exactitud, supongo que tendré que trabajar duro para hacer plática con usted.

—Sí, es mejor, tendrás que socializar con mis proveedores “alemanes” —se mofó de ella, apretó el botón y el ascensor comenzó a andar—. Pero no te preocupes, también sé a la perfección que puedo dejarte sin palabras, es algo que no puedo evitar causar en las personas.

Le sorprendió el comentario especialmente la parte en la que se dirigía a si mismo con un “troublemaker”, sin excepción ya fueran hombres o mujeres.

—Podrá hacerse a la idea de que ni siquiera me interesa acostarme con usted.

—Señorita Clyde —replicó con falsa indignación—. Nunca mencioné el tener relaciones.

Volvió a golpearse mentalmente, ¿cómo es que todo lo que salía de su boca sonaba tan mal?

—Disculpe, eso fue muy atrevido de mi parte.

Joseph movió la cabeza y paseó su mano alrededor de la cintura de la mujer que atrajo hasta su propio cuerpo. De pronto sus alientos se mezclaron y los ojos del hombre se clavaron en los suyos algo que le dejó completamente destanteada. Se sintió caliente y con el corazón palpitando a toda velocidad, estaba por hablar, pero la voz ronca de Joseph la hizo detenerse.

—Espero realmente que podamos trabajar duro juntos —el “ding” del ascensor le hizo retomar la realidad en la que se encontraba cuando también lo vio despedirse de ella mientras acomodaba su notable emoción del momento—. Hasta entonces Noira.

Tragó saliva con dificultad despidiéndose con la mano antes de que las

puertas del ascensor se cerraran una vez más, sabía que sería el trabajo más difícil que haría y también el más satisfactorio hasta el momento.

Capítulo 3

Sus ojos se movían con velocidad intentando leer una y otra vez la misma línea de hace por lo menos cinco minutos y no tenía espacio para otro pensamiento más que su jefe. Soltó un resoplido mientras dejaba caer el libro en la pequeña mesa junto a ella.

Descansaba en el frío aire de esa noche en la terraza de su departamento, adornado con unas cuantas luces blancas para iluminar el lugar, con piso de madera, tenía un sofá redondo color vino con unas cuantas cobijas que la cubrían totalmente, algunas plantas de fácil sobrevivencia, porque para sus manos de estómago le era difícil mantenerlas con vida. Justo al lado de la puerta corrediza había una mesa en donde ponía el chocolate que ya no era caliente sino un hielo y el libro que tanto le gustaba. Estornudó varias veces y supo que ya era momento de volver a la calidez de su hogar.

Aunque no podía negar que esa calidez ya le abrasaba el cuerpo, luego de la exhaustiva sesión de entorpecer su trabajo durante el día, Joseph Myers se atrevió a acorralarla en el ascensor y dejarla con unas ganas que nunca había creído tener ni siquiera en sus años más calientes en la adolescencia. Se prometió a sí misma entretenerse con el mismo juego que tenía el hombre, pero no sabía ni siquiera cómo mover las piezas, estaba de acuerdo en que ella misma hacía las mismas seducciones en el bar para conseguir más propinas, pero ahí nadie la conocía no obstante sí había muchos clientes que regresaban pidiendo más.

Joseph era diferente, además de ser su jefe y el primero en darle la oportunidad de creer en lo buena que era siendo intérprete. Combinó sus pensamientos con el repentino cambio de aires en el clima y suspiró una vez más imaginando al hombre.

—Si tienes alguna idea, es momento de hacérmela saber —habló para sí misma y era verdad que no tenía idea de qué hacer, podría decir que estaba enferma y no regresar nunca más. Rio ante su pensamiento, no dejaría un trabajo tan bueno sólo porque no sabía cómo manejar al tipo que estaba más bueno que el chocolate y con aquel color bronceado deseó saber si era producto de su arduo trabajo en el sol o porque simplemente su tez era tan deliciosamente atractiva.

Se levantó de la silla para caminar dentro del lugar con las cobijas arrastrando por el piso, sus calcetines de ositos verdes, una pijama completamente colorida y el cabello desparramado por todo el rostro, esa era su vista fuera del trabajo algo que no hacía normalmente. Lo regular y la regla más importante en su vida esos momentos era dejar el trabajo alrededor de las seis de la tarde y dirigirse directamente al gimnasio que se encontraba cerca de la Alameda: el más caro y a donde naturalmente

iban la mayoría de los hombres más buenos de la ciudad, no porque quisiera ver a alguien, sino porque sabía perfectamente que si alguien no la estaba viendo con deseo no realizaba los ejercicios con esmero, una táctica eficaz que descubrió su amiga Juliet.

Eran aproximadamente las diez de la noche, se sintió completamente estresada al pensar que su cuerpo quería hacer ejercicio. Se vistió con unas mallas y un top verde oscuro, amarró su cabello en una coleta muy alta y tomando su bolsa de ejercicio salió en dirección al gimnasio "Anytime" más cercano en Mississauga.

Entró y enseguida se colocó los audífonos, estiró un poco observando la poca afluencia de personas que había en ese momento, ese día no tendría el deseo de nadie más que el de ella para liberar un poco de estrés.

Subió a la caminadora por media hora a una velocidad razonable y se perdió en sus pensamientos.

Joseph la pudo divisar enseguida que entró al lugar, se encontraba realizando flexiones en cuanto la mujer bajó de la caminadora, el deleite era insuperable especialmente la manera en la que movía su cuello para estirarse o incluso como bajaba para recoger las pesas que usaba.

Estaba tan inmersa en su meditación que ni siquiera le hizo caso cuando pasó junto a él directo al espejo para limpiar el sudor del cuerpo, enmarcó una ceja divertido, no había mujer en la tierra que no quisiera verlo hacer ejercicio y ello lo ignoraba olímpicamente. Dispuesto a no dejarse vencer se acercó a ella y en cuanto Noira logró verlo a través del espejo se quitó los audífonos para murmurar una maldición.

—No esperaba que me recibieras con los brazos abiertos.

—No pensaba hacerlo —replicó observando sus shorts cortos y la playera tank de un vistoso color fosforescente—. Debo admitir que deseo tanto en estos momentos de verlo en traje.

Mintió dándose cuenta de lo delicioso que se veía con algo tan simple y no con su ropa cara de niño rico. Continuó esforzándose por no bajar la mirada a seguir inspeccionando el cuerpo del hombre.

—Nunca imaginé verle aquí y mucho menos usar pesas de tanta carga, debo decir que quedé impresionado.

—Le sorprendería lo mucho que las mujeres llegamos a cargar —sonrió limpiando el resto del sudor que le caía por el cuello, fue entonces que notó la capa de sudor que cubría sus brazos y especialmente el cuello de Joseph, tragó saliva ahogando un suspiro y desvió la mirada de

inmediato—. Entonces, me voy, nos veremos mañana.

Ahora al menos sabía que también sus brazos y piernas eran del mismo caramelo que su rostro, giró unos segundos para darse cuenta de que él seguía viéndola con cejas elevadas en un gran ángulo y una sonrisa burlona que le hizo molestar. Le guiñó un ojo antes de caminar detrás de ella.

—No me siga, me pone nerviosa.

—No es mi problema que todos usemos la misma puerta para salir —recogió su botella de agua y celular en el camino y se acercó—. ¿Qué tal si la acompaño a su auto?

—Joven Myers, ¿es consecutiva su visita a este gimnasio? —él asintió. Tomó nota mental de que no se atrevería a volver a pisar aquel lugar a menos que su vida dependiese de ello. No quería tener que verle la cara más que en el trabajo donde no tenía de otra y no era por mucho tiempo, el contrato figuraba terminar en algunos meses además de que él no frecuentaba estar en la oficina donde planeaba quedarse hasta el final del trabajo con su empresa.

Tal vez en otro momento correría hacia sus brazos hasta saciarse, pero con tantas cosas que tenía en la cabeza era impensable tener un relación con alguien en esos momentos, nada romántico, futuro y por supuesto serio. Por alguna razón supo que con él tendría aquellas tres reglas y de todos modos se encontró a sí misma despidiéndose con rapidez para dirigirse hacia su casa. Ese hombre quedaba prohibido, y debía olvidarlo de inmediato.

Joseph arrugó la nariz en un bostezo y se acercó al auto, mataría por una ducha fría y comida rápida. Subió en cuanto dejó de ver el autobús de la mujer alejarse a toda velocidad hacia lo que sería el lado contrario de donde vivía él.

Manejó durante veinte minutos a través de las calles solitarias de Toronto hacia Avenida Springs en la cuarta, se dirigió al estacionamiento subterráneo y en unos cuantos segundos ya se encontraba presionando el botón del ascensor hasta el piso dieciséis donde se encontraba su apartamento. Bostezó nuevamente cansado del largo día y recordó lo abrasador que se volvió la cabina cuando se acercó a ella unas horas atrás. Su aroma a sudor era más dulce y atrayente que el mismo que llevaba, sólo deseaba encararla y plantarle los besos más candentes que ella jamás pudiera imaginarse, hundirse en el cuello suave y sensible mientras indaga en lo más profundo de su ser.

Ardió de sólo pensarlo y ahora con más razones deseó esa ducha fría que tanto calmaría sus adentros, era cierto que la chica fue fantásticamente

profesional, divina e incluso hermosa, de vasta inteligencia que poco había conocido anteriormente en otra mujer, tal vez por ello la deseaba tanto por saber que era un fruta prohibida.

Salió del ascensor hacia la puerta con una incomodidad creciendo en su ser y mientras se duchaba no pensó en otra cosa más que en ella.

Al siguiente día entró por la puerta principal de las oficinas con un traje gris y unas cuantas ojeras en su rostro, no pudo dormir pronto y llegó a pegar el ojo hasta bien entrada la madrugada.

Precisó tener un café de inmediato y subió a la segunda planta donde se encontraba la cafetería, entonces ahí la vislumbró, con una blusa blanca de manga larga y un vestido ceñido color café a cuadros con un cinturón negro.

No dudó ni un segundo en acercarse a ella para saludar.

—Has llegado temprano —murmuró hacia Noira haciendo un gesto a la chica que atendía el lugar para pedir un café expresso.

—Así es —sonrió—. Me he levantado para ir al gimnasio y llegar aquí por si se me requiere en algo. Tengo mucha energía así que, dispere.

Noira percibió la falta de sueño que cargaba a su jefe y por unos instantes se compadeció de él, ya había escuchado entre los trabajadores que él siempre se encontraba de un lado a otro corriendo para ayudar en lo que fuese necesario, aprendiendo y llevando a cuestras una empresa tan grande en un hombros como los suyos. Pero ese día se le notaba diferente, cansado, acongojado tal vez.

— ¿Quiere que lo acompañe a planta hoy?

Sorbió un poco de su café disfrutando el sabor y entonces habló siguiendo a la mujer.

—No quisiera que ensuciase esas botas blancas tan bonitas —bajó la mirada y regresó a su rostro—. Agradezco su preocupación, sería lindo verle en piso. Podría animar a algunas personas a que tomen algún curso de idiomas.

— ¿Quiere que les haga insinuaciones a sus empleados para hacerlos aprender?

—Créame, le pagaría el doble —soltó entre risas—. ¿Me acompaña? Comenzaré con el primer tour del día para ver qué tal va todo.

Inclinó la cabeza aceptando y sostuvo con fuerza el café que llevaba en las manos en cuanto sintió la mano del hombre situarse en su espalda baja en señal de que le acompañara por el camino, aunque la soltó de inmediato no dejó de pensar en ello.

— ¿Cómo construyó este imperio? —dijo al subirse al ascensor para llegar al tercer piso.

—Usted sabrá que mi hermano y yo tuvimos la idea de tener nuestro propio negocio, siempre fuimos de familia muy bien acomodada lo cual siendo sinceros nos ayudó en gran manera. Mi padre concluyó que podríamos tener éxito y depositó toda fe en nosotros, y henos aquí.

—Su hermano, es Milton, ¿y usted Myers?

—Así es, advertió bien en cuanto vio a mi hermana y que no se parecía en lo absoluto a mí, además que por obvias razones su apellido difiere al mío —ella asintió sin comprender muy bien—. No es algo de lo cual me avergüence hablar, pero procuro no mencionarlo mucho. Me adoptaron a una tierna edad de once años, imagine a mis padres intentar hacer que el travieso Joseph Myers se quedase quieto por más de media hora.

—Ya veo, discúlpeme, no creí que la razón fuera tan personal —él negó entrando al departamento de Finanzas, todos voltearon de inmediato, la joven secretaria se apresuró a entregarle el resumen del día anterior que leyó con detenimiento. Sorbió unas cuantas veces recargado en el mueble con una interesante pose que distrajo a toda mujer a la cercanía de trabajar—. ¿Hay alguna razón por la que siga haciendo esto y no le deje el trabajo a alguien más?

—En lo absoluto —respondió de inmediato—. Me gusta ver que todo marche bien, soy fiel seguidor a la teoría de que si te sumerges en el trabajo junto con tus empleados todo irá viento en popa, y no he parado desde que todo inició.

—Tal vez sería buena idea hacerlo algún día.

Dejó el diario en el escritorio de la chica con algunas notas, le comentó unas cosas que Noira no pudo comprender, después de todo no había estudiado ninguna carrera afiliada a las matemáticas debido a que era terriblemente mala con ellas.

—El día que yo me retire, lo haré en mi pueblo natal, con una mujer que mueva mis sentidos hasta en la más mínima acción, sólo entonces dejaré de venir cada día a ver cómo van mis finanzas.

Sonrió tirando el vaso de café en la basura y entró una vez más al ascensor, ella lo hizo detrás y presionó el botón para dirigirse al primer

piso.

—Es muy sincero de su parte que tenga esa idea de retirarse con alguien tan fantástico.

—Lo es, ¿tiene usted algún plan para su vida? —ella suspiró cansada de hacerse esa misma pregunta todos los días.

—Sólo quiero trabajar y conseguir dinero para los gustos caros que tengo —señaló la ropa que llevaba puesta y Joseph comprendió que era una “shopaholic”.

—Debe haber algún grupo de autoayuda. “Hola soy Noira Clyde y tengo un terrible sentido de moda”.

—Ha, ha —arrugó la nariz haciéndole una mueca de disgusto—. No tanto como usted “shorts ajustados”.

El ascensor abrió sus puertas y bajaron.

—No dejaste de mirarme las piernas en todo momento, así que es un punto para mí —se acercó a una estación a platicar con unas cuantas personas.

Notó que les daba una explicación muy larga así que decidió alejarse para sentarse en una de las sillas próximas al lugar y le siguió observando, parecía que sí disfrutaba lo que hacía y respetó eso, no era fácil encontrar una vocación.

—Es fácil perderse en la vista de ese hombre, ¿verdad? —murmuró un chico de pantalones vaqueros y camisa a cuadros.

—Me imagino que sí, pero no es tan grandioso como simula ser, seguramente tiene algún defecto.

—Oh sí lo tiene. Es malo jugando boliche, créeme, rompió el piso cuando fuimos a jugar hace unos meses, se avergonzó tanto que no volvimos a salir juntos.

— ¿Él es...?

—No, para nada —rio y extendió su mano para presentarse—. Soy Bruno, trabajo en el departamento de Calidad, ¿eres nueva?

—Algo así, me dedico a interpretar lo tonto que puede llegar a ser Joseph Myers —Bruno soltó una risueña carcajada dejando ver los hoyuelos que marcaban sus mejillas y la comisura de sus ojos café los cerró casi por

completo—. Noira Clyde. Es un gusto.

—Noira Clyde, ya era hora de que alguien con humor viniera a trabajar aquí.

—Gracias, me parece que eres el primero que me ofrece tan cálida bienvenida, y eso que apenas llevo un día aquí.

—Todos son muy amables, no lo dudes.

Le regaló una sonrisa antes de voltear en cuanto escuchó su nombre, Joseph le hacía unos señalamientos que apenas pudo comprender y se despidió de ella con un gesto.

Soltó un largo suspiro, esperaba desde hace veinte minutos y en ningún momento se le ocurrió hacer lo que el hombre le pidió hacer y era acercarse a conocer un poco del trabajo. No sabía nada de finanzas, mantenimiento, calidad y mucho menos los procesos que realizaban ahí, lo único de lo cual tenía certeza era la manera tan interesante en la que envolvían cada paquete y lo lanzaban a través de una máquina para llegar a los camiones repartidores. Era cómica la manera en la que seguía esperando ahí esperando algún mandato de alguien, que le dijese qué hacer o cómo hacerlo.

Estaba por ponerse de pie para involucrarse un poco más en la situación cuando Bruno se acercó junto a Joseph platicando muy animadamente. Podría jurar que eran amigos desde muchos años atrás.

—Señorita Clyde, me parece que ya conoce a mi buen amigo Bruno —comentó llamando su atención, notó de inmediato un tono inquieto que la hizo dudar ahora de si en realidad eran amigos—. Sería buena idea que ustedes dos se conozcan mejor. Llévala a comer algo y que no sea muy caro, no quiero que la empresa se vaya a bancarrota con tus gastos astronómicos.

—Sólo fue una vez, lo juro y fue tu culpa —Joseph meneó la cabeza y se alejó de inmediato con una leve reverencia que nunca le había visto hacer.

— ¿Está todo bien? —el joven afirmó con un movimiento y le invitó a seguirle por el lugar—. ¿Cómo es que de pronto estoy bajo tu supervisión?

—Joseph no ha querido que te quedases esperando tanto tiempo y me ha pedido que te lleve a dar un recorrido por los alrededores.

—Que considerado de su parte —confió de mala gana, algo le impidió del todo hacerlo—. Sigue siendo muy temprano como para salir a comer,

¿algo que tenga que hacer para aprender?

Le cedió el paso hacia las escaleras que llevaban hacia el segundo piso y caminó junto a él en un silencio que sólo tenía como protagonista el taconeó de sus botas. Él era diferente a Joseph empezando por la enorme diferencia de atractivo. La gran altura de su jefe y seguramente la enorme chequera bancaria. Bruno era un poco más vivo, risueño y sin bromas pesadas sexuales hacia su persona. Agradeció que este hombre fuera de una personalidad más aventurera y se encontró a ella misma platicando de un sinfín de cosas con él hasta entradas las tres de la tarde cuando le pidió acompañarle a un restaurante al que iban los empleados por su cercanía y deliciosa comida de buffet.

Carne, mariscos y pan se paseaba en espadas alrededor de las mesas, en el centro del lugar había una barra de ensaladas con todo tipo de aderezos, acompañamientos, pasta y salsas. Se llenó de tan sólo ver todo lo que tenía para ofrecer.

—Este es el mejor lugar para comer rica carne a buen precio.

—Imagino que está certificado —comentó asqueada al ver los pedazos de corazón de pollo que le ofrecían. Bruno soltó una sonora carcajada—. ¿Joseph no come con ustedes?

—Nunca se ha atrevido a pisar este lugar por más que Bruno lo invite —comentó la recepcionista del tercer piso del departamento de Finanzas, recordó se llamaba Sophie, una linda chica de dulce mirada que se avergonzaba cada que alguien le miraba a ver fijamente, el hombre a su lado de tez aperlada confirmó llevándose a la boca un pedazo de lechuga con aderezo, era Lore, departamento de Mantenimiento. Tenía que aprenderse muchos nombres si estas personas le acompañarían en las juntas y no quería hacer ningún tropiezo que la hiciera avergonzar al joven Myers.

—Y no lo hará, es un niño rico, se ensucia las manos en la empresa, pero nunca lo verás comer en un puesto ambulante —replicó Karla de centro de atención telefónica.

— ¿Eso creen? —preguntó Noira sorprendida por el chisme—. ¿Han hablado con él?

—Cariño, has sido la que más ha hablado con él —respondió de inmediato Lore—. No se atreve en ningún momento de entablar relaciones con alguien, sólo es trabajo, trabajo, trabajo. Ese hombre va a terminar en una cama de hospital.

—Ojalá terminara en mi cama —Lore abrió la boca formando una "O" mientras asentía con las cejas bien arqueadas ante el comentario de

Karla—. Pero en serio, ¿no lo han visto? Entró a hacer ejercicio, se ve más bueno que hace un año. Dios, que trasero tan exquisito.

—Ya lo creo —cantó Lore una vez más comiendo de forma elegante la lechuga, elevó las cejas y volvieron a reír al unísono.

—No sé por qué sigo sentándome con ustedes —Bruno se veía tan ruborizado como Sophie al escucharlos—. Tengan un poco de vergüenza con nuestra invitada.

La hora se le pasó volando con cada comentario que argumentaban acerca de cualquier tema, en especial los que trataban sobre el jefe, no reparó en decir también una que otra broma acerca de su personalidad o lo rimbombante que era su cuerpo y la forma en la que le vio el día anterior en el gimnasio. Hizo un voto de confianza a cada uno de los presentes, serían las personas que le harían perder el tiempo en la empresa mientras no tuviera nada qué hacer para poder sobrellevar el estar en aquel lugar nuevo.

Capítulo 4

Aduló la manera en la que Karla se paseó frente a ella con los nuevos tacones color amarillo que compró la semana pasada. Ya era un mes que estaba trabajando junto con ellos, al principio fue difícil comprender la jerga que tenían ahí, y en cada uno de los departamentos en los que conocía a alguien se sentó para platicar y conocer un poco más. Tenía más percepción de ese lugar que el del que en realidad trabajaba.

Karla era una persona directa, sin pelos en la lengua para decir las cosas, muy animada y sin duda adoloradora por el contrario Sophie era callada y sólo tenía una noción muy pequeña de lo que la chica opinaba, pero a pesar de ello congeniaba muy bien con cualquiera de las dos.

Le recordó a su amiga Juliet, sacó su celular por un instante y le pidió encontrarse esa tarde más temprano que de costumbre para platicar un poco.

—Mañana sábado los de R.H harán una fiesta de cumpleaños al gerente, ¿irán?

—Sí, será divertido ir, pero no te puedes alejar de mí como la última vez Karla —tocó el hombro de Noira—. Le pidió a alguien que se pusiera a platicar conmigo mientras ella bailaba con el tonto del almacén.

—Lo siento chicas, tengo que ir a trabajar, de hecho, ya debería irme —se excusó fijando su vista en el reloj, ya era realmente tarde para ir al banco como quería ir, comprar un poco de maquillaje en la tienda que tanto le gustaba de la plaza y luego llegar a tiempo al autobús—. Será para la próxima.

—No comprendo tu insistencia por tener tantos trabajos. Nena, eres ideal para Joseph Myers —Noira rio recogiendo sus cosas, tal vez sí lo era, después de todo los dos estarían trabajando todo el tiempo que ni siquiera se acordarían del aniversario o el cumpleaños del otro—. Juro por mis zapatos nuevos que si no te presto dinero para lo que sea para lo que estés ahorrando me tiraré del quinto piso de la empresa.

—Te hubiera creído si el edificio tuviera los suficientes pisos para eso. Me voy.

Se despidió con un beso de las mujeres y se dispuso a salir hacia el estacionamiento en la superficie. Parecía que iba a lograr su cometido a tiempo cuando Bruno llamó su atención en la entrada principal.

—Hola.

—Bruno —respondió amable, sujetó con fuerza su celular e impaciente revisó la hora—. ¿Todo bien?

—Excelente, sólo me preguntaba si deseabas que fuéramos juntos mañana a la fiesta de R.H.

—Lo siento, en verdad me encantaría, pero justo ahora voy saliendo a mi otro trabajo —el joven revisó la hora también y frunció el ceño—. Lo sé, lo sé, pero trabajo de fin de semana. Estas bolsas caras no se pagan solas.

Se explicó moviendo de un lado a otra su bolsa. Él aclaró su garganta.

—Entonces, ¿te puedo invitar una cena después?

—Como... ¿En una cita? —Bruno resolvió sus pensamientos en la cabeza con rapidez y afirmó meneando la cabeza de arriba abajo. Una cita no le caería mal en esos momentos y más si era con él, después de todo su incesante plática lo hacía simpatizar muy bien, además de que desde un principio la trató como a cualquier mujer y no como un premio que era la costumbre de todos los hombres a su alrededor. Fingió considerarlo y comenzó a caminar lejos de él—. Lo planeamos por mensaje, ¿vale? Pero sí, me encantaría salir contigo.

Le dio la espalda y de inmediato lo escuchó saltar de la emoción y ella por supuesto que se ruborizó. Bruno era amable, divertido y la escuchaba cuando era el momento e incluso se llevaba bien con todos, no como Joseph que sólo vivía para trabajar, que pocas personas lo habían visto salir con alguien o socializar, sin embargo, todos agradecían el puesto que tenían, un punto a su favor al ser un buen jefe.

Decidió no hacer nada de lo que había planeado y fue directo a la central de autobuses, subió saludando al conductor como de costumbre, se sentó en los primeros asientos y esperó pacientemente a que Juliet subiera en la siguiente parada. Sólo entonces pudo cerrar los ojos y dormir un poco.

A pesar de ser una mujer mucho menor que ella sentía que era como su hermana mayor, le trataba como tal, Juliet maduró a una velocidad impresionante en cambio ella nunca lo hizo o nunca quiso, eran ya diez años que sus padres murieron y ni siquiera con eso logró sentir el cambio de madurez como siempre esperó.

Juliet removió su cuerpo y entonces despertó, en su reloj marcaban las siete con quince minutos, ni siquiera sabía si tendría repercusiones por irse tan temprano del trabajo, pero desde que conoció a Bruno, Joseph ni siquiera se acercaba a ella y cada que intentaba ayudar en algo le pedía hacer otra cosa lejos de él, sabía perfectamente que la estaba evitando,

pero no el por qué. Llegó a pensar que él se enceló al detectar que Bruno y ella tenían una buena amistad y luego la descartó porque simplemente no sentía que esa fuera la personalidad del hombre. Lo acompañó a por lo menos dos reuniones con los proveedores, unos hablaron francés y otros inglés. Todavía esperaba a los alemanes que incluso Joseph decía sería difícil entenderles si ella no tenía la preparación antes y sí, no la tenía, fue más difícil conocer a alguien que hablase el idioma.

Juliet la empujó fuera del autobús inmersa en sus pensamientos y la escuchó parlotear acerca de lo mucho que le gustó la inducción a la preparación de azafatas.

— ¿Puedes creer? Incluso se burlaron de mí, no empiezan las clases y ellas son tan groseras como para dirigirse a mí como una anciana —Noira rio—. Es decir, está bien, ya no tengo dieciocho años como ellas, pero te aseguro que mi cuerpo es mil veces mejor que el de ellas. Mil veces podría ir en el vuelo a Francia y decirles a los clientes: "Bonjour" y algo como de si quieren un precio especial.

—Oh no, por favor no lo hagas —comentó entre carcajadas imaginando lo malo que pudiera salir eso—. Sólo se sienten intimidadas que a ti te aceptaron a esa edad.

—Entonces estás de acuerdo de que soy una anciana —asintió y Juliet supo que tenía razón—. Apenas pude conseguir el dinero de la matrícula luego de pagar deudas, me lo merezco y por más que ellas se burlen de mí seguiré ahí.

—Así es, esa es la actitud que debes tomar —entraron en el taxi y dieron la dirección.

Juliet esperó hasta que el hombre arrancó y volteó hacia su amiga.

— ¿Y qué tal vas con el Dios romano? —los colores se le subieron al rostro cuando el hombre en el asiento del piloto las volteó a ver a través del retrovisor.

—No habías preguntado por él en un buen rato —le sonrió al hombre y continuó en voz baja—. No me habla.

Confesó un poco apenada, Juliet abrió la boca para decir algo y luego la cerró pensando.

—O sea que te dijo esas cosas sucias en el ascensor para luego olvidar que existes... Vaya, sí que es un idiota.

—Lo es, lo sé, pero debe tener sus razones. Es decir... No sé qué razón pueda darme —alzó las cejas en un gran ángulo y se puso a pensar,

realmente no tenía idea de qué diablos sucedió, y se dedicó a ir en el mismo horario al gimnasio para encontrarlo, cosa que nunca pasó.

—Es idiota, esa es la razón. Tiene a la mismísima Diosa de la Noche frente a él y la deja ir.

—Lo sabía, de algún lugar te conocía. Eres esa chica del burdel —proclamó el taxista como si hubiera descubierto la copa de la vida. Noira se sintió halagada puesto que no lo dijo en un tono burlón ni mucho menos acosador—. A mi esposa le encantaste. Maldita sea, ¡qué voz!

— ¿Lo ves? Incluso él sabe lo que es bueno.

—Así es, tu amigo está ciego.

Se encontró a sí misma pasando los ojos desde el taxista que la miraba por el retrovisor asintiendo y su amiga Juliet que tenía el ceño fruncido.

—Bueno, se puso un poco raro luego de que conociera a este chico, Bruno Suaste.

—Ah, Latino —le contempló el hombre—. Tienen esa chispa.

Juliet ahora fue la que afirmó estando de acuerdo con él.

—Lo sé, entonces no es un idiota, sólo está celoso. Discúlpela, nunca ha tenido novio.

— ¿Qué edad tienes? —replicó el taxista sorprendido—. Una mujer tan bonita y nunca ha tenido novio, eso es loco y más en estos tiempos.

—Lo sé, es lo mismo que le dije. Tal vez necesitas una decepción amorosa para comprender estos temas Noir.

—No, para nada, no quiero más decepciones y basta de hablar de mí.

El taxista regresó la mirada al camino y no volvieron a hablar hasta llegar. Estaba por salir cuando él la detuvo.

—No la conozco señorita, pero a veces los hombres podemos llegar a ser realmente estúpidos. Espero que todo salga bien entre ustedes o en todo caso con usted. Que le vaya bien hoy.

Agradeció una vez más el gesto que le ofreció y bajó con una sonrisa en el rostro. Entraron al bar esta vez por la puerta principal, al principio la hostess se mantuvo expectante al verlas más temprano de lo normal hasta que les asignó una mesa en la parte más lejana del lugar, por supuesto que al caminar a través del bar los hombres que venían con más

frecuencia las reconocieron de inmediato.

—Tal vez debimos haber ido a otro restaurante —murmuró Noira al sentarse en el sillón verde olivo, dirigió su mirada hacia algunos que comenzaban a platicar entre ellos y luego volteaban a verlas. Uno le saludó con una enorme sonrisa, ella le devolvió la seña.

—Son nuestros fans.

—Lo fans podrían dejarme tirada en un callejón —Juliet asintió consciente de ello—. Necesito vino y tal vez un poco de botana.

—Pensé que pediríamos café.

— ¿En un bar? —Juliet hizo un mohín y entonces pidieron.

—Muy bien, entonces vayamos a lo importante, ¿quién es ese tal Bruno?

—Un muchacho muy lindo que me ha invitado a salir la próxima semana.

— ¿Y aceptaste? —respondió incrédula, no era algo normal que su amiga aceptara salir con alguien y menos si se trataba de un repentino conocido.

—Sí, sí lo hice, es realmente agradable y simpatizamos —hizo una pausa al ver que destapaban una botella de vino frente a ellas y les ofrecían unas bolitas de salmón con sandía y melón—. Me invitó a cenar a un restaurante muy elegante de comida persa, nunca he comido eso, pero suena interesante.

—O sea que ya lo planeó —Noira asintió—. De acuerdo, me gusta su interés por los planes, ¿de verdad le dijiste que sí? No puedo creerlo. ¿Podría ser...?

—Sólo vamos a tener una cita Juliet, no es mi ser amado y mucho menos me voy a casar con él, una cita.

—No puedes decir que no, abre tus posibilidades.

—El destino ya está escrito —era la misma pantomima cada que hablaba con ella, no le gustaba pensar en que el destino había sido tan grosero al hacerle vivir una vida tan asquerosa como la que sentía que llevaba. No negaba que el salario que percibía era realmente bueno, no tenía peros, debía estar agradecida de haber logrado todo lo que gozaba ya—. No quiero encariñarme mucho Juliet.

Juliet tomó la mano de su amiga y la acarició con comprensión, sabía la difícil situación por la que tuvo que pasar luego de que sus padres

tuvieran el accidente y desde entonces estaba segura de que no fue la misma, ni siquiera en esos momentos que se le dificultaba tener una relación estable con sus amigos, al principio se mostraba alegre y luego caía en su creencia de que la dejarían sola.

—Mantengamos la calma, brindemos un poco, olvidemos todo y hablemos de algo más, ¿de qué te gustaría hablar?

Gozaron de la compañía de la otra hasta muy entrada la noche, en tan sólo media hora saldrían a realizar cada una su acto y ninguna tenía noción alguna de lo que hacían con el maquillaje que tenían en las manos, se cambiaron con velocidad y esperaron unos segundos de que el alcohol saliera de su torrente sanguíneo.

Noira despertó al siguiente día en el mismo hotel que siempre rentaban para quedarse el fin de semana, no recordaba ni una sola cosa de lo que pasó, nada se esclareció ni siquiera viendo los montones de dinero que ganó tirado por todo el suelo, seguramente fue la noche más remunerada que tenía desde que entró a trabajar ahí y dado que al revisar su celular seguía en el grupo de empleadas pudo adivinar que seguramente también la del bar.

Juliet descansaba en el suelo con su traje puesto, sin zapatos y unos cuantos billetes escondidos entre sus zapatos. Por un instante deseó saber qué rayos pasó, pero seguramente se enteraría esa noche. La cabeza le daba vueltas todavía, no podía tomar una ducha porque se caería en el transcurso del camino hacia el baño.

Para su mala suerte como de golpe recordó lo que había hecho la noche anterior al salir del bar.

El alcohol todavía seguía a través de su cuerpo, y lo primero que se le ocurrió hacer fue tomar su celular y llamar a alguien. Esperó pocos segundos, al primer toque respondió.

— ¿Hola? —dijo Joseph a través de la otra línea.

—Joseph Myers, eres un idiota —soltó, la chica pudo escuchar una risa y le siguió reclamando—. ¿Me has dejado de hablar sólo porque salgo con Bruno? No puedo creer que seas tan ridículamente infantil.

Y colgó. Enseguida recibió una llamada de él, contestó.

— ¿Estás ebria?

—Sí señor, todavía lo estoy.

— ¿Todavía? —hizo un puchero y lo escuchó continuar—. ¿Fuiste a trabajar o sólo saliste a las once de la mañana para ir a beber?

—Salí a trabajar y entonces he estado tomando... Desde... —pareció contar y le provocó otra risa al hombre—. ¿Desde cuándo estamos tomando?

Le preguntó a Juliet en "susurro" que obviamente Joseph pudo escuchar, su amiga respondió y descifró que estaban en un bar, se escuchaba música, aplausos y cantos.

—Desde las seis creo... —comentó la chica.

—No, no, llegamos a Montreal a las siete —Joseph pudo imaginarla, era completamente adorable.

— ¿Hablas con Joseph? Déjame hablar con él, ponlo en altavoz —obedeció a su amiga y colocó la llamada en altavoz, se alejaron caminando hacia el camerino que compartían—. Myers, eres un diota, i...diota.

—Comprendo, chicas soy un imbécil, ¿qué hacen en Montreal? Noira, ¿estás trabajando? ¿Necesitan ayuda?

—Es tan adorable —comentó Juliet esta vez—. Tal vez deberías salir con él, dile que venga.

—No... Shh! Juliet, déjame hablar con él.

—Sí, sí, dile que no venga entonces, ya luego lo conozco.

Joseph esperó impaciente por su respuesta, por su parte se encontraba despierto en el departamento, desde que llegó no podía pegar ojo pensando precisamente en ella, imaginando en lo tonto que se comportaba, infantil e incluso ridículo como ya le había dicho. Quería disculparse por lo ocurrido y por supuesto que sí era porque salía con Bruno, pero tenía una excelente razón para sentirse tan celoso—. Joven Myers, no respondió mi respuesta, tiene que responder mi pregunta.

—Tú tampoco —la chica escuchó un resoplido—. Sí, me molesta que hables con él, pero, yo también te hice salir con él en un principio, así que supongo que tengo que aguantarme por esa decisión, ¿no?

—Oh vaya, espero recordar esto, háblame mañana por favor y el resto del tiempo que estemos trabajando juntos, no soportaría que otra persona me deje —hubo una pausa que lo hizo impacientarse por saber a qué se refería—. También deberíamos acostarnos alguna vez, maldición estás para chuparse los dedos.

Curvó sus labios en una sonrisa y asintió sabiendo que ella no le vería, la chica colgó y él se quedó sólo con sus pensamientos.

Noira estaba consciente de la estupidez que hizo, además de llamar a su actual jefe para pedir que se acostaran, reveló la ubicación de su trabajo, por eso no bebía tanto, se conocía perfectamente.

No tardó mucho en vibrar su celular con una llamada entrante, era él.

«Bueno, que sea lo que el destino quiera.»

— ¿Hola? —preguntó temerosa.

—Espero que me estés contestando desde un buen lugar y no tirada en la calle —ella hizo un puchero—. ¿Te encuentras bien? Estuve un poco preocupado.

—Estoy bien. En serio, lo lamento, que vergüenza.

—Está bien, entiendo que a veces tienes que regresar a casa arrastrándote para poder recapacitar acerca de tu vida.

—Es la frase más profunda que le he escuchado.

Joseph resopló malhumorado.

—Ayer me llamaste diciendo que soy un idiota y hoy regresas al “usted”, deberíamos dejar las formalidades por fin, ¿no lo crees?

—No lo creo joven Myers, nos vemos el lunes.

Colgó. Juliet levantó apenas la mirada por unos segundos y reclamó el ruido que hacía, la luz entraba por las ventanas haciéndola molestar más.

Después de todo hablar con él en estado de ebriedad le aclaró la idea que tenía su amiga sobre que él se encontraba celoso de la nueva amistad entre Bruno y ella, pero después de todo Joseph tenía razón, primeramente, él ofreció a Bruno a llevarla a comer y todo salió espontáneo a partir de ese día, y el chico era mejor para lo que realmente deseaba en su vida no un egocéntrico hombre que lo único que pensaba era en sexo. Aunque ella también lo pensaba cuando le veía e incluso se lo propuso en la llamada de esa madrugada, nada podría salir mejor a partir de ahí.

Masajeó sus sienes pensando en la manera de escapar de esa oportunidad que abrió, y sí que lo era, el tipo era como decía su amiga, un Dios

romano, que se veía perfecto en traje e incluso en los ridículos shorts de ejercicio, no había marcha atrás, tenía que ser más cuidadosa.

Capítulo 5

—Noira —escuchar su nombre en los labios del hombre la hizo sobresaltar del asiento en el que yacía dormida desde dos horas atrás—. Por favor, no se esfuerce mucho en trabajar, descanse un poco.

—Oh, ya llegó —sorbió un poco de saliva y se paró frente a él—. Sabe, estoy muy cansada de no hacer nada, incluso ya hasta terminé mis traducciones del mes, ¿no puede ponerme a trabajar?

—Se supone debería estar trabajando en las etiquetas y la traducción de la página con el equipo de diseño, ¿ya ha ido a ver qué pasa?

—Me han dicho que comenzamos la siguiente semana, pero ya tengo unas cuantas ideas luego de revisar las página y con respecto a las etiquetas, ya pasé algunos formatos para su impresión.

— ¿Estarán listos antes de que lleguen mis... “proveedores alemanes”?
—se burló, ella soltó un bufido.

—Debería olvidarlo, en serio, sólo fue un comentario.

—Ese comentario definió nuestra relación.

— ¿Ah sí? ¿Y cuál es?

—Consiste en que yo me burlo y usted me regresa la burla —la joven consideró la oferta de hacer sus chistes, pero guardó compostura—. ¿Tiene tiempo hoy? Me gustaría platicar con usted sobre lo que pasó.

No había mucho de qué hablar, ya estaba todo arreglado entre ellos especialmente en la parte de que ni siquiera se dirigieron palabra alguna la última vez que se vieron que fue ese lunes, sólo sonrisas incómodas que la hicieron ruborizarse al saber que le dirigía miradas sinceras.

—Hoy estoy un poco ocupada, ¿qué le parece otro día?

— ¿Qué tal el fin de semana? O en el camino a Montreal, puedo llevarla a su trabajo —ahogó un grito y desvió la mirada fingiendo leer un mensaje en su celular—. ¿Hay algún problema?

Preguntó al notar su obvia incomodidad por mencionar el trabajo que tanto trataba ocultar, él desconocía qué era lo que hacía, pero aseguraba le causaba vergüenza que la gente se enterara por ello siempre cambiaba de tema o evitaba hablarlo.

— ¿Por qué no la siguiente semana? Y no trabajo en Montreal, lo hago a través de Internet, pero tenía que ir a ver a un cliente, recuerde que yo...

—Enseña idiomas, lo sé —le interrumpió, se acercó a ella olisqueando su perfume, su cercana presencia la hizo sobresaltar una vez más—. Debería aprender a mentir mejor... Hasta entonces, nos vemos la siguiente semana y no aceptaré un “No” por respuesta.

Asintió al verlo partir. Lamentaba no poder puntualizar cada aspecto de su extraña plática y del por qué fue la primera persona que pensó llamar estando pasada de copas. Pensó que sería mejor idea disfrutar ese día y comenzar a preocuparse al siguiente sobre las mentiras que le diría si seguía preguntando acerca de algo más.

Ese día estaría con Bruno, no era su primera salida, sino que ya se encontraron en su casa luego de que lloviera y él la llevase de regreso. Vieron una película, pidieron comida y se despidió de él tan rápido que no le dio tiempo saber si sus labios eran tan suaves como pensaba. No es porque le haya desagradado su compañía, todavía le costaba un poco la idea de dejar entrar a alguien a su vida de manera tan repentina, lo quería conocer primero y saber si valía la pena dejarse querer.

Tecleó el resto de la tarde las etiquetas y otra parte de la página, no creyó en su momento que sus actividades fueran lentas y agotadoras. Era en primera porque que ella se distraía con cualquier cosa, cantando, leyendo e incluso con su propio reflejo haciendo muecas. Cerró la sesión de computadora y se dirigió hacia la salida, quería irse temprano y prepararse para la cita de esa noche.

Más tarde se encontraba nerviosa de tan sólo pensar lo difícil que era escoger un vestido, en un principio pensó llevar una pantalón formal, pero por su altura a veces no le favorecía si no llevaba tacones y mucho menos si se trataba un lugar tan de noche y con frío, que era lo peor.

Finalmente se decidió por un pantalón casual, camisa azul cielo y un par de mocasines color palo de rosa, no era en su definitiva su mejor outfit, pero se sentía satisfecha y a tiempo para cuando Bruno le mandó mensaje que ya se encontraba ahí.

Bajó de inmediato y le recibió con un beso en la mejilla.

—Te ves guapísima.

— ¿Tú crees? No creo que vaya con el lugar al que vamos.

—De hecho, quiero llevarte a otro lugar.

Subieron al auto que arrancó de inmediato a andar con velocidad a través de las calles de Toronto, en todo el camino el joven no dejó de hablar sobre lo divertido que se volvían la oficina con ella ahí y sin la presencia de Joseph que se encontraba en casa de sus padres hasta que su hermano mejorara, no le pareció muy amable del todo sabiendo que el chico enfrentaba una enfermedad terminal y su hermano sólo quería animarlo estando ahí y no trabajando como de costumbre.

Entornó su vista cuando pasaron el letrero hacia "Mississauga" donde vivía él, se maldijo a sí misma, ¿por qué todo le recordaba a su jefe? Ese día tuvieron la poca oportunidad de hablar sobre lo tonta que había sido la semana pasada y lo intenso que se volvió cuando él aceptó ser el menos indicado para estar feliz por la relación de amistad entre Bruno y ella, todavía no se lo podía sacar de la cabeza.

Bruno notó su ausencia y le trajo de vuelta cuando pellizcó su mejilla derecha—. ¿Todo se encuentra bien en esa cabecita tuya?

—Disculpa, me he perdido un poco, ¿qué decías?

—Te hablaba sobre la película que vimos hace unos días, ¿te ha gustado?
—asintió—. Hoy estás especialmente distante, ¿te pongo nerviosa?

No específicamente él, pero sí, en parte. Sonrió levemente y dirigió su mirada hacia el bonito edificio que se encontraba frente a ella, simple, familiar y moderno.

"Samoon" decían las letras neón, el atardecer apenas bajaba con sus hermosos colores danzarines en el cielo. Entraron a sentarse en una de las mesas en la entrada, todo tenía un nombre que le hizo agua la boca. Pidió un sándwich de carne con patatas fritas y refresco.

—Es un gran lugar, me gusta.

—Lo sé, he venido aquí con Joseph, puede que sea su lugar favorito —un "Ah sí" se ahogó en su garganta—. Sólo esperaba que no te molestara, tenía un antojo enorme de una de sus malteadas, deberías probarlas.

—Pudiste comentarlo antes de pedir, hubiera cambiado el refresco por una malteada —sonrió—. ¿Joseph viene muy seguido?

—No sé en realidad, es decir, vive cerca pero no tengo idea de si frecuente...

— ¿Vive cerca? —repitió—. ¿De dónde se conocen ustedes dos?

—Conozco a su familia desde hace ya un tiempo, fui compañero de su

hermano en la escuela.

—Así que simplemente Joseph te robó como amigo —el hombre estalló en risa—. Suena bien.

—Sí, básicamente. Aunque con su hermana nunca pude llegar a congeniar del todo, creo que todavía le desagradó, nunca me demostró lo contrario.

Guardó silencio observando la comida que pidió, era tan exquisito el olor que su estómago rugió.

Bruno la miraba atentamente, no pudo imaginar mujer más hermosa que ella. Tomó su mano sobre la mesa y le acarició, notó que se ruborizó.

— ¿Querías hablar de algo? —llevó a su boca un par de papas fritas ignorando el gesto que tanto le causó impulsos en el corazón.

—Estaba pensando, que tal vez podríamos comenzar a salir más, ya sabes como pareja.

Se ahogó con su comida y empezó a toser, realmente estaba sorprendida por el giro que había tomado la plática. Interesada en confiar en él y estar dispuesta a entregarse por primera vez a alguien, además de la emoción de ser la primera persona hizo que aceptara.

—Suena un buen plan —comentó—. ¿No crees que es muy pronto?

—Si gustas que sigamos saliendo por mí no hay problema, pero considero que no es muy pronto para saber lo que siento por ti —no supo qué decir, sólo asintió moviendo la cabeza de un lado a otro. Entró un impulso en su cuerpo que la hizo acercarse hacia él y esperar a que también lo hiciera, besó con delicadeza sus labios que mandó una fuerte oleada de escalofríos a su ser hasta que escuchó un carraspeo.

La chica aclaró la garganta y se volvió a sentar en su lugar.

—Que interesante curiosidad encontrarlos aquí —exclamó Joseph acercándose hacia la pareja, vestía unos shorts con sandalias y suéter, Noira evitó reír—. Una hermosa casualidad dado que te dije en la mañana que vendría por algo de cenar aquí.

Bruno apenas articuló palabra.

—Se ve muy bien jefe, en shorts.

—Cariño, ya me habías visto y estoy seguro de que te gustó verme.

—Joseph, estamos en una cita, si no te molesta.

— ¿Sentarme con ustedes a platicar un rato? —le interrumpió—. Claro, puedo quedarme unos momentos.

Tomó asiento junto a la chica y sacó su hamburguesa para comenzar a comer, hizo un ademán para que ellos también continuaran comiendo y así lo hicieron. El ambiente se volvió incómodo, intercambiaron miradas entre sí y medias sonrisas.

—Joven Myers, tal vez debería volver a su casa —habló la mujer bebiendo un poco de refresco—. Debe ser muy tarde ya para que usted esté por aquí solo.

— ¿Por qué no me acompañas a mi casa entonces? Podríamos tomar un poco de... ¡VINO!

Noira arqueó las cejas indignada, estaba por responder cuando Bruno tomó su mano y le dedicó una mirada alentadora.

—Joseph, lo siento en verdad, pero tienes que irte, estábamos en medio de algo cuando interrumpiste y siendo sinceros, me gustaría retomarlo.

El hombre estaba por rezongar cuando comprendió que no tenía nada que hacer ahí más que perder la poca dignidad que construyó frente a Noira, le acongojaba saber que la chica había caído en los encantos de su amigo Bruno, como todo el mundo lo hacía, a diferencia de él que sólo se dedicaba a trabajar para sacar adelante la empresa, estaba enterado de que le gustaba jugar, atraer y cautivar mujeres pero no a Noira, era un deseo más fuerte que le llamaba a saciar el capricho que tenía, y ella era ese capricho.

Cerró los ojos por un segundo y dejó su comida en la mesa, expresó una pequeña sonrisa y se levantó.

—Se me ha quitado el apetito —giró hacia la mujer e hizo una pequeña reverencia—. No tienes permitido aparecer mañana por la empresa. Tómate el día y piensa un poco lo que estás haciendo.

Dicho eso caminó lejos de ellos, salió del lugar con varias miradas encima suyo y por más que quería fueran de anhelo no eran. Se halló a sí mismo volteando hacia donde yacía Noira y ella lo veía de la misma manera que él. Confundida por sus palabras quería levantarse e ir con él para saber a lo qué se refería, pero sintió la mano de Bruno una vez más apretujándola.

El resto de la velada no fue precisamente un encanto, aunque el joven intentó animarla en todo momento no fue lo mismo después de escuchar

las palabras de Joseph. Le dio curiosidad saber si era cierto que Bruno ya supiera que él iría a cenar algo, y lo más importante de todo, ¿por qué comportarse de una manera tan infantil?

Desplegó una larga lista de dudas en su mente mientras fingía escuchar al hombre frente a ella, sólo meneaba la cabeza dependiendo a lo que decía. Otra larga lista de respuestas a todas sus preguntas. Maquinó muchas ideas y sorprendentemente no encontró ninguna que contestara el por qué seguir ahí sentados esperando a que la cita mejorara.

—Es algo tarde, deberíamos volver.

—Disculpa, fue mala idea venir aquí —ella asintió—. Tengo que compensarlo, vayamos al restaurante que te prometí, la próxima vez.

Su automática respuesta fue una vez más la de asentir.

—Está bien, ha sido lindo, y la comida estuvo perfecta. Gracias, en verdad.

En cuanto pagaron se dirigieron al auto de Bruno, muy dentro de ella quiso ir a ver cómo se encontraba Joseph, pero ni siquiera tenía idea de en dónde vivía exactamente, también tenía que mantenerse al filo y evitar que él siguiera insistiendo en que ella trabajaba en Montreal, que sí estaba en lo correcto sin embargo no quería arriesgarse a verlo pasear por las calles mientras estuviera ahí también y descubriera lo que hacía en realidad. Sabía que no era un mal trabajo, siempre se le enseñó que todos eran dignos haciéndolos dentro de la ley, de cualquier manera, no dejaría que alguien se enterara, lamentaría tener que dejar lo que había sido su hogar durante tanto tiempo empezando porque el Bord'Elle fue el único que le ofreció la oportunidad y por supuesto que se la estaban dando a pesar de su edad. El jefe era exigente tratándose de la edad, embarazos y cuánto ejercicio realizaban.

Parados en un semáforo pudo divisar las luces que centellaban al pasar junto a ellos, era un espectáculo hermoso bajo la leve brisa de lluvia que comenzó a caer. Entonces supo que ese día no dejaría que Bruno se quedase por más que quisiera que lo hiciera y seguir probando todo su esplendor. Descansaría un rato y dormir hasta altas horas de la mañana.

Era otra cosa de la cual no estaba segura, ¿en qué debía pensar exactamente? ¿A qué se refería? ¿Y por qué no podía regresar a trabajar al siguiente día? Se lo agradeció mentalmente, era la primera vez en muchos años que no tenía un día libre excluyendo por supuesto las vacaciones que finalmente siempre usaba para ir al bar para ganar un poco de dinero extra. No ese día, lo tomaría como descanso y saldría a hacer lo mucho que deseó realizar ya desde mucho tiempo—. Gracias por

acompañarme, no era necesario.

—Lo es si puedo despedirme de ti.

Tomó su mejilla y besó los labios de la mujer, era demandante y candente, algo que nunca había sentido en un hombre, casi pudo suspirar cuando él se alejó y le despidió con una mano antes de entrar al auto una vez más. Lo vio alejarse y hasta que ya no lo hizo entró a su departamento.

Capítulo 6

Joseph caminó a lo largo del ascensor hacia su oficina, entró para luego volver a salir y entrar una vez más, cerró la puerta de golpe y fue a sentarse al escritorio. No le agradaba el hecho de que Bruno se encontrara ahí, esperando a que la mujer aceptara seguir con ese hombre que tanto odiaba.

No toda su vida fue así, en lo absoluto, quería a Bruno como un hermano y lo fue durante mucho tiempo cuando su hermano James lo invitó a comer aquella tarde a la casa, se quedaron platicando hasta muy entrada la noche cuando Bruno se quedó a dormir con ellos, desde entonces fueron los mejores amigos incluso cuando James cayó de las gradas en el juego de temporada que Bruno anotó el último punto que los convirtió en ganadores, que ni siquiera tuvieron tiempo para celebrar al llevar inmediatamente a su hermano al hospital.

Cuando descubrieron que tenía leucemia y que avanzaba progresivamente, no se separaron hasta que Joseph tuvo novia y el mundo se vino encima de él.

Lea Atkinson, su secretaria, golpeó repetidas veces la puerta sacándolo de sus pensamientos. Frunció el ceño al preservar todas las memorias que tenía con él y volvió a gruñir cuando inmortalizó el beso que observó entre Noira y Bruno. No había otra explicación más que ellos dos ya estaban juntos, podría jurar que de su cabeza emanaba fuego de tan sólo pensarlo.

No quería seguir haciéndolo, ¿por qué le molestaba tanto?

La mujer entró en el lugar con duda y fue entonces que él se percató que seguía hundido en sus pensamientos, una vez más.

— ¿Lo encontraste? —ella asintió y le entregó un folder en el que encontró nada más que una hoja—. ¿Me estás diciendo que esto es lo único que tienen de ella?

—Bueno, su jefe dijo que no puso a nadie más, sólo está el nombre de esta chica.

—Ya veo —comentó tocando la rasposa barba que comenzaba a crecer sobre su rostro, algo que le daba un toque de sensualidad, sacó su celular y registró el único número que había para comunicarse, no se atrevió a anotar la dirección de aquella mujer, después de todo ya estaba invadiendo la privacidad de Noira haciendo eso y no quería ir más allá—. Muchas gracias, ahora deshazte de esto y que nadie se entere que

pedimos su registro, ¿de acuerdo?

Comentó colocando su mano en la espalda de Lea, le regaló una cálida sonrisa que efectivamente encendió los colores de la mujer y asintió con torpeza.

— ¿Aun quiere que cancele todas sus citas? —él asintió y finalmente cerró la puerta. Lea enarcó las cejas bien alto luego de que el deseo de todos en la empresa se hiciera realidad, nunca en toda la corta historia de ese lugar el hombre se había saltado la revisión o el “tour” como él le llamaba, hablar con los empleados e incluso pavonearse junto a las mujeres. Dio la vuelta y sólo miró hacia atrás por unos segundos más, no era particularmente normal en él.

Dentro de su oficina Joseph tomó su celular y estuvo ansioso por no saber exactamente qué escribirle o cómo entablar una conversación, no estaba familiarizado con sentirse nervioso al hablar con una mujer. Un largo suspiro salió de su garganta dejándose caer en el sofá, definitivamente no era normal en él.

—Soy un completo imbécil —murmuró en voz alta, se desconocía totalmente. Hizo memoria sobre la noche anterior y volvió a rugir su interior, Bruno era el imbécil. Y si Noira no lo veía, no era su trabajo hacerlo. La única opción que tenía sería quitársela, tal como su antiguo amigo hizo con él.

Tomó su celular y esperó unos cuantos segundos a que la decisión en su cabeza fuera totalmente aceptada por cada una de sus neuronas y presionó el botón de llamada.

No contestó.

Hizo un intento más y entonces alguien contestó.

— ¿Sí? —la voz carrasposa del otro lado de la línea parecía molesta, era la voz de un hombre viejo que castañeo los dientes y le hizo estremecerse en cuanto el ruido atravesó sus oídos.

— ¿Es el número de la señorita Juliet Mass?

— ¡Juliet! Un hombre te llama por tu teléfono —no escuchó la respuesta y después de unos segundos contestó una vez más—. Ella no está disponible, ¿qué quiere?

—Bueno, quería hablar con ella, pero ¿este es su número?

—Sí, es su número, ¿qué quiere?

— ¿Ella está disponible para hablar? —el hombre volvió a gritarle a la mujer y volvió a estremecerse por su voz, esta vez no separó el micrófono de su boca al llamarla.

—El hombre quiere hablarte, ¿quieres que te pase el teléfono?

—Sí, ella dice que...

—Gracias cariño, desde aquí yo me encargó —le interrumpió tomando el celular—. ¿Hola?

—Juliet —frunció el ceño, ya no estaba tan seguro de por qué le hablaba, maquinó en su mente un sinfín de opciones que podía tomar y nuevamente se sintió un idiota, hiperventiló momentáneamente y se dignó en empezar por donde normalmente se debía hacer—. Soy Joseph Myers.

—Ay por los cielos, ¿ella está bien? Soy su contacto de emergencia por eso me llamas ¿verdad?

—No, para nada, no tiene nada qué ver, disculpa en serio que te asustara, es sólo que.

— ¡Sí! Ya voy, Harry, tú me lo pasaste, ahora déjame hablar con él —gruñó la chica hablando con el anciano, le trabó la idea que ya estaba formulada en la cabeza y tuvo que comenzar a pensar de nuevo—. Lo siento, aquí este señor no me deja escuchar.

Gritó.

—Sí, lo siento, ¿estás ocupada? Ni siquiera se me ocurrió.

—Estoy algo ocupada, tuve que venir a trabajar temprano, ya sabes un poco de limpieza, y la verdad es que este hombre me está volviendo loca —hubo un silencio que sintió eterno—. ¡Sí ya voy! Maldita sea, tú me pasaste el celular.

Repitió enojada, Joseph ahogó una risa y asintió como si ella pudiera verle.

— ¿Tienes tiempo para vernos luego?

—No lo sé, ¿sabes? Estoy segura de que Noir me asesinaría si te digo que vengas.

— ¿Noira está contigo?

—No, ella llega mañana, me dijo que le diste el día.

—Bueno sí, lo hice —técnicamente sólo le había dado ese mismo día, no el siguiente y también tal parecía que Noira estaba enojada como él, tenía sus razones y ahora aceptaba lo idiota que se comportó, cosa que no admitiría frente a ella. Todavía restaba arreglar el hecho de que ella no iría el siguiente día y con la fecha tan cercana en la que los proveedores llegarían—. ¿Tienes entonces otro día para platicar?

—No creo que puedas llegar en ocho horas a Montreal sólo para platicar, ¿y de qué quieres hablar de todos modos?

“Rápido Joseph, piensa una mentira que se pueda creer”, dijo su subconsciente.

—Es una hora y media en avión y podría hacerlo —hizo una pausa en la que escuchó a la chica hacer un “Mph”, como si no pudiera tragarse aun la idea de que él fuera amable, detrás de todo lo que seguramente ya Noira le habría contado—. Quería charlar sobre Noira.

—Escucha Joseph —soltó un suspiro—. Te cortaré cada miembro de tu cuerpo si haces daño a Noira, empezando por el que usas para seducir a las mujeres.

Tragó saliva, por unos segundos contempló su cuerpo y decidió cuál de todos podría ser el primero al que se refería.

—Comprendo, ¿estás aceptando a vernos entonces?

—Sí, salgo a la una, por lo tanto, te da tiempo de estar aquí, te paso dirección por mensaje, tengo que volver a trabajar. Nos vemos —y colgó.

Tomó asiento en el sofá una vez más, no se dio cuenta que en todo momento jugaba con el botón de su camisa y hasta que colgó pudo liberar el aire contenido en sus pulmones, ¿por qué estaba tan nervioso? Si era una mujer a la que muy apenas conocía pero que ahora por culpa de sus intereses carnales atropelló una cita con su mejor amiga para efectivamente hacer eso, conocer a Noira.

El plan tan sencillo como era hablar con ella directamente no lo pudo visualizar hasta ese momento que llevó la cabeza hacia sus manos y maldijo el momento en que decidió contratarla.

Tomó su saco y un poco de efectivo que escondía a plena vista bajo llave en una caja de metal en uno de los cajones de su escritorio y salió dando zancadas a través de todo el pasillo hacia el ascensor recogiendo la

mirada de todos en el lugar, seguro se preguntaban el porqué de su inexplicable falta de trabajo cosa que él siempre reprochaba al verlos flojear.

Hizo una pose que causó suspiros a todas las mujeres y antes de entrar al ascensor les dedicó una mueca que deleitó cada uno de sus pliegues.

Era agotador ser él.

Llegó rápidamente al aeropuerto donde abordó el primer avión hacia Montreal, ni siquiera se molestó en subir a la clase económica, ni se enfadó cuando le tocó sentarse junto a un hombre que olía a frituras de queso, o con la madre soltera que estuvo hablando con él durante las casi dos horas acerca de lo mucho que odiaba a su exesposo porque no quería llevarse al niño los fines de semana para ella salir con el nuevo novio que le prometía adoptar a su hijo. Mucho menos cuando tuvo que quedarse diez minutos más encerrado entre esas dos personas porque todos se apresuraron a bajar y fue podría ser, el último en lograr llegar a Tierra.

Agotado y oliendo a queso entró en el primer taxi que vio para llegar al Café Myriade en Dominion Square. Un bonito lugar con pequeñas mesas dentro del lugar y sillas sumamente cercanas divisó a una mujer alta y esbelta recargada sobre la pared, un enorme abrigo café y botas oscuras.

Supuso que era Juliet así que, se acercó a ella. Aclaró su garganta y la mujer colocó su mirada en él.

—Llegas diez minutos tarde —comentó enfadada para luego fijar su mirada en él—. Noira no dijo que fueras tan guapo, es decir, te vi por fotos, pero realmente no es lo mismo. Cielos, y eres tan alto. Es impresionante.

Volvió a aclarar su garganta apenado por la manera en la que se expresaba, ni siquiera le conocía, es decir, no le molestaba que una mujer se abalanzara sobre él y no había problema si era tan hermosa con ella, pero particularmente esta persona sí le incomodaba que lo hiciera, por ser amiga de Noira.

—Disculpa, he tenido un pésimo viaje —respondió sacudiendo su traje, le hizo un ademán para pasar al lugar y con la misma ayudó a Juliet a sentarse en una silla para luego él mismo sentarse.

—Nunca imaginé que fueras tan amable, ¿es tu fachada para llevar a las mujeres a la cama? —él consintió que sí lo era, pero no era un tema del que quisiera hablar en esos momentos.

—Ni siquiera sé qué hago aquí —confesó—. Un expreso por favor.

—Cappuccino y quiero una dona, ¿tú quieres una dona? —Joseph negó, hecho eso el chico que tomó su orden se fue—. Realmente espero que no me hayas hecho venir hasta acá sólo para decirme que no sabes qué pasa por tu existencia.

—Sí tengo una pregunta —confesó—. ¿Por qué figuras como la única persona a la que pueden llamar si hay una emergencia? Ni siquiera son parientes.

Juliet pareció dudar para responder, buscó las mejores palabras y entonces habló.

—Esperaba que ya lo supieras, hubo noticias sobre ella durante un tiempo —exhaló—. Sus padres tuvieron un accidente y la única familia que tiene está en Australia.

El hombre enarcó una ceja curioso sobre aquella revelación.

—Ya veo, ¿y me imagino que de Australia no podrían venir si hay una emergencia?

—Ni siquiera les interesó que Noira quedara huérfana, ¿crees que podrían venir por una "emergencia"? —comentó haciendo comillas con los dedos—. Mira, yo sé que no debería estarte comentando nada de esto a pesar de que fueron noticia, pero realmente espero que la confianza que tengo al verte sea verdadera y puedas ayudar a Noira a que salga del pozo.

— ¿Disculpa? —dudó acerca de lo que acababa de decirle, ¿sacarla del pozo? ¿A aquella mujer que siempre estaba sonriendo?—. Siendo sinceros, no esperaba este tipo de confesión, ni siquiera sé por qué estoy aquí, en serio.

Era la primera vez que actuaba sin pensarlo, sin tener un plan de respaldo del por qué querer hablar con su amiga acerca de esa mujer que le parecía tan intrigante.

—Noira se burla de mí ya que soy muy apegada al "destino", así que, me corten un pie si ustedes no son el uno para el otro —sonrió satisfecha de su sentencia y agradeció cuando el joven que los atendió colocó su pedido sobre la mesa, dio un sorbo a su café, y entonces pidió cubiertos. Joseph la observó atentamente hasta que le trajeron los cubiertos y comenzó a despedazar con ahínco su dona—. Entonces, ¿te gusta Noira?

—Esto es ridículo, ¿qué demonios hago aquí? —gruñó levantándose de su

asiento—. Me voy.

Sacó su billetera y le entregó un par de billetes sin probar ni un poco de su café y saliendo a pasos agigantados del lugar. Su cabeza le daba vueltas tanto sólo al pensar la absurda situación que seguramente se inventó la mujer.

Le pareció cómico que Noira también resultara huérfana, luego de él haberle confesado que lo era, seguramente se estaba burlando de él.

¡Qué mujer tan trivial!

Regresó al aeropuerto en menos de una hora, tenía que estar a las cinco de la tarde en Toronto para cenar con su familia y escuchar la noticia tan importante que decían tener para él, no había mejor noticia para él en esos momentos más que encontrar un asiento en el avión de regreso en primera clase, incluso hasta en la ejecutiva, no aguantaría otro momento junto a otra mujer que no dejara de hablar tanto.

Caminó lentamente con aquel picante andar que tenía y seguro de sí mismo. Todos sus ánimos cayeron al suelo en cuanto la mujer del mostrador le dijo que sólo habría disponibilidad para media hora después y en clase económica, una vez más.

Masajeó sus sienes y sacó su billetera para pagar, no habría de otra. Sólo quedaba esperar.

Capítulo 7

Noira se deslizó dentro del taxi aproximadamente a la cuatro de la tarde, se vio a sí misma y le gustaba cómo se veía, sintiéndose fresca y como no, si el día que tenía había sido fantástico, sin necesidad de trabajar, pensar en cómo vestir o qué llevar, no traducciones ni ser intérprete de alguien tan idiota como Joseph Myers, no comprendía todavía por qué la quería ahí si no le daba actividad alguna fuera de las que ya tenía asignadas, quería sentir un reto y estando sentada todo el día o divagando mientras platicaba no era precisamente lo que pensaba que fuera, no podía quejarse, le gustaba en realidad y fuera de la ajetreada vida que había tenido durante diez años ya, ahora era que comenzaba a establecerse.

Ya no había más deudas que pagar, incluso podría renunciar al Bord'Elle, pero quería tanto seguir teniendo la vida que llevaba que no le importaba continuar con el mismo cronograma que llevaba.

De lunes a viernes regresar del trabajo a su casa, y en la noche del viernes a domingo trabajar en el bar, cada mes comprar lencería nueva, maquillaje nuevo también, aunque ese no era tan requerido si no estaba vencido pues no consideraba que ella se pusiera mucho maquillaje. Y salir de vez en cuando con su amiga Juliet a comer, su vida era perfecta y no le gustaba mucho salir de su "zona de confort", tal vez era por eso de que ese mismo día le había llamado a Bruno para pedirle más tiempo pues aún no se sentía preparada para iniciar una relación lo cual al hombre al principio no le cayó muy bien la noticia, pero después de que le explicara lo difícil que era para ella despegarse de su agenda finalmente aceptó. Él le agradaba, de eso estaba segura y podía sentir cosas cuando se encontraba con él, no obstante, ella no se sentía preparada para comenzar un compromiso que creía era importante.

Llegó al centro comercial Eaton y bajó. La brisa fría le abrazó y soltó un suspiro, los últimos días de noviembre se acababan para dar paso al siguiente mes que tanto le agradaba pues todas las tiendas se vestían de rojo, verde y muchos brillos. En aquel centro comercial colocaban enormes figuras metálicas de animales o alusivos a la Navidad. Pronto las calles se cubrirían de la hermosa vestimenta blanca navideña y era cuando más le agradaba salir a comprar regalos para las personas que consideraba su familia. Como las chicas del Bar, Harry y especialmente Juliet, debía recordar que ahora tendría que regalarle a Karla, Sophie, Lore y hasta Bruno. También podría buscar un pequeño presente para Eleanor, la hermana de Joseph y el propio, que le parecía era difícil de complacer, por lo que probablemente una cena en algún restaurante elegante sería suficiente, no tenía idea de qué podría regalarle, siendo una persona tan rica y con escrúpulos altos, nada le caería bien, sonrió ante la idea de regalarle una noche de pasión, lo que seguramente él aceptaría

con emoción.

Entró por las enormes puertas y enseguida el cálido clima la atrajo, se quitó la bufanda roja que llevaba en el cuello y la colocó en su bolso. Ese día tendría que comprar la lencería que debía llevar en Navidad al bar, no solía utilizar la misma y siempre le gustaba actualizar su ropero, tal vez por ello siempre tenía que deshacerse de la que tenía o incluso amontonarla en algún lugar de su departamento. Le gustaba la tienda de "La Vie en Rose", siempre intentaba ir ahí para encontrar lo más adecuado.

Pasó media hora escogiendo tan sólo dos conjuntos que le atrajeron más e incluso una pijama de satín en vestido color rosado.

—Hermoso, la verdad es que yo también lo escogería, pero con este cuerpo ya no sé cómo atraer a mi esposo —resopló una señora rubia que la observó tomar el vestido, Noira sonrió, era delgada y un poco más baja que ella lo que creyó imposible, sus rosadas mejillas le daban un toque maternal lo cual adoró.

—Venga, no puedo creerle eso, su esposo debe ser un tipo con suerte —la observó un poco más y su instinto la hizo contemplar lo que mejor le quedaría—. Le recomiendo los monos y para su piel en color vino hará que su esposo caiga al verla.

Se quedó pensando, imaginando lo que le decía y afirmó.

— ¿Cómo este? —le preguntó señalando uno del estante, Noira asintió sonriendo.

La siguió por la tienda charlando acerca de la ropa y lo grandioso que el clima estaba a pesar de ya encontrarse a días de Diciembre.

—Ha sido agradable conocerla Annel, ojalá podamos encontrarnos luego —la señora sonrió ampliamente.

—Vamos a cenar, ven con nosotros, mi hijo ya debe estar allá —estaba por formular una maldición al pensar que tal vez la señora quería emparentarla con su hijo cuando ella la interrumpió—. Iremos al Chris Steak que está a unos minutos, sería agradable seguir platicando contigo.

Una vez más aquél toque maternal la hizo aceptar a su invitación y en no más de diez minutos se encontraron en el restaurante mencionado, entraron de inmediato a la mesa que ya tenían reservada. El lugar era elegante, muy diferente a la ropa que llevaba, unos pantalones a cuadros grises con cintura alta y nudo, botas café y blusa blanca, junto con su abrigo largo de color café oscuro. Se avergonzó al ver a las mujeres

sentadas alrededor que vestían un poco más sofisticadas.

Las mesas adornaban la habitación con manteles pulcramente blancos y sillas de madera acolchonadas en roble, sí había una persona sentada hacia donde se dirigían, un hombre bien parecido de treinta años o un poco más, vestía un chaleco a cuadros y camisa blanca, su cabello estaba debidamente peinado hacia atrás dándole un aire intrigante, se le veía pálido y con cansancio.

—Has llegado más tarde de lo que dijiste —la señora le reprochó con la mirada.

—Noira, él es mi hijo James —la chica le agitó la mano débil que se estremeció al tocarla y tomaron asiento—. La conocí en lencería, me ayudó a escoger unos bonitos conjuntos que...

—Madre, en verdad no me gustaría saber cómo acaba esa frase, pero apreció que acompañaras a mi madre en esa travesía Noira, yo no he podido. Me he cansado apenas al caminar hacia la mesa.

Noira entonces vislumbró el bastón que sostenía con su mano izquierda, recorrió la mirada hacia el menú intentando recapacitar lo que no debía hablar por miedo a meter la pata.

—Ha sido un placer, hace mucho no platicaba con alguien que me tratase tan maternal.

Annel encontró en su tono de voz tristeza y tomó su mano por sobre la mesa apretujándola suavemente, no tuvo ni qué decir una palabra para entender aquello. Otra cosa más que las madres sabían hacer y era descubrir bajo los ojos de una persona lo que sucedía.

—Si no les molesta tengo mucho apetito y quisiera ordenar antes de que desaparezca.

—Tenemos que esperar a tu hermano, podemos empezar con una entrada, ¿no te molestaría Noira? —contempló el menú hambrienta y asintió, esperaba realmente que el hermano llegara pronto, Annel se ofreció a pedir, un poco de vino y algunas empanadas para comenzar, además de paté endulzado y galletas—. Entonces Noira, ¿eres de aquí?

—Desearía, nací en Australia.

—Oh, el campo de experimentación de Dios —comentó James, la chica rio ante la verdadera razón de por qué existía su país de nacimiento.

—Sí, aunque en realidad te acostumbras, aprendes a diferenciar entre si

liberar a la araña, correr o quemar tu casa.

—No podría vivir ahí, ninguno de mis hijos podría, nadie en la casa sabe matar una pequeña araña —James asintió, no podía refutar eso.

— ¿Y qué haces por aquí Noira? ¿Trabajo?

—Bueno, mis padres decidieron buscar otros aires. Literalmente —sonrió acongojada—. Ellos murieron ya hace algún tiempo.

Annel golpeó levemente el brazo del hombre que hizo una mueca.

—Lo siento, él no es muy perceptivo, lamento lo de tus padres. Estarían muy orgullosos de ti, eres hermosa, muy inteligente y simpática.

La plática continuó hasta las siete de la noche cuando sintió que los colores se le subían al rostro y las inhibiciones caían hasta el suelo, no era muy fuerte contra el alcohol y menos con uno tan caro que no quería siquiera desperdiciar. Rio de los chistes de James y se disculpó mil y una veces por lo torpe que ya se encontraba. Pidieron enseguida otra botella y entrada para que la joven mejorara en el transcurso de la noche.

Tampoco se preocupó por hacer preguntas personales que Annel contestó con gusto, ella también se encontraba un poco subida de tono, aunque no tanto como Noira. James sólo las observaba sonriente, hacía años que su madre no reía tanto como lo estaba haciendo ese día.

—Señoras, si no les molesta, iré al tocador —habló sin recibir una respuesta de ellas que se encontraban muy animadas platicando de ropa.

—Noira, tienes que venir a casa. Tendremos una hermosa fiesta de Navidad en la vieja mansión de mi esposo y habrá mucha comida, tienes que conocer a la familia —Noira movió la cabeza con fuerza de arriba abajo, las mejillas eran de un hermoso color carmín que con su piel combinaban perfectamente—. Y te quedas, en la madrugada hacemos una fogata con un poco de fruta, malvaviscos para esperar la llegada de Papa Noel.

Hizo comillas con los dedos muy obvios y las dos rieron.

—Sería encantador Annel, pero tengo que trabajar ese día en Montreal y no creo poder llegar tan rápido para la fiesta.

— ¿Trabajas el veinticuatro cariño? No, no, no, tienes que venir, te pagaré tu boleto de avión.

Noira volvió a reír, ya no podía controlarlo, le agradaba esa mujer y aunque perdiera un poco de dinero, no quería perderse una fiesta familiar

tan acogedora.

—Entonces el veinticuatro será, hace mucho no tenía una fiesta con familia, ¡que hermoso!

Annel pareció satisfecha con su respuesta y tomó otro sorbo de su copa aplaudiendo y volvió a tomar la mano de Noira. Las dos escucharon una carraspeó y voltearon hacia el emisor del sonido.

—Veo que te la estás pasando bien, madre.

Las dos cantaron al unísono: "Hijo mío" y "joven Myers", luego se llevaron las manos a la boca sorprendidas.

— ¿Conoces a mi hijo?

—Oh no, no me diga que el joven Myers es su hijo —frunció el ceño—. El bobo jefe del que le he hablado es él.

Annel rio.

—Ni siquiera preguntaré cómo conoces a mi madre —suspiró sentándose en el asiento restante, le sirvieron vino y comenzó a comer paté—. Estoy hambriento, tuve un día horrible, fatal, nefasto, amargo, deplorable, desdichado, infortunado, desearía haberme bañado antes de venir y más si hubiese sabido que estarías aquí.

—Es porque no me tuvo ahí hoy, tenía que haberme dejado ir a trabajar —Annel asintió y Joseph frunció el ceño, de verdad deseaba saber cómo se conocían y el porqué de que se veían tan amigas.

James llegó con lentitud hacia su lugar de descanso y le dedicó una mueca a su hermano confirmando que él también se encontraba intrigado por la rápida relación que tenían su madre y la joven. La comida llegó casi de inmediato, Noira sonrió a Joseph.

La vigiló mientras ella cortaba a la mitad su filete mignon y lo acomodaba en el plato de las empanadas vacío, le colocó a un lado ensalada con un poco de puré de papa con ajo. Puso el plato frente a Joseph y una parte de él se enterneció porque ella se preocupó porque tuviera algo de comer también.

Formó un "Gracias" con los labios y Noira notó que sus ojos brillaron por el gesto.

La velada se pasó rápido y disfrutó cada uno de los movimientos que Noira hacía con sus manos, maravillado por las historias que contó, consideró pedir un poco más de vino para verla tal como ese día que le

llamó.

—Bueno, ha sido excelente todo, y como les comenté tenía una importante noticia que darles hoy —las tres personas frente a James le prestaron completa atención y él continuó—. Hablé con el doctor esta tarde, parece que el tratamiento está haciendo efecto.

Su madre se paró a abrazarlo fuertemente.

—Mamá, lo vas a ahogar —comentó Joseph parándose a palmear la espalda de su hermano, Noira pudo notar lo verdaderamente feliz que se encontraban por escuchar eso, ya sabía que James padecía de leucemia y por supuesto que le alegraba saber esa noticia a pesar de ser solamente conocidos—. Estoy muy orgulloso de ti, ya quiero verte en la empresa.

James asintió con una enorme sonrisa en el rostro.

—Padre y Eleanor ya lo sabían, así que, no se invitaron a tan importante velada.

—Sí claro, ¿no será más bien porque están ocupados?

—Ya saben cómo es su padre que nunca deja de ir a sus jueves de billar —hizo una pausa observando a Noira—. Ya es tarde, Joseph deberías llevarla a su casa. Nosotros nos encargamos aquí.

—No es necesario Annel, muchas gracias, puedo tomar un taxi.

—Joseph —el hombre hizo una mueca y asintió colocándose su saco, bebió un poco de su copa y le hizo un ademán a la joven para irse—. Ha sido un verdadero placer conocerte Noira, no olvides la invitación, ya luego Joseph te dirá.

Agradeció y se despidió de ellos con un abrazo, tomó sus bolsas siguiendo muy de cerca de Joseph en silencio. Ninguno dijo ni una palabra hasta llegar al auto que abrió la cajuela para que ella metiera sus cosas.

—Así que compraron lencería —comentó abriendo una de las bolsas donde encontró un “Teddy” negro de encaje, tragó saliva al imaginarse el cuerpo de Noira en dicho pedazo de tela casi transparente—. Wow.

Se formó en sus labios más rápido que la consciencia de su cerebro al darse que cuenta que lo había dicho ya en voz alta. No mencionaron nada más hasta llegar al departamento de la mujer, él no paró de verla por el rabillo del ojo y sentirse ansioso por el creciente bulto que aparecía entre sus pantalones, tragó saliva más veces de las que pudo contar.

Le ayudó a bajar sus cosas de la cajuela y antes de despedirse intentó aliviar el ambiente.

—Gracias, la pasé muy bien hoy —murmuró apenada aún porque él viera la ropa que compró.

—Puedes tomarte el día de mañana también, si así lo deseas.

—Joseph —el joven de cabello azabache se sorprendió al escuchar su nombre en los labios de la mujer, era la primera vez que le llamaba así—. Bruno y yo no estamos juntos.

Su corazón se infló de emoción que tuvo que ocultar, realmente le agradaba escuchar eso.

—No te pido que faltes mañana porque Bruno y tú estén juntos, sino porque hoy fue un día cansado con mi madre —alegó, jugó con las llaves por unos segundos y aspiró—. Gracias por pasar tiempo con ella, hace mucho no la veía tan feliz.

—Puedo imaginar por qué —mordió su labio inferior pensando—. De cualquier manera, quería que lo supieras. Nos vemos el lunes entonces.

Él asintió y entró en el auto. En verdad que le agradaba saber que no estuvieran juntos.

Capítulo 8

Maldijo al ver su celular y a su jefe pidiéndole que no faltara el día veinticuatro, seguía sin poder concebir la idea de llegar rápidamente a Montreal y luego de regreso a Toronto para estar a tiempo a la fiesta de Annel Milton. Deseaba estar ahí, por primera vez después de tanto tiempo quería pasar un buen día y más si la mujer era tan amable con ella y la hacía desear soportar a Joseph Myers.

—Te pedí que no vinieras hoy —le llamó Joseph al verla sentada en la cafetería del lugar con un café en mano. El azabache se sentó frente a ella.

—Técnicamente usted dijo “si así lo deseas”, y yo no lo deseo. No he estado tanto tiempo fuera de mi trabajo.

—Sólo ha pasado un día —replicó anonado por la idea de que quién sabe cuánto tiempo la mujer llevaba trabajando sin descanso—. Dentro de dos semanas llegan tus esperados alemanes, ¿estás preparada?

Comentó cruzando los brazos.

—Sí, he estado viendo películas, leí algunos libros y repasé en aquella aplicación de idiomas, siento que podría ser una gran oportunidad —Joseph la contempló al hablar, parecía que respondía como si alguien la estuviese entrevistando para algún puesto de trabajo, cerró los ojos por unos segundos y dejó que el sonido de su voz entrara por sus oídos—. ¿Me está escuchando?

Comentó irritada, lo que ella no sabía es que sí lo estaba haciendo, ¡fuerte y claro!

—Es muy importante, he estado buscando un contrato con ellos ya hace algún tiempo y aunque la última vez que vinieron no estuvieron muy sorprendidos desearía que dieras lo mejor de ti para lograrlo —Noira asintió entusiasmada—. Y no te preocupes por aprenderte mucho sobre los procesos o lo que te estés intentando comprender en los departamentos. Estaré para apoyarte si te pones nerviosa.

La mujer sintió una punzada de ternura ante su confesión y una ola de frenesí la sobrellevó aún más allá—. Gracias.

—Estaré al pendiente y cualquier duda sabes que puedes hacérmela, responderé con total sinceridad —hizo una pausa, ahora fue él quien sonrió—. Y no se te olvide que me debes una noche de pasión.

—No puede ser, de verdad creí que esta vez tendríamos una conversación civilizada.

—La única conversación civilizada que tendrás conmigo, será con mi madre enfrente.

—Tendré que estar con ella más tiempo —Joseph meneó la cabeza, no le molestaba en absoluto que ellas dos se llevaran bien, después de todo su madre necesitaba un poco de felicidad.

Luego de la enfermedad de su hermano, sus padres se dedicaron a estar siempre junto a James para proveerle todo lo que él necesitase, en cambio, Eleanor y Joseph tuvieron que encargarse de la empresa, un peso muy grande para su hermana que nunca se idealizó a ella misma en un escritorio atendiendo llamadas. Se dedicaba más a la jardinería y la decoración, su hermano menor en un principio le pidió no abandonar su sueño y menos luego de haberlo encontrado al terminar el divorcio, algo que al principio la abatió pero que ahora le daba fuerzas día con día.

Y después de dos años surtía efecto el tratamiento, y eso merecía celebrarlo, especialmente tan cercana la Navidad que para la familia Milton era muy importante.

—Noira —sus ojos se encontraron con aquellos zafiros que brillaban con intensidad al escuchar su nombre—. Me alegra que hayas venido.

Murmuró desviando su mirada hacia la entrada donde vio acercarse a los amigos de la mujer, venían platicando y riendo como de costumbre cada que se los encontraba. Volvió hacia su rostro y sonrió levemente con tristeza.

Noira no perdió de vista la figura del hombre al levantarse y caminar con gracia hacia la salida del lugar, a veces ese sujeto podía llegar a ser agradable, fuera de sus intentos por seducirla o hacerle enojar.

—Noira, me alegra tanto verte —comentó Lore abrazándola—. Porque tienes que salir con nosotros hoy y no aceptaremos un “No” por respuesta.

Arrugó su entrecejo recordando que la misma frase se la mencionó Joseph días atrás y hasta entonces nunca hablaron de lo sucedido en el restaurante de Mississauga o incluso de cuando ella le llamó pasada de copas.

—De verdad no puedo chicos, debo ir a trabajar.

—Ah no —le interrumpió Bruno—. Eso fue un “no”, ven, te vas a divertir.

Podemos ir a comer algo después.

La mano de Bruno viajó a través de su espalda y le abrazó por sobre el hombro. Karla le hizo una mueca a la joven causando su risa.

—Bruno, Lore, por qué no van por los refrescos y algunos sándwiches en lo que platicamos con Noira —la chica no comprendió el por qué deshacerse de ellos hasta que fijó su mirada en Karla y esta elevó las cejas en un gran ángulo, como si intentase leer su mente—. ¿Desde cuándo estás saliendo con Bruno?

Noira se ahogó con su propia saliva al escucharla.

—No lo estoy haciendo.

—Ese hombre podrá ser seductor, pero no abraza a cualquiera así y cada que te mira parece que quiere comerte, ¿qué otra cosa podría ser?

—comentó Sophie, las dos rieron al escucharla hablar tan directo.

—No, bueno —suspiró—. La semana pasada me lo pidió, es sólo que no me siento preparada para tener algún tipo de relación y mucho menos si se trata de un compañero de trabajo, tengo que pensármelo mejor.

—Pensarte mejor salir con Bruno, cariño, los únicos hombres que están tan buenos como el vino son Joseph Myers, Bruno Suaste y Trevor Taylor del almacén —curvó los labios risueña ruborizada—. A menos que, exista una razón detrás.

—No debe haber una razón detrás, sólo quiere ir lento y encontrarse con alguien que realmente le guste. Karla siempre quieres encontrar...

—Oh por dios —exclamó Karla cuando los ojos de Noira parpadearon con fuerza—. ¿Eres virgen?

Murmuró y Noira bajó la cabeza apenada jugando con la solapa de su manga, es verdad que lo era y es por eso mismo que quería conocer a alguien que realmente le atrajera lo suficiente como para entregarse y no pensar luego que había hecho la cosa más estúpida de su vida, por alguna razón se sintió una tonta al no estar “desflorada” como muchas personas le decían. Ni siquiera trabajando en el Bord’Elle se atrevió a acostarse con algún cliente o hasta con su jefe, no pensaba que fuera algo correcto. Quería hacerlo a su manera.

—No he tenido pareja antes y espero que no vuelvan a preguntarme sobre esto nunca más.

Incluso Sophie se sorprendió, creyó que para alguien tan atractivo como Noira, ya estaría muy avanzada en la materia, lo cual sintió un poco

agresivo al pensar así de ella.

—No tienes por qué apenarte, no deberías apresurarte si no quieres, nadie debe obligarte —Karla asintió.

—Pero, en verdad es sorprendente.

— ¿Qué es sorprendente? —habló Lore con algunas bolsas de papel en las manos que entregó a cada una, las mujeres intercambiaron miradas pensando en la manera de responder eso.

—Estábamos platicando sobre lo que haremos en Navidad, ¿qué quieres de regalo Noira? —preguntó Sophie.

—Me encantaría un aumento, eso quiero de Navidad —todos rieron.

—Joseph Myers te entregaría primero a los lobos que ofrecerte un aumento.

—Si se trata de Noira, seguramente le entregaría cualquier cosa además del aumento —replicó Lore dándole un codazo a la chica. Todos rieron incómodos a excepción de Bruno que sólo entrecerró los ojos molesto.

—El joven Myers no es mala persona, deberían darle una oportunidad —Noira no pudo contener su respuesta, nunca le había agradado que otros hablaran mal sobre las personas que ella conocía, aunque sólo fueran eso, conocidos, no podía considerar todavía que Joseph Myers estuviera interesado en ese tipo de relación con ella y de todos modos se encontró a sí misma defendiéndolo.

Avistó una mueca en el rostro de Bruno que se excusó de inmediato para irse a trabajar, decía tener actividades que hacer.

La joven se levantó mintiendo también para seguir de cerca al hombre que caminaba a pasos agigantados hacia el ascensor para bajar a planta. Ella corrió para alcanzar a entrar junto con él y frunció los labios en una sonrisa—. ¿Sucede algo?

Él le ignoró por unos segundos al presionar el botón.

—Son celos —confesó sonriente también—. Supongo que me gustas demasiado como para molestarme porque tu nombre figure en una frase junto al de otro hombre.

—Lo lamento, si ayuda en algo, no tengo interés alguno en el joven Myers —mintió.

Sí tenía cierto interés en él, no descifraba todavía cómo y por qué.

—Disculpa yo también, ha sido muy grosero de mi parte.

Noira negó.

—Está bien, ¿nos vemos en otro momento? —comentó dándole un beso en la mejilla luego bajó del ascensor.

Bruno elevó la comisura de sus labios, esa chica le gustaba.

Capítulo 9

Caminaban a través del Mont-Royal, la ciudad se vestía poco a poco con capas blancas para dar paso al largo invierno que ya se empezaba a mostrar desde inicios de noviembre, los animales preparados para la llegada de su hibernación y aquellos tintineos que le encantaba escuchar cuando los árboles se mecían haciendo sonar los pequeños cristales que yacían en sus ramas. El glorioso aroma de todo aquello la hizo suspirar.

—Se nota que estás feliz —comentó Juliet mordiendo un poco de su croissant, le echó un vistazo, se le veía tranquila—. ¿Pasó algo que no me has mencionado?

—Sólo me gusta la Navidad, es como la última recta en la que me tengo que esforzar para el siguiente año.

—No terminas de esforzarte nunca —jaló su gorro y bufó—. ¿Por qué no vienes conmigo a mi casa y pasamos Navidad juntas?

—De hecho, creo que sí pasó algo —mordió su labio pensando—. La madre del joven Myers me ha invitado a su fiesta.

— ¿Joseph Myers? —Noira asintió—. Joseph Myers.

Gruñó.

—Lo sé, es inesperado y sorprendentemente acepté —Juliet la observó por unos segundos, luego sus labios se curvaron lentamente en una sonrisa—. No es tan importante y que te pongas así, tampoco.

—Puedo y debo emocionarme, es increíble y por supuesto que es importante. ¿Cómo es que aceptaste a ir a una comida familiar con él? Lo odias, ¿no? Lo odias, ¿verdad? Ay, por los cielos, no lo odias, te gusta.

Atropelló todas las palabras zarandeando emocionada a su amiga, abrió la boca para hablar otra vez, pero Noira la interrumpió.

—No me gusta, te lo juro. Y de hecho es un idiota egocéntrico, pero cuando está con su madre parece ser menos cavernícola.

—Ya veo, entonces te gusta un poquito —dijo en murmullo juntando sus dedos simulando que tal vez sí le gustaba precisamente, “un poco”. Recibió una mirada fría de su amiga y confirmó lo que ella ya se presentía—. ¿Tienes pensado llevarles algo?

—Además de alguna bebida, no tenía planeado nada más y la verdad no

tengo idea de qué otra cosa podría hacer.

—Además de llevar un liguero puesto para cautivar a Joseph, no se me ocurre más.

—Establezcamos que no me gusta y no quiero cautivarlo. Sólo es mi jefe y debo agradecerle.

Juliet entornó los ojos en ella inspeccionando cada parte de su rostro al hablar, finalmente le regaló una sonrisa.

—Faltan unas cuantas horas, vamos de compras.

Siguió a su amiga hasta el centro comercial Subterráneo de Montreal cerca del Bord'Elle, dentro pasearon por todas las tiendas habidas y la mayoría se encontraba en descuentos, observó a través de los vidrios la pista de hielo y la manera en la que todos se divertían, le acongojó ver a una familia disfrutar del sitio.

—Sólo falta el joven Myers —murmuró con algunas bolsas en las manos.

—Noir, sabes qué debes darle —rio al ver el puchero de su amiga.

—Es tan rico y pedante —frunció el entrecejo con la mirada fija en un local de comida—. ¿Quieres un bagel?

Entraron al restaurante La fabrique de bagel y formadas para pedir continuaron hablando.

—Pienso que tal vez deberías darle una oportunidad, el hombre se ve agradable.

—Ver y ser no son sinónimos Juliet —ella resopló—. Lo podremos pensar en cuanto tengamos el estómago lleno.

Llegaron al Bord'Elle pasadas las ocho de la noche para prepararse a su acto, el lugar ya estaba repleto de personas para el comienzo de los eventos especiales que realizaban todos los fines de semana de diciembre, es por ello de que tendrían que usar vestidos cortos color rojo como Santa Claus y gorros a combinación para el día anterior al veinticuatro de Diciembre, se colocó finalmente las largas botas negras y escuchó su nombre.

—Noira, te llama el jefe —comentó Harry sonriendo de oreja a oreja.

Nerviosa se encaminó hacia la oficina que normalmente estaba vacía, sólo se ocupaba cuando alguna de las chicas estaba próxima a cumplir años y

en esos momentos ella era la más cercana.

Tocó la puerta y esperó a que alguien le dijera que entrase, en su lugar su jefe abrió la puerta.

Un hombre de 1.90 metros, su cabello cenizo sobresaltaba sobre su piel blanca, la mandíbula afilada y con barba, ese era Edmond Durand, el hombre más frío que jamás hubiese conocido, algunas veces intentó saber si le agradaba, pero se dio cuenta que esa mirada de playboy se la dedicaba a todas las mujeres. Con un semblante serio la invitó a pasar.

—Señorita Clyde, que alegría verla por aquí —ella asintió sentándose con torpeza en una de las sillas frente al escritorio, colocó sus manos sobre la falda del vestido y frunció los labios—. Sabe para qué estoy aquí, ¿verdad?

Volvió a asentir nerviosa y él tomó asiento en el escritorio frente a ella, cruzó los brazos sobre su pecho y suspiró, la inexistente expresión de su rostro la hizo tragar saliva fuertemente, tenía miedo, no quería despedirse.

Edmond esperó a que hablara y sólo entonces descruzó sus brazos.

—Sí, lo siento.

—Sabe que es la favorita, y también que le he dado mucha oportunidad a pesar de su edad, tiene un hermoso cuerpo, su voz e incluso la personalidad que agrada a todos —los ojos de Edmond se posaron en su rostro inspeccionándola—. Además de lo atractiva que es usted.

Noira se estremeció al escucharlo decir por primera vez que era bonita, sus mejillas se colorearon.

— ¿Me está despidiendo?

Edmond se levantó de su lugar de descanso y regresó al asiento detrás del escritorio, escribió unas cuantas cosas y sin levantar la vista continuó hablando.

—Le daré permiso de medio año más, ya veremos la siguiente mitad —la mujer ahogó un chillido de felicidad y se levantó de un salto, Edmond la miró—. La tendré vigilada, no quiero que engorde o esté colocándose cosas extrañas en el rostro. Usted más que ninguna otra chica allá se tiene que cuidar y nada de comer bagels.

— ¿Nos vio? —él confirmó meneando la cabeza—. Oh vaya, disculpe.

—Estaban tan hambrientas que ni siquiera se dieron cuenta —dejó su pluma en la superficie—. Considero que no le entregue cuerpo al tal Joseph Myers, si no lo hace en un día normal mucho menos en una festividad.

Se sonrojó una vez más imaginando todo lo que comentaron y abrió los ojos perpleja por lo que también habían cuchicheado, juró no haberlo hablado tan alto.

—Significa que también...

—Sí —sonrió levemente, levantó su cuerpo para acercarse a ella, se inclinó hacia adelante fijando la mirada en la suya—. Y sería un placer compartir la cama con usted señorita Clyde, pero lamentablemente no tengo interés alguno en estos momentos, gracias de cualquier manera.

Parloteó muy cerca de su rostro.

—No decía específicamente eso, me refería más.

—A que yo sería tu segunda opción detrás de Joseph Myers —le interrumpió.

—No esperaba que sonara así, ¿es por ello por lo que me dejará quedarme más tiempo?

—Para nada, usted es un gran elemento para nuestra pequeña empresa —aun nerviosa por todo lo que estuvieron mencionando en aquel corto tiempo formadas siguió contemplando su inexistente dignidad que caía poco a poco hacia el suelo—. Ya puede retirarse y no haga decisiones estúpidas, se lo ruego. Oh, señorita Clyde.

— ¿Sí? —preguntó antes de salir por la puerta.

—Me gustó su idea de vestirse como Jessica Rabbit, hágalo —mencionó abriendo la puerta de su oficina—. Es una orden, quiero verla la siguiente semana haciendo ese acto, nos vemos.

Edmond enmarcó una ceja al verla irse absorta de lo que le había mencionado, era una mujer sublime y con atributos impresionantes, pero no entraba dentro de sus planes tener algún tipo de relación con alguien, menos si se trataba de alguna de sus empleadas. La observó hasta que desapareció del pasillo, fue entonces que cerró la puerta.

Esa noche no estaba concentrada, tenía en la mente a Bruno y a sus "celos" que lo hacían enojarse por decir "Joseph", por otra parte, el mismo Joseph que también le molestaba que Bruno saliese con ella, ninguno de los dos se agradaba y ella lo podía ver a simple vista, pero guardaban las

apariciones en la empresa por el bien de todos, sino tal vez una batalla campal ya hubiera suscitado.

Deseaba saber qué sucedía entre ellos dos y el porqué de que no pudieran verse fuera de su lugar de trabajo sin llegar a los gruñidos. Y es precisamente lo que averiguaría.

Capítulo 10

Entró por las puertas principales de Hidden Myers et Milton con un fuerte dolor de cabeza, no durmió durante toda la madrugada ansiosa por conocer por fin a los proveedores de los que durante más de un mes estuvo Joseph mencionando que debía sorprender, es por eso por lo que ese día llevaba su mejor vestimenta adecuada para el empleo, así como, la mejor ropa interior. Llevaba un pantalón formal blanco con tacones dorados y una camisa azul.

Por fin su contrato terminaría al haber hecho ya su trabajo, acabó con anticipación las etiquetas de todas las máquinas y equipo necesario. La página ya estaba completa, sólo eran detalles y por supuesto, esa semana estarían visitándoles personas que darían la bandera de salida para no volver a trabajar para Joseph Myers en su vida.

El repiqueteo de sus tacones contra el suelo brillante hizo que todos a su alrededor fijaran la mirada en ella o hasta sólo echar un vistazo. No le molestó en absoluto cuando empezaron a murmurar palabras que apenas pudo escuchar.

—Hoy vienes increíblemente exquisita —confesó Myers viéndola con fervor—. ¿Debí haberte invitado a más juntas para verte en pantalones que te marcan lo perfecto que tienes?

Estaba en una encrucijada, vestir bien como siempre le había gustado o no escuchar las terribles frases de coqueteo que le dedicaba Joseph.

—Por suerte, ya no me verá tanto por aquí. Llega el Fin de Semana, y hasta luego.

Joseph sonrió sorprendido por su respuesta.

—Podría contratarte más tiempo Noira Clyde, no me tienes.

Lea tosió fingida para que ellos supieran que ya se encontraba ahí, Joseph aclaró su garganta y acomodando su traje sonrió.

—Traje la agenda que me pidió.

Joseph tomó la pequeña libreta de sus manos y la hojeó por unos segundos, en todo momento asintió como si estuviera de acuerdo con todo lo que se mostraba ahí. Noira enarcó una ceja, tentarlo era lo menos que quería, era cierto que el hombre era todo un Adonis en cuanto se trataba de físico, en cambio su personalidad debía ser con la primera que tendría que trabajar para agradar a las personas, aunque seguramente era lo que ocultaba, ella sentía conocerlo más de lo que las demás le

conocían, con su familia relucía su verdadero “yo”.

—Entiendo, mueve esta junta para la siguiente semana y necesito que esas cajas lleguen hoy, busca a Trevor y dile que el inventario tiene que reabastecerse hasta el siguiente mes que tengamos en depósito y despide a Alexander, en verdad lo odio.

Era un punto a su favor, todo se encontraba en orden o es lo que siempre procuraba, lo que entraba y salía estaba por escrito, incluso hasta la más mínima cosa. Había registro que hacía que la empresa marchara bien, aprendía de sus errores y de los años en los que no supo siquiera de dónde provenían los cheques para cada empleado. Se le notaba orgulloso por lo que había luchado tanto.

—Entiendo, la sala de juntas ya está lista con los bocadillos que usted pidió y el chófer ya se encuentra en el aeropuerto para recoger a los invitados.

—Excelente —se quedó pensando por unos segundos y continuó dándole órdenes a la chica, Noira también masticó el hecho de que todo estaba preparado. Tanta buena impresión que quiso ocasionar fue lo que la hizo sentirse mal.

Sus ojos se perdieron por unos momentos y hubiese caído al suelo si no fuera por Joseph que la tomó por los brazos para que evitara tocarlo.

El azabache la vio desvanecerse y pidió inmediatamente a Lea trajera un poco de agua y al médico de la empresa. Cargó a Noira para llevarla al lugar más cercano que era una pequeña sala de descanso y la recostó con suma delicadeza en uno de los sofás.

Apartó el cabello de la cara y tomó su pulso tal cual el curso de primeros auxilios le enseñó y suspiró al darse cuenta de que tal vez sólo había sido un desmayo, en cuanto regresó Lea le pidió una vez más sólo que ahora le trajera un poco de comida o dulces.

Sostuvo en sus manos una revista para brindarle aire agitándola con rapidez y comenzó a fruncir el ceño cuando la vio parpadear con fuerza para levantarse—. Sólo recuéstate un poco más. El doctor ya está por llegar.

—Joseph —el corazón del mencionado se desbocó por completo al escuchar su nombre en los labios de la joven, volvió a sacar otro suspiro—. ¿Qué pasó?

—Te has desmayado, me has dado un buen susto —Noira sonrió sin abrir la boca y unos pequeños hoyuelos se marcaron en sus mejillas, algo que nunca había visto, incluso ahora la cercanía que tenían en esos momentos

también lo hizo darse cuenta de las casi invisibles pecas que tenía en los pómulos y sobre su frente, la mano de Joseph subió hasta la ceja de la chica y bajó a sus labios en un tortuoso camino, ella abrió un poco la boca como si lo estuviera invitando a acercarse.

—Buen día señor Myers —habló el doctor que se encontraba en el umbral de la puerta observándoles. Joseph se puso de pie e hizo un ademán para que pudiera acercarse a Noira.

Salió enseguida para darles espacio y lo único que pudo pensar fue en ella, si no fuese por la interrupción tal vez ya estaría recostándola sobre su oficina para saciar sus más grandes deseos, pero el verla fuera de peligro también lo hizo recapacitar. No dudó ni un segundo para colocarse su saco correctamente al percatarse de la creciente emoción que tenía. La chica era hermosa por completo y tenía un cuerpo que haría volver loco a cualquiera, pero no podía negar la inocencia que emanaba, así como, inexperiencia lo que extrañamente hacía que le atrajera aún más.

No quería hacer nada estúpido que causara que ella le ignorara o comenzara a odiarlo sin embargo cada que se encontraba junto a Noira era efectivamente lo único que podía hacer, ser un tonto y comenzaba a darse cuenta de ello.

¿Por qué habría de importarle tanto ahora? Si de cualquier manera esa semana sería la última en verla y podría volver a su vida normal en la que podía salir con las mujeres que quisiera.

Volvió la mirada hacia el área de descanso de donde salió el doctor que hizo una mueca de desaprobación.

— ¿Es tan malo?

—Lo ideal sería que ella se haga chequeos, pero a simple vista se nota el cansancio que tiene y ¿sabes? Luego te cobra por adelantado.

—Ya veo, ¿por eso se desmayó? —el doctor asintió.

—Dile que descanse unos días, nada de esforzarla Joseph Myers
—sentenció antes de dejarle solo observando a Noira a través del cristal.

Ser intérprete no parecía para él un trabajo de mucho esfuerzo. Frunció el ceño, tal vez esfuerzo mental sí era, pero de cualquier manera el jefe de la ABCO le comentó que ella no recibía mucho trabajo, y ahí en la empresa de Myers et Milton, tampoco implicaba trabajo duro, sino es que siempre se la encontraba durmiendo en su oficina cada que intentaba platicar con ella.

Debía ser entonces en el tercer trabajo que tenía, las ganas de saber qué era lo que hacía crecieron dentro de él, Noira siempre se excusaba en que era maestra personal de idiomas, pero no le creía del todo, había un trasfondo.

—Sigo en pie —sonrió Noira acercándose a él—. Mala hierba nunca muere.

Joseph imitó su gesto y tomó su mano.

—Tendrás que recargarte en mí entonces, será un placer tenerte en mis brazos —la chica le observó impasible—. La oferta sigue, no dudes en usarla.

Estaba por caminar hacia la entrada cuando ella le tomó de la mano y giró un poco su cabeza para verla.

—Gracias, por ayudarme.

Guiñó su ojo derecho y repasó mentalmente cualquier conversación que pudiera hacerle frente para saber qué hacía en realidad y lo único de lo que estaba al tanto acerca del tema era que viajaba a Montreal constantemente.

Entonces recordó a Juliet, si salía a la una de la tarde de su empleo y se encontraron en el café ciertos minutos después seguramente trabajaba cerca, cualquier establecimiento tal vez a tres kilómetros a la redonda serían suficientes para conocer el paradero del lugar que la hacía esforzarse tanto. Una gran satisfacción se extendió por su cuerpo, tan fácil y rápido que fue saber cuál podría ser el secreto que Noira no quería que nadie supiera.

El aeropuerto no se encontraba lejos y los nervios de Noira se desbocaban rápidamente, no sabía por qué, tal vez porque era su primer trabajo como intérprete o porque quería que Joseph se sintiera orgulloso, como fuera, daría su mejor esfuerzo y luego con su penoso desmayo aspiraba a que así fuera.

Aguardaron por unos minutos más dedicándose miradas avergonzadas hasta que llegó un auto negro del que bajaron tres personas.

Una de ellas era un hombre de más de cuarenta años que le recordaba mucho a su jefe de la ABCO, calvo, de gran sonrisa y un poco más gordo.

Otro más joven y tan alto como Joseph con cabello teñido de blanco y barba negra, le pareció divertido la combinación de colores, le recordaba a

cierto personaje de caricatura.

Finalmente, la última, una hermosa mujer de cabello rubio de misma altura que el anterior, con ojos azules y una sonrisa tan atrayente como la miel a las abejas. Sus mejillas se colorearon celosa.

Deshizo cualquier miedo que pudiera tener y se acercó a ellos para saludar.

—Es un placer volver a tenerles aquí —habló con un fluido Alemán.

—Lo es Joseph, y para ver, es magnífica lo que has logrado en tan poco tiempo. Parece ayer cuando vinimos a visitarles.

Para sorpresa de Noira, comprendió cada palabra que dijeron.

—Es muy amable —tomó de la cintura a la mujer y sonrió—. Noira Clyde, mi asistente y traductora.

Estaba por estrechar la mano del hombre más viejo cuando la mujer habló con la voz más estresante que Noira nunca pudo imaginar.

—Pero si tú no lo necesitas Joseph —rio la mujer. Por la forma en la que se saludaron Noira pudo asumir que ya se conocían y otra ola de celos la atravesó—. Tenía tantos deseos de verte, la última vez ya no salimos, este fin de semana hay que hacerlo, antes de regresar a Alemania.

Siguió muy de cerca a todos cuando comenzaron a caminar para darle el tour típico del que tanto se enorgullecía Joseph por hacer. Imaginó que el acento alemán fuera brusco y gutural, pero aquella lo hacía agudo y asqueroso, sólo unos minutos para saber que la rivalidad entre las dos crecería con rapidez durante toda la semana.

—Derek —comentó el hombre joven estrechando su mano, Noira sonrió—. Uma es una persona muy sociable, no agrada a las personas a primer vista, pero dale una oportunidad. Joseph hizo la misma cara cuando le conoció.

— ¿Se me nota mucho? —él asintió enseñando los dientes en una sonrisa—. Cielos, disculpa, ha sido muy grosero de mi parte.

—Para nada, me alegra saber que no soy el único intérprete aquí —abrió la ojos sorprendida, no imaginó que fuera así y por supuesto que le complació saberlo—. Espero podamos llevarnos bien.

Y a partir de ese día, mientras Walter el hombre más viejo platicaba junto con Uma y Joseph, Noira se encontraba con Derek para charlar de todo menos de trabajo, especialmente de lo hermoso que era Alemania, y lo

fantástico que él se sentía por estar en matrimonio con la mujer de su vida. Sólo tenían dos años de casados y su primera hija ya tenía un año. Incluso a Derek le gustaba mostrarle las fotos de su boda y de cómo creció poco a poco la pequeña Amelia.

Encontró un amigo a más de seis mil kilómetros.

No hubo problema alguno cuando le entregó su celular para anotar su número y por consiguiente ella también hacerlo.

E incluso cuando se burló de ella por sentirse celosa de Uma y Joseph, lo cual según ella la traía sin cuidado.

—No puedo Derek —el hombre le hizo un mohín—. Tengo que trabajar y la semana pasada me dieron una oportunidad que no puedo rechazar y debo dar lo mejor de mí. Pero, juro que te escribiré cada que pueda.

—Eso me dijeron todas las chicas en la escuela y hasta ahora sigo esperando que lo hagan —Noira soltó una carcajada al imaginar lo difícil que sería verlo como un hombre “feo”, cuando realmente tenía mucho atractivo físico, así como una gran personalidad—. Dejarás que esté con esos dos que sólo se ven entre ellos e incluso Walter, que sólo comerá hasta morir.

—Ya he reservado en un restaurante cercano, está todo muy rico y recuerda que lo pagará la empresa, así que, no te quedes corto en pedir lo que quieras.

—Quiero que vayas conmigo a comer —ella tomó su mejilla—. Espero algún día puedas conocer a mi esposa, se llevarían muy bien.

—Yo también espero —le abrazó fuertemente, ya se había despedido con anterioridad de Uma y Walter y por la felicidad que llevaba pegada en el rostro Joseph podía asegurar que el contrato sería firmado para la siguiente semana a través de internet, sólo tenían que llegar a Alemania y deliberar la decisión con el CEO.

Le alegraba ver a Joseph a punto de cumplir uno de sus más grandes sueños, o al menos el único que conocía de él y era firmar con aquellos proveedores, aunque ella no entendiera mucho acerca del tema y por más que estudiara no era algo que le interesara del todo, por lo tanto, su cerebro no lo procesaba tan bien como ella deseaba.

Sonrió una última vez a su nuevo amigo y se despidió con la mano para llegar a taxi y por fin irse hacia Montreal.

Capítulo 11

—Por amor a los Dioses, Noir, si no fuera mujer, de verdad te llevaría a cenar —comentó su amiga Juliet observándola de arriba abajo.

Posaba ante el espejo con un body rojo de lentejuelas con una tela transparente del mismo color que cubría muy apenas sus muslos. Los guantes característicos morados y unos tacones en combinación con el body. Había intentado imitar el maquillaje y peinado, sólo que ni siquiera se le ocurrió comprar una peluca, sino que roció spray naranja que le dio tonalidades a un color similar que el de Jessica Rabbit, se sentía satisfecha con el resultado y algo le decía que ese día sería bien remunerado.

—Podrías invitarme a cenar también, estoy tan hambrienta que tuve que hacer doble ejercicio y dieta durante la semana para poder entrar en este vestuario —acomodó un cabello detrás de su oreja—. Estoy nerviosa, he hecho esto tantas veces que hoy particularmente con este traje, me siento ansiosa.

—Lo harás excelente, sólo tendrás el placer que no todas tenemos.

Comentó. Justo en medio de todo el bar había un muy pequeño escenario el cual usaban a veces para servir a la mesa que se encontraba alrededor de dicho lugar o a poner a bailar a las chicas, ese día a Edmond se le ocurrió la brillante idea de volver el Bar en un recinto del jazz y contrató a un pianista con su respectivo piano en vertical, un contrabajo y hasta al baterista. Le pareció divertido y que tal vez sería algo nuevo e interesante que ver, por eso estaba tan ansiosa puesto que era la primera vez que se haría.

Las chicas tuvieron que vestir acorde al tema también, así como los meseros y justamente la única cantante sería ella, por suerte sólo estaría esa canción en el repertorio, el resto sería la magia de los instrumentos y el baile de las mujeres.

Frotó una mano contra la otra y vio a Edmond entrar al camerino.

—Es una espléndida noche —normalmente él nunca se encontraba en el lugar, era extraño verlo más que cuando se aproximaba la fecha de cumpleaños de cada una y dictaminaba si todavía era digna de seguir en ese lugar—. Señorita Clyde, ¿cómo está?

—Como si un autobús acabase de atropellarme —dijo llevando una mano a su estómago.

—No se preocupe, estaré en todo momento ahí afuera observando su acto, cualquier cosa ya sabe que estamos para servirle, después de todo

ustedes son lo más importante para el Bord'Elle.

Contempló al hombre tomar su mano con delicadeza para conducirla hacia afuera donde su oído se inundó de todas las voces que hablaban dentro del Bar y la dulce música de los instrumentos. Tragó saliva, su estómago se encontraba revuelto y pronto sabría por qué.

Joseph y sus acompañantes caminaban por las frías calles de Montreal, todo inundado de color blanco, verde y otros suaves colores que centellaban por las fiestas decembrinas. Uma entornó los ojos en un bar y sonrió.

—Este lugar se ve extravagante, me gusta, entremos aquí.

Joseph elevó también la mirada para leer el anuncio: "Bord'Elle Bar".

—No lo sé, ¿estará bien que entren tres hombres con una mujer a ese tipo de lugares? —preguntó Walter aflojando su corbata.

—Oh vamos Walter, los tiempos son diferentes, ahora las mujeres les encantan ver más este tipo de actos que a los propios hombres.

—Así es —afirmó Uma sonriendo a Derek, Joseph tragó saliva apenado, no porque no quisiera entrar, realmente le interesaba saber qué podría ocurrir ahí dentro, además de que ya tenía mucha hambre luego de llevar de paseo a Uma a través de todos los posibles lugares en los que podía estar trabajando Noira, finalmente desechó la idea de que se encontrara ahí, después de todo con la única información con la que salió fue que a Uma le gustaba coquetear con él y comprar ropa interior roja de la que él estaba seguro se vería muy bien—. Entremos, vamos a comer un poco, disfrutar y ver a algunas mujeres.

Finalmente, los tres hombres aceptaron y se acercaron a la puerta donde la hostess los atendió muy amable.

Parloteó que ya no había barra disponible sólo algunas mesas pequeñas y que podría situarlos juntos en dos de ellas.

— ¿Hay algo de importancia por lo que esté tan lleno? —preguntó Walter en un francés muy fatídico.

—Siempre en el horario nocturno se llena, especialmente cuando asiste nuestra mejor chica, "La Diosa de la Noche", muchos hombres están encantados con ella.

— ¿Y hoy es uno de esos días? —la hostess asintió dándoles el paso.

—Hoy hay un número especial dedicado al jazz más hacia el tema de cabaret, espero lo disfruten.

Entraron a un espacioso edificio con luces tenues, efectivamente el sonido del jazz retumbaba en todas las paredes del lugar y como dijo la hostess notaron que la barra central y las mesas aledañas a esta, se encontraban ocupadas en su mayoría por hombres. Por suerte encontraron un lugar frente a la barra hasta el fondo, podían ver perfectamente el escenario improvisado y disfrutaron en todo su esplendor a las mujeres que paseaban atendiendo.

—Me gusta el lugar —comentó Derek sentándose en una de las sillas junto a Joseph—. Pero a mi esposa no estoy seguro de que le guste.

—Tranquilo, de mi boca no saldrá ni una palabra —replicó Joseph riendo—. Pero, si te incomoda, podríamos escoger otro lugar.

—No, está bien. Uma tiene un carácter muy difícil, si nos vamos es seguro que sea directo al hotel sin comer y yo también estoy famélico.

Observaron la carta disfrutando del ambiente, Uma hablaba con mucha energía, no paraban de salir palabras de su boca, detallando cada cosa del bar y hablando sobre la vestimenta de cada uno.

Derek pidió que alguien los atendiera, estaban listos para ordenar cuando una chica se acercó a ellos.

—Buenas noches, tendré el placer de atenderlos, ¿qué desean? —le mujer llevaba un pequeño vestido blanco tipo cabaret con calcetas de encaje y tacones. Su sonrisa se borró de inmediato.

—Juliet —dijo Joseph al verla, Juliet fue ahora la que respiró con fuerza un poco indispuesta.

— ¿Qué estás haciendo aquí?

— ¿Tú qué estás haciendo aquí? —bufó.

— ¿Se conocen? —preguntó Uma con una extravagante sonrisa que fue acallada por el resoplido de Juliet al llevarse la mano a la frente en una potente cachetada.

—Ella me va a asesinar, tienes que irte. Ya.

Joseph estaba por pararse para reclamar a su petición cuando el contrabajo comenzó a tocar una tonada diferente muy grave, dando

espacio para el comienzo del evento principal.

—You had plenty money in 1922 —la voz de Noira resonó en el bar y todos comenzaron a aplaudir para luego quedarse en completo silencio para escucharla.

Joseph tuvo que parpadear varias veces para dar crédito a lo que veía. Noira se movía con sensualidad caminando entre las personas para luego subir a la barra central con ayuda de dos hombres que embobados otorgaron su mano y silla para que ella pudiera llegar a la superficie.

Cerró la boca tragando con dificultad y de pronto uno de sus sueños que ni siquiera tenía en plan fue completado por Noira vistiendo como Jessica Rabbit, un personaje que cualquier hombre seguramente tendría el placer de adorar. Sintió su garganta secarse al escuchar el tono erótico que le otorgaba a la canción y aquel andar que hacía caer la mandíbula de todos los hombres en su alrededor y los gestos excepcionales que brindaba a cualquiera que mirase.

Estuvieron por más de tres minutos contemplando la pasión con la que hacía su acto la mujer y nadie se movió en ningún momento, ni siquiera los meseros. Ningún maldito individuo se percató de lo que ella causaba a cada presente.

—Ella es... ¿La Diosa? —preguntó a medias Joseph apenas terminó su canción mandando un beso hacia cualquiera que se lo pidiese. Juliet golpeó su hombro y ni siquiera con eso logró sacarlo de su trance con el goce que veía hacia su amiga.

—De pronto me quiero hacer inmortal —rio Walter.

—Ella es Noira, Joseph, ella trabaja para ti, ¿no? —escupió Uma indignada al ver que Joseph quedaba idiotizado por el movimiento de caderas que brindaba Noira al caminar.

Las piernas de Joseph no respondieron a otra cosa más que pararse para seguirla a través de las sillas y los hombres que se acercaban para felicitarla, entonces pudo divisar a uno en especial que se acercó a ella para abrazarla por el hombro y sonreír a todos exigiendo que regresaran a sus lugares. Algo hirvió dentro de sus sentimientos y continuó intentando acercarse a ella, lo cual para él era sencillo pues la mayoría eran de menor altura que él.

Edmond abrió la puerta que dirigía hacia el gran espacio que se destinaba para las chicas y entró primero, Noira volteó unos segundos para despedirse una vez más con una enorme sonrisa. Su jefe no permitió más

halagos y jaló la puerta para cerrarla.

— ¡Noira!

La chica se petrificó al escuchar su nombre y elevó sólo un poco la cabeza para darse cuenta de quién era el emisor del grito. En cuanto la puerta se cerró por completo Edmond gruñó.

— ¿Quién es el imbécil que dijo su nombre? —era un requisito que nadie supiera su identidad, especialmente para la seguridad de cada una de las chicas y el misterio que atraía a más hombres al lugar, es por ello por lo que tenían nombres tan extravagantes—. Lo voy a asesinar.

— ¡No! —sorprendida porque él hubiera podido encontrar el lugar donde trabajaba, nunca tuvo tropiezos o dejó indicios para que eso sucediera. Maldijo a sus adentros al recordar que él ya sabía que trabajaba en Montreal, pero no era posible que pudiera dar con el Bar—. Maldición, tienes que formarte, lo voy a matar.

Edmond frunció el ceño al escucharla dejar las formalidades con él y supo que ella ya le conocía.

—No tiene permitido traer conocidos, lo sabía —suspiró con fuerza golpeando su propia cabeza—. Arregle esto señorita Clyde, no quiero que vuelva a ocurrir.

Noira asintió de inmediato y bajó la cabeza ahuyentando las ganas que tenía de llorar. Más que tristeza porque Joseph se enterara que trabajaba ahí, era coraje porque, ¡Joseph se enterara que trabajaba ahí!

Por suerte ningún hombre se percató por su nombre, encantados por la belleza de la mujer esperaron hasta que ella desapareciera de su vista para regresar a cada uno de los asientos. Joseph se acercó a la barra lateral y pidió un cognac "Rémy Martin Louis XIII", se lo tomó de un solo trago. El barman frunció el ceño y recogió los dólares que lanzó hacia la superficie.

Caminó de regreso a su mesa procesando que después de todo, ya sabía dónde trabajaba.

—No puede ser, es una cualquiera, no me la creo. Regala su cuerpo a todos —escuchó a Uma platicar con Walter, Derek se le notaba incómodo al ver a Joseph acercarse furioso.

— ¿Una qué? —preguntó con una sonrisa fingida, Uma se estremeció al escuchar lo grave de su voz.

—Joseph, trabaja como prostituta en un bar —replicó a pesar del notable enojo ante su comentario.

El mencionado quedó perplejo y su rostro se volvió suave por unos segundos. Comprendió entonces el porqué de que Noira no quería que nadie se enterase en dónde trabajaba, y lo avergonzada que seguramente estaba en esos momentos.

—Agradezco esta nueva oportunidad que me dieron —dijo finalmente intentado moderar sus palabras, no quería que en algún momento ellos tomaran represalias con Noira y entonces más personas supieran acerca de su secreto—. Pero no quiero trabajar con ustedes.

Dicho esto, giró para salir del bar, se acercó al callejón donde seguramente se encontraba la puerta trasera y esperó. No supo cuánto tiempo estuvo ahí sentado en el frío pensando en lo importante que era hablar de lo sucedido, en las palabras que podría decirle cuando la viera e incluso la promesa que le haría al no dejar que nadie más se enterase acerca de eso, un secreto que guardaría hasta la tumba.

Al caer las dos de la mañana cuando ya no escuchó a nadie hablar en el frente del edificio vio que la puerta trasera se abría de par en par, comenzaron a salir chicas que le dedicaban curiosas miradas, una que otra le sonreía coqueta y ante tal alarde sólo podía sonreír de regreso. Hasta que la vio, envuelta en un enorme abrigo verde con peluche azul y un gorro gris. No pudo emitir ningún sonido cuando sus ojos se encontraron con los de ella.

—Nos veremos en el hotel, corazón —Juliet abrazó a su amiga y cuando ya no le vio hizo un gesto de silencio a Joseph acercando un dedo a sus labios, indicando que no le fuera a mencionar que le conocía, o al menos eso entendió él.

Noira se acercó con dificultad, tampoco tenía palabras para decir algo y no sabía exactamente ahora cómo dirigirse hacia él.

—Estuviste fantástica —alcanzó a murmurar, ella confirmó lo que ya sabía—. Disculpa, no quería...

—No se preocupe, tarde o temprano alguien tendría que enterarse —ceñuda le miró y él asintió con suavidad—. Me alegra que haya sido usted.

— ¿De verdad? —preguntó con un poco de esperanza.

—Sí, fuera de su prepotente egocentrismo, creo que tiene algo de bondad

en usted.

Joseph soltó una sonora carcajada y se acercó más hacia ella, en un solo movimiento la abrazó. Sorprendida ante el gesto rodeó su cuerpo con las diminutas manos y recostó la cabeza en el pecho del hombre, estaba helado—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Lo suficiente para darme cuenta lo importante que para ti era esto.

—Lleva años aquí entonces —volvió a reír y el sonido de su voz la hizo estremecerse al tenerlo tan cerca—. Gracias, por ser tan comprensivo.

Hubo un silencio en el que disfrutaron la compañía del otro sin siquiera moverse, ella lo calentaba y tenerla entre brazos, aunque no exactamente como quería, le traía paz. Un momento tan íntimo que por miedo a que se volviese algo especial interrumpió al aclarar su garganta para atraer la atención de Noira.

—Significa, ¿qué podré venir cuando quiera?

—Ni se le ocurra Joseph Myers, tiene prohibido acercarse a este lugar.

Su rostro se iluminó cuando al bajar la cabeza la vio hacer un mohín y casi por instinto masculino se acercó a besar su frente despacio.

—Ya lo veremos.

Capítulo 12

Noira vio entrar a Joseph al bar a las ocho de la noche, llevaba un pantalón de mezclilla y suéter blanco en V, en sus manos descansaba la gabardina negra y bufanda. Se acercó a él tan pronto la hostess le indicó dónde podía sentarse y lo hizo en una mesa circular para dos personas junto a la pared, y así poder observar a Noira con especial detenimiento.

— ¿Qué hace aquí?

El hombre le miro de reajo, ese día llevaba puesto un poco más de ropa que la noche anterior, con unas botas largas y vestido corto.

—Me gustaría la carne Short Rib con pan al grill y una cerveza Stella, por favor.

Noira pareció anotar su pedido bajando las manos un tanto enfurecida.

— ¿Entrará aquí todos los fines de semana? ¿Tendré que venir otros días para no verle?

—No puedes, sólo abren tres días y son los que tú vienes —le sonrió—. Ya investigué.

—Me parece verlo muy emocionado ante la importante revelación de dónde trabajo.

—Y estás en todo lo cierto, es como un sueño hecho realidad, comida, alcohol y una mujer tan hermosa como tú.

Hizo una mueca poniendo los ojos en blanco para irse y dejarle solo.

—Es impresionante la decisión que has tomado al regresar aquí —murmuró un hombre detrás suyo.

Edmond le miró enfadado, sabía perfectamente que regresaría la persona que fuere para ver a Noira, es por ello por lo que todavía se encontraba ahí. Era lo que todos los acosadores hacían y sólo tenía que ponerlo en su lugar antes de que otra cosa sucediera.

—Así es, me gustan las decisiones que tomo —murmuró tomando un poco de la botana de cacahuates que había en la mesa—. Y agradecería que no me molestases.

Edmond tomó asiento frente a él con un porte elegante, todo lo contrario, a Joseph. Desabrochó los botones de su saco acomodándose

correctamente e inspeccionó cada sección de su rostro.

— ¿Quién eres?

—No es de tu incumbencia —gruñó.

—Puedes decirlo ahora mismo o los guardaespaldas de mis chicas te sacarán con delicadeza a patadas de aquí.

Fue entonces que Joseph fijó los ojos en él y notó la apariencia afrancesada de la que no se había percatado anteriormente, tenía un muy buen acento. El hombre que la noche anterior llevaba con cuidado a Noira hacia los camerinos.

—Joseph Myers —soltó enmarcando la ceja en un gran ángulo. Edmond curvó la comisura de los labios burlándose—. ¿Qué es tan divertido?

—Eres el idiota Joseph Myers —el mencionado se sorprendió al escucharlo, ya conocía acerca de él y no precisamente buenas cosas por el tono que tomó—. Lo sé, amigo, tendrías que buscar otros intereses, Noira no es uno de ellos.

—Estaría encantado de saber por qué me conoce, pero en estos momentos estoy un poco ocupado —sonrió ampliamente buscando con la mirada a la chica, Edmond se paró enseguida bloqueando su vista y se acercó lo suficiente para que sólo le viera a él.

—No eres un interés de Noira, créeme, he escuchado sobre ti —comentó mintiendo, Noira sí tenía cierto interés en Joseph, pero si eso impedía que la chica se desarrollara completamente en el bar, tendría que deshacerse de él—. Así que, por qué no regresar por dónde viniste y te ahorras los problemas aquí.

—Oh ya veo, eres de esos jefes mafiosos que quieren a la chica para ellos mismos —Joseph ni siquiera se levantó, sabía perfectamente que el francés era más alto que él, no era necesario demostrar el poder que tenía sobre suyo—. No te atrevas a tocar a Noira.

—Oh ya veo —respondió imitándolo—. Te gusta Noira. ¡Qué adorable!

Río. Joseph frunció el entrecejo, no era cierto. No le gustaba. ¡Quería llevársela a la cama!

—Sólo espero que no hagan ninguna guerra campal en el bar, si quieren golpearse salgan, por favor —Noira se acercó a dejar la cerveza, y esperó que entre los dos hubiera una respuesta, en su lugar Joseph tomó la botella verde y sorbió un largo trago, su acción la hizo estremecerse, que

bien se veía haciéndolo—. Está bien señor Durand, yo me encargo.

—Sí señorita Clyde, ya sabe dónde encontrarme —observó a Noira y luego fijó sus ojos en Joseph—. Espero que no estés aquí para cuando vuelva.

—Buen jefe, me agrada.

—En el calor del momento el señor Durand le hubiese golpeado la nariz, a pesar de su apariencia refinada tiene problemas de ira —suspiró preocupada—. No tiente su destino la próxima vez.

—Entonces, he descubierto el mejor secreto del mundo, ¿y tengo que aguantarme a no venir?

—Si tanto quiere venir por mí está bien —enarcó una ceja limpiando la mesa y continuó—. Más propina para mí.

—Puedo darte la propina en otro lugar —tomó su cintura para acercarle a él, Noira de inmediato se liberó.

—Si me quiere coquetear, no podrá hacerlo aquí —con un movimiento de cabeza señaló a los hombres vestidos de traje negro que se encontraban junto al barman y la puerta de salida, se veían preparados para atacar a cualquiera que se acercara a cualquiera de las chicas, como lo había mencionado Durand—. No querrá perder un poco de su masculinidad al lanzarle a la basura como en las películas.

—No creí que fuera una amenaza de verdad —elevó una comisura de su labio—. Está bien, esperaré entonces a que salgas.

— ¿Se quedará hasta las dos de la mañana? —pudo ver en el rostro de Joseph que comenzaba a considerarlo.

Sonrió regresando a su trabajo de inmediato.

Joseph realmente sí lo consideró y estuvo sentado por tres horas intercambiando miradas con Noira, revisando el trabajo pendiente que podía hacer en el celular y buscando la manera de acabarse la octava cerveza que llevaba. Comenzaba a sentirse mareado, no por el alcohol sino porque llevaba sentado tanto tiempo a lo cual no estaba acostumbrado y en su parte por el alcohol, no podía negarlo. Pagó y salió a caminar.

—Así que, él está aquí —murmuró Juliet para ver a su amiga cambiarse al vestuario de esa noche.

—Lo sé, es una locura, no sé qué tratos sucios tuvo que hacer con el

diablo para saber dónde trabajo.

Juliet mordió su labio, ella era ese diablo seguramente—. Lo sé, es impresionante. Pero, tal vez sólo fue una casualidad.

Tartamudeó, no podía mentirle a Noira, y ella siempre lo averiguaba.

—Sólo quiero tener un poco de control sobre mi vida, y cuando siento que comienzo a tenerlo, algo nuevo surge —abrochó el último botón de las botas y continuó—. No tengo de otra, tendré que darme a la idea que me traicionará en cualquier momento.

—No corazón, si así lo quisiera ya lo hubiese hecho, tenlo por seguro. Pero se nota que sólo quiere divertirse un poco.

— ¿Conmigo? —preguntó incrédula.

—Sí, tiene un poco de qué sé yo, es el tipo de hombre que busca la aprobación de una mujer y él lo intenta encontrar en ti —llevó su mano a la cabeza de la chica—. Piénsalo, intentará de todo para salir contigo y estoy segura de que seguirá viniendo a gastar unos cuantos dólares sólo para verte.

—Entiendo, quiere acostarse conmigo, sí —dio un salto del asiento para encaminar hacia la puerta donde empezaría su acto—. Sólo porque yo no lo dejo llegar a dónde quiere, soy una fruta prohibida para él. Si lo dejo, entonces pasará a ser un juguete desechable.

Juliet sonrió a su amiga preocupada, era cierto que Joseph le quería para adornar su cama, pero algo en la intención de saber cómo era Noira, le hizo creer que tendría un trasfondo en el que el hombre sí quería que su amiga fuera algo más que un juguete con el que podía entretenerse cada que quisiera.

Tenía la percepción de que los dos tenían sentimientos encontrados hacia el otro y aunque no sabía si Joseph habría sufrido tanto como Noira, seguramente era así como para equivocarse en cada acción que lo haría acercarse a ella y viceversa.

El acto ocurrió según lo planeado, hacer unos cuantos encuentros con las personas que aportaban más al bar, hacer gestos sensuales a todo el que la viera hacia el rostro e incluso caminar con cierto erotismo que atraía todas las miradas, en definitiva, pero había una en especial que le causaba estragos cada que le miraba. Joseph Myers no apartó la vista en ningún momento desde que salió al lugar con aquel vestuario azul provocativo, y por vestuario se refería a un conjunto de ropa interior de encaje con unas cuantas lentejuelas que sobresaltaban en gran manera la

forma en que se veía.

Se apenó en cuanto terminó su tiempo y la voz y aplausos que más escuchó fueron la de su jefe en Toronto, gritaba con fervor y alegría el nombre de "Diosa", con sus gritos y los de los demás hombres que se unieron a él la hicieron ruborizarse lo cual no pasó desapercibido por todos ahí que gritaron aún más cosas y piropos. En todo el tiempo que llevaba trabajando, sólo el primer mes el público lograba verla coloreada por la pena, y ahora se sentía tonta, como si bailase para alguien que no debía. Sonrió una última vez y dio paso al siguiente acto.

También se sentía halagada por saber de en lugar de burlarse de ella, lo que hizo fuera apoyarla en cierta forma y eso ya era muy amable de su parte, tal vez fuese por el hecho de que podía verla en tales condiciones, aseguró su mente.

Salió con pereza en cuanto pudo y observó a Juliet y Joseph hablar muy animados, ella reía a carcajadas. Suspiró con un creciente dolor de cabeza, otra mujer que caía en su encanto, y era su amiga.

—Ya se conocen entonces —aseguró.

—Noir, ¿por qué no me dijiste que te desmayaste? —comentó aun entre risas—. Joseph dice que ni siquiera habían llegado los clientes y tú ya estabas temblando en el suelo.

Noira le miró con mala cara y aspiró con fuerza, una amistad entre Juliet y su jefe, le haría sufrir definitivamente.

—No había comido y no estaba nerviosa —le reclamó.

—Tuve que llevarla a rastras hacia un sofá y llamar al médico.

—Oh, entonces sí fue grave, ¿estás tomando tus vitaminas? —inquirió su amiga Juliet revisando su rostro entre sus manos, ella se estremeció—. El doctor te dijo que lo hicieras, ¿compraste los antidepresivos?

Noira volvió a suspirar y Joseph le miró impaciente porque contestara aquella pregunta.

—El joven Myers no se tiene que enterar de que estoy loca Juliet.

—No es estar loca, es cuidarse —habló Joseph tomando su mano al ver que ella intentaba escapar de la conversación—. Contesta la pregunta.

La mujer pasó su mirada de Joseph a Juliet disgustada, por supuesto que se las estaba tomando, era un suicidio para ella si no lo hacía, pero que el hombre supiera que tenía que hacerlo le molestaba, le descontrolaba que

quisiera ayudarla como si fuera su pariente. Podía soportar a Juliet y nadie más.

—No es de su incumbencia si lo hago o no —masculló entre dientes soltando súbitamente su mano y comenzó a caminar en dirección hacia el hotel.

Las dos personas detrás suyo le siguieron muy de cerca y ella giraba sólo unos centímetros para asegurarse que seguían ahí. Ninguno habló hasta que llegaron al Hôtel Le Dauphin, entraron a la recepción del lugar y subió con rapidez al ascensor donde los dejó varados.

— ¿Hay algo de lo que me he perdido? —frunció el ceño al ver las puertas cerrarse, también se hospedaba ahí en recomendación de Juliet, la chica a su lado se encogió de hombros, ya llevaba tiempo desde que había hecho una escena similar. Tal vez le asustaba que alguien más supiera sobre lo que había pasado.

—Debe estar asustada de dejarte entrar a su círculo —pensó de inmediato, era la mejor explicación para su reacción, una similar que tuvo cuando Juliet se volvió su amiga—. Me costó que se abriera a mí, y está ocurriendo otra vez.

—Sus padres, dijiste —comentó pensando en la historia que le contó Juliet días atrás, ella apenas asintió, sacó su billetera para ofrecerle un poco de dinero y esta se indignó, Joseph habló antes de que ella lo hiciera—. Cena o bebe algo, iré a hablar con Noira.

La chica elevó las cejas sorprendida por la confesión y el fajo de billetes que le ofreció.

—Sí señor, habitación 309.

Joseph asintió entrando al ascensor y en unos cuantos segundos arribó a la puerta que le había indicado Juliet. Con nerviosismo tocó la puerta. No tenía idea de por qué se encontraba intentando consolar a la chica, pero quería hacerlo, deseaba que Noira supiera que él no la lastimaría.

—Váyase —alcanzó a escuchar a través de la puerta que los separaba, él tragó saliva.

— ¿Podemos hablar? —durante un minuto esperó hasta que ella por fin abrió la puerta, con la mano en la cintura le invitó a entrar y cerró la puerta con pesadez, sería una larga madrugada y lo único que quería hacer era dormir. Él entró y enseguida la enfrentó—. Mi hermano toma antidepresivos, bueno, es obvia su situación, luego de intentar, ya sabes.

Ni siquiera acabó la frase—. No conozco qué sucede, no sé qué ha pasado en tu vida, pero quiero que sepas que no voy a juzgarte. Ayer dijiste que estabas feliz que yo fuera el que se enteró sobre dónde trabajas, y proclamaste tener fe en mí. No pretendo obligarte a que seamos amigos, pero al menos siendo tu jefe sabes que puedes contar conmigo y cualquier situación de la cual pueda encargarme, lo haré.

Elevó sólo la comisura izquierda de sus labios riendo por lo tonto que se sentía al intentar compaginar con ella. Noira parpadeó con fuerza al sentir las lágrimas brotar de sus ojos, era el mejor monólogo que había escuchado para hacerla sentir mejor.

—Lo siento —rio también dejando salir sus lágrimas—. No sé qué decir.

Le sobrevino un impulso por querer abrazarla y se detuvo en cuanto pensó que podría no ser el momento para hacerlo hasta que ella se lo pidiera.

—Te hacen falta vitaminas —terminó diciendo, imitando el tono de la canción y ella volvió a reír—. Soy un idiota, ¿verdad?

— ¿Aún me quiere llevar a la cama?

—Sí, desde luego —confesó, Noira meneó la cabeza imaginando lo torpe que era y también la sinceridad con la que siempre hablaba—. Pero puede esperar. Tarde o temprano lo voy a lograr. Por ahora, sólo quiero hacerla sentir bien y demostrarle que puedo ayudarla.

Algo la turbó por dentro al escucharlo y recordó una vez más que ella era la fruta prohibida para él, después de todo sí era una Diosa en carne y hueso. Pareció tartamudear al querer hablar, mordió sus labios, pero finalmente lo hizo.

—Mis padres están muertos —él asintió—. Y estoy sola desde hace más de diez años, tal vez sea un poco difícil para mí adaptarme a tener tanta gente a mi alrededor.

—Depende —ella le miró intrigada—. ¿Qué tan alrededor? ¿Así?

Comentó señalando el lugar donde estaba—. ¿O así?

Caminó hasta quedar frente a frente. La altura entre ella y él era extremadamente notoria a pesar de traer botas y aun así al encorvarse le trajo un sentimiento de ternura a Noira y calentura cuando él colocó una mano en su mejilla para observarla fijamente a los ojos. Ruborizada y con una extraña sensación que le atrajo abrió la boca para invitarle a acercarse. Joseph no dudó ni un segundo para comenzar a hacerlo, en cuanto sus respiraciones se mezclaron los dos cerraron los ojos esperando

que hubiera un contacto de labios.

No lo hubo. Alguien tocaba la puerta.

—Servicio a la habitación —gritó un joven del otro lado. Noira sonrió con torpeza al olvidar que había un trato con el hotel de llevarle comida cada que llegaba de trabajar.

No sería el momento todavía.

Capítulo 13

Le miró de reojo en cuanto soltó una carcajada junto con Juliet viendo la película que ni siquiera conocía cómo se llamaba y mucho menos de qué trataba. Lo único que ahora sabía era que Noira tenía un hermoso perfil con una nariz abultada y que se ruborizaba por debajo de aquellas pecas que tanto le atraían.

Sacudió la cabeza ignorando ese pensamiento, sólo le atraía, nada más. Le atraía la risa estruendosa que golpeaba sus oídos, su inteligencia y astucia, así como lo perfecta que lograba ser cuando trabajaba, hermosa hasta el interior.

Habían decidido quedarse hasta el día siguiente a pesar de ser inicio de semana, Joseph no le dio importancia de regresar al trabajo y se comprometió a comprar boletos de avión para que cada una llegara a tiempo.

Sorprendentemente disfrutó cada momento escuchando sus pláticas sin sentido mientras comían a más no poder lo disponible en la habitación. Ni siquiera regresó a la suya, se quedó dormido en el sofá hasta el amanecer cuando las escuchó reírse entre sueños y despertó.

—Joseph, es hora de levantarse —gritó Juliet, el mencionado abrió los ojos pausadamente, luego cerró uno al notar que las dos chicas le miraban—. Muy buen paquete.

Le dijo a Noira observando que esta se ruborizaba y Joseph apenado se levantaba para cubrir su erección matutina.

—Quería agradarte Juliet, pero no tener este tipo de confianza —hizo una mueca y Juliet rio más.

—Queríamos ir a desayunar —comentó Noira ignorando el mohín que hacía—. Debería ir a ducharse joven Myers. ¿Lo vemos en el restaurant?

Le siguió hasta que llegó a la puerta luego de confirmar su asistencia al desayuno. Juliet también contempló a su amiga y sonrió curiosa.

—Entonces, te gusta.

—Basta Juliet, no quiero saber nada más sobre esto, no me gusta, lo único que puede pasar entre los dos es ser amigos —Juliet siguió sonriente y enmarcó una ceja moviendo la cabeza—. Y no me hagas esos gestos, sé lo que estás pensando.

—Si sabes lo que estoy pensando entonces sabrás por qué lo pienso.

—El destino no es —reclamó Noira enojada—. Basta.

Alargó la palabra comenzando a reír también al ver las muecas que su amiga hacía. Quería tener certeza de que Joseph no le agradaba para algo más que ser amigos y aun así se vio a sí misma recordando la noche anterior en la que todo su cuerpo se estremeció por tenerlo cerca y desear besarlo, su corazón se encontró desbocado por completo cuando se vieron a los ojos como si algún mayor los hubiera encontrado en pleno acto.

Abrió la puerta con cierto nerviosismo en las manos y sonrió muy apenas al chico que le había llevado su comida, entró extrañado por el comportamiento de la chica y entonces fue él quien se puso nervioso cuando vio a Joseph detrás de la puerta intentando esconderse de la vergüenza.

A Joseph nunca le hubiese molestado hacerlo, con ninguna mujer a la que llevó al éxtasis fue así pero ahí parado como si estuviera de contrabando, realmente contempló la situación en la que se encontraba e incluso también cuando Juliet llegó unos minutos después de que el joven terminara de acomodar la comida en la pequeña mesa de té junto a la televisión.

Se encontraron en el restaurant media hora más tarde, Joseph ya estaba ahí y una vez más vestía rígido, con traje azul oscuro y sin corbata, llevaba los dos primeros botones abiertos, las dos mujeres soltaron un largo suspiro al verlo quitarse el saco y doblar la manga de la camisa hasta arriba de su antebrazo.

—Noir, es momento de que sepas que ese hombre está que arde, lo tomas tú o lo hará otra mujer.

Y casi de inmediato Noira vio a una mujer de cabello oscuro acercarse a Joseph para platicar. Enarcó la ceja molesta, comenzó a acercarse a la mesa y en un movimiento lento se acercó a besar la mejilla del hombre con sensualidad, el gesto que más volvía loco a los hombres en el Bar.

No tuvo idea de en qué momento pasó por su cabeza tener esa reacción, Joseph por su parte no supo cómo corresponder a ello y la única manera de seguirle el juego fue pasar su mano izquierda a través del hombro atrayendo su cuerpo hasta besar el cuello de la mujer, lamió y mordisqueó con suavidad causando un estremecimiento en el cuerpo de Noira.

Subió con otros cuantos besos hasta succionar el lóbulo de su oreja y hablar ronco.

—No eres la única que sabe jugar —ella soltó una leve gemido que encendió cada parte del cuerpo de Joseph—. Y a menos que quieras ver quién gana, te sugiero que no lo hagas.

—Bueno, tal vez podría volver luego o sentarme junto a la mujer que acaban de espantar —señaló Juliet a la castaña que salió del restaurant con el orgullo por los suelos luego de seguramente no haber conseguido el número de Joseph.

—Es culpa de tu amiga —reclamó el hombre quitando su mano del cuerpo de Noira—. Sólo pretendo comer tranquilamente, no que me estén antojando.

Noira estaba por hablar, pero prefirió quedarse callada, ¿ella seduciéndolo? Era como si los papeles se invirtieran.

Desayunó en silencio escuchando la animada conversación que mantenían Joseph y su amiga y no se sintió tan encerrada hasta que llegaron al aeropuerto y tuvo que despedirse de Juliet para subir al avión y sentarse junto al hombre. Con las manos sudorosas intentó colocarse el cinturón.

—La última vez que visité Montreal, tuve que subir a un avión lleno de gente que invadían mi espacio personal —comentó recordando su estadía para saber de ella, Noira acercó sus cejas y le vio con impaciencia—. Fue terrible, aunque si tú quisieras invadir mi espacio, no tendría problema alguno.

—No suelo viajar en avión, así que, mejor guarde silencio a menos que quiera que corte sus manos.

Desde que despegó hasta que aterrizó Noira cerró los ojos con fuerza y entrelazó los dedos con Joseph, ni un solo segundo el dejó de hablar para hacerle olvidar en dónde se encontraba, incluso se dedicó a acariciar el brazo de la mujer, contó chistes tan malos que le causaban una risa nerviosa, cantó y sorprendida por lo bien que lo hacía le dijo que debería acompañarla al Bar alguna vez para cantar también.

Lo rechazó en cuanto él bromeó que se vería muy bien en ropa interior y tacones.

No hubo mucha conversación hasta que llegaron a la casa de Noira, y entonces tampoco ninguno supo bien qué decir.

—Espero verte mañana para trabajar —ella asintió, los dos estaban conscientes de que su contrato ya había acabado, Joseph agachó la mirada y habló—. Fue un fin de semana interesante, ojalá podamos

repetirlo.

—No, por favor —los dos rieron al unísono y Noira se ruborizó casi de inmediato—. Gracias.

Fue lo último que dijo antes de entrar a su casa. Joseph le miró y subió también al auto, un fin de semana que definitivamente no olvidaría.

A la mañana siguiente entró a la empresa con la mirada de todos encima, sería por el hecho de que ese día llevaba un cómodo pantalón formal ajustado y un abrigo blanco con rayas rojas y azules en el cuello, o porque faltó al trabajo el día anterior.

Sería posiblemente por su falta de intención de que ya no le vieran como el jefe estirado que sólo pensaba en trabajar, sino porque quería que todos ahí vieran el interés que tenía por Noira y que Joseph pensara que también era mutuo.

O al menos eso sentía.

Podía jurar que al menos tensión sexual sí existía.

Se paseó como de costumbre en los estantes, líneas de producción y hasta en el almacén, subió a la cafetería donde pidió un café y continuó su "tour" hacia el área de Finanzas como de costumbre.

No había ningún lugar en el que no quisiera estar, amaba su trabajo y la manera en la que administraba todo, aunque no dejaba de pensar en su hermano, tal vez las cosas mejorarían más si él estuviera ahí.

Capítulo 14

Noira caminaba con lentitud a través del pasillo hacia las oficinas de ABCO, no tenía ninguna relación con sus compañeros de trabajo, todos estaban centrados en sus actividades y competían con mucha regularidad por los contratos. El mejor traductor siempre los conseguía, o el más rápido y como ella no trabajaba los fines de semana, casi no la tomaban en cuenta para la mayoría.

Y tampoco quería involucrarse demasiado, el problema de haberse involucrado con Joseph Myers fuera que él descubriera dónde trabajaba. Todavía tenía que esperar si era de confianza como para no decirle a alguien.

Entró en dirección hacia el escritorio de su jefe y se sentó en la silla frente a este. Enseguida los ojos del hombre se posaron sobre de ella y sonrió ampliamente.

—Noira —tecleó unas cuantas cosas y continuó la inspección—. Tengo un excelente trabajo para ti, es un libro de niños, incluso tendrás que transcribir las imágenes que tiene, ¿qué te parece?

Por unos segundos deseó que hubiera una petición de Joseph para quedarse más tiempo en el puesto de traductora y suspiró asintiendo con la cabeza.

— ¿Cuándo debo entregar?

—No te preocupes, tienes para después de año nuevo.

—Eso es mucho tiempo.

—Y tienes tiempo para hacerlo perfectamente, como siempre sabes hacerlo, ¿vale? —sonrió—. Te mando los requerimientos por correo.

No recordó la última vez que recibiera un trato justo por parte de su jefe, a veces eran trabajos extremos de una semana para la otra, algo de dificultad alta y después, unos que no requerían esfuerzo alguno. Aunque siempre daba lo mejor de sí, quería el mismo trato que recibían todos sus compañeros.

Desvió la mirada hacia la ventana y escuchó a su jefe hablar sobre la importancia de la responsabilidad y lo proactivo que debía ser.

Agradeció casi de inmediato y salió a largas zancadas hacia la fría mañana de Toronto, se dirigió hacia el 70 Adelaide y entró en el café Versus. Con notable enojo se sentó en una de las sillas del fondo y se acurrucó cuando

uno de los meseros se acercó a ella para tomar su pedido.

—Buen día Noir —habló el joven de cabello oscuro que ya le conocía—. ¿Lo mismo de siempre?

—No Ben, tráeme algo con mucho chocolate.

—Vaya, eso es nuevo. No te vemos en un buen rato y llegas pidiendo chocolate —Ben sonrió ampliamente mientras Noira se quitaba su abrigo haciendo un mohín—. Está bien, está bien, enseguida su majestad.

—No dejes de servirme Ben —el joven sonrió y volvió pocos minutos después con un chocolate caliente y unos cuantos croissants de mantequilla que tanto le gustaban. Noira le sonrió de vuelta y encogida en su asiento comenzó a masticar un poco del pan que le había traído.

La cafetería ya la conocía, que siempre la veía llegar cuando hacía sus traducciones de último minuto o aquellas que no le tomaban casi tiempo. Sabía que Ben llevaba dos años trabajando ahí y que era estudiante de la carrera de diseño, tenía la edad suficiente para considerarlo el mejor mesero que le servía café y que la escuchaba quejarse de su jefe, su relación no iba más allá.

Algo que agradecía por completo, porque el joven no era del tipo que preguntara cosas personales.

Observó el extraño comportamiento que sostenía Ben con la nueva cajera y se acongojó al recordar los libros en los que leía lo lindo que se sentía enamorarse de esa manera tan torpe y supo que nunca tuvo un romance alguno al cual catalogar de esa forma.

Y los únicos hombres que le llegaban a la cabeza eran Joseph Myers, el gran imbécil que conocía, no quería imaginar que aquello que pobremente tuvo con él fue un romance que la hacía volverse torpe, porque realmente no fue así.

Aquel intrigante hombre que se la pasaba acosándola con chistes tan malos que le hacían reír. Y que nunca tuvo la oportunidad de conocer en plan romántico, o saber por qué odiaba a Bruno.

Algo hizo clic en su cabeza y recordó que Bruno le había pedido ser pareja, ese hombre también la hacía sentir en su corazón un palpar cada que se encontraban juntos, pero le apenaba saber que nunca le dio la oportunidad. Podría haber aceptado y esperar que todo fluyera con naturalidad, pero si él no sabía su secreto, ninguna relación podría ser completamente seria y nuevamente, la única persona que volvía a su cabeza era el gran idiota Myers, ¿por qué tenía que ocupar sus

pensamientos con frecuencia?

Ben acercó otros dos croissants de mantequilla y ella le sonrió otra vez. Sirvió más chocolate y regresó a la barra donde comenzó a platicar con la joven cajera.

Noira entonces pensó que podría darle una oportunidad, si Joseph así lo quisiera.

Tenía veintisiete años y se sentía sola, quería intentarlo.

Suspiró al sorber de su bebida caliente y también comenzó a pensar en el trabajo. Tuvo la suerte de conseguir medio año más en el Bord'Elle, pero no sabía cuánto tiempo más tendría, y su trabajo de intérprete no rendía tantos frutos como imaginaba, la solución sería cambiar su estilo de vida, pero realmente le gustaba gastar dinero.

Imaginó que tal vez al dejar su empleo en el bar se dedicaría más a la ABCO, pero si su encanto no le había ayudado entonces a conseguir más oportunidades, no lo haría en un futuro si se dedicaba de tiempo completo.

Frunció el ceño y agradeció que al menos había conseguido que Joseph firmara con los Alemanes que tanto quería.

Y recordó a Derek.

Sacó su celular tecleando el nombre del hombre de cabellos albinos.

Mandó un "Hola", que casi de inmediato respondió.

"Ya era hora de que me hablaras." —contestó con unos emojis sonrientes.

Noira se sentó derecha en su silla y sorbió más de su bebida.

"No esperaba que contestaras, ¿qué hora es?"

"Cuatro pm, y espero que sepas, que ocupo mis horas de comida para hablar contigo."

Ella rio.

"Tu esposa me odiará al saber que lo haces."

"De hecho ella quiero conocerte, dice que eres la única que comprende el

odio personal hacia Uma.”

“Así que le contaste mi odio por esa mujer, no debiste Derek.” Pensó por unos segundos y siguió escribiendo. “Puede que la próxima vez que Joseph Myers vaya a Alemania a visitarlos, me esconda en su equipaje.”

Y entonces casi de inmediato una llamada de Derek llegó a su celular, contestó extrañada.

—Así que no te lo dijo —ella carraspeó.

— ¿Mande?

—Joseph, no te lo dijo —elevó las cejas imaginando lo que podría ser que no le haya dicho—. No firmamos contrato con su empresa.

— ¿Qué? Pero, parecía que todo marchaba bien, ¿qué fue lo que pasó?

Un silencio abrumador la puso nerviosa y lo escuchó resoplar por el otro lado.

—Estábamos en Montreal cuando te vimos... —sintió que el corazón se le subía hacia la garganta luego de que por sus oídos entrara esa frase, así que Joseph no estaba solo esa noche—. Lo siento.

—Oh cielos, Derek.

—Está bien, por favor —hizo otra pausa—. Disculpa que no te lo haya dicho antes. No creí que fuera necesario. Esperaba que Joseph lo hiciera.

Asintió sabiendo que él no la veía y tragó en seco. Por su culpa, Joseph no había conseguido el contrato de sus sueños y ni siquiera ella se atrevió a preguntarlo, lo tomó como un hecho al notar lo satisfecho que estaban ellos.

Se ruborizó.

—Cielos, ¿vieron todo? —no obtuvo respuesta, pero sabía que era una respuesta afirmativa—. Lo siento Derek.

—Tienes que hablar con Joseph, él estaba muy sorprendido. En cuestión de nosotros, no te preocupes, respeto lo que haces —hubo otro silencio que no supo cómo tomar y continuó pensando en lo apenada que estaba con ellos y de si aquella revelación había sido la causa del rompimiento del contrato, como sea, estaba avergonzada y se sentía como una idiota.

Poco tiempo después colgó, sin despedidas largas ni intención de volver a llamar en un largo tiempo, hasta quitar aquella vergüenza que le corría

por el cuerpo. No tenía otra idea más que ella marcando ahora el número de Joseph.

No contestó.

Suspiró con fuerza y decidida a buscar la respuesta a la pregunta que le molestaba, se puso de pie para pagar, salió a toda prisa y se encontró con que ni siquiera sabía por dónde empezar. Llegó a su casa más tarde en la noche, no supo en qué actividad se le fue el día completo, pero sabía que el siguiente día sería uno nuevo para seguir intentando.

No lo fue.

Ni el siguiente.

Ni el siguiente del siguiente.

Con los ánimos hasta el suelo pensando en que tal vez su trabajo ideal no era ser intérprete o traductora y que sabía perfectamente que sólo tendría medio año para investigar cuál era su verdadera vocación antes de realmente quedarse sin trabajo.

Acostada en el sofá con un pijama de pantalones grises y una blusa de mangas largas en blanco afelpado, comía tranquilamente malvaviscos con chocolate. Su celular sonó unos segundos después y contestó sin siquiera revisar la pantalla.

— ¿Estás en tu casa?

—Lo estoy —respondió de inmediato, la voz jocosa de Joseph entró como por arte de magia a sus oídos y divagó en su cerebro hasta darse cuenta de que él le había llamado.

— ¿Podemos vernos?

—Podemos —dijo una vez más sin pensar.

— ¿Puede salir? Estoy aquí afuera.

Joseph la esperaba impaciente frente a su casa, era verdad que no se veían desde el fin de semana y que él nunca contestó la llamada que Noira le hizo, y se sentía acongojado por no hacerlo. Ni siquiera sabía por qué no lo había hecho. O porque se encontraba ahí inquieto por verla, no quería parecer que le acosaba ahora que sabía dónde trabajaba y que tenía certeza deseaba verla todos los días que trabajaba. Era algo que desde mucho tiempo atrás no hacía por una mujer.

Y, aun así, se encontraba ahí mismo, tenso por lo que ella fuera a decir.

No logró articular ninguna palabra cuando la vio salir de su casa con unas botas altas, pantalón negro ajustado, un suéter holgado de color beige y un gran abrigo café. Quiso encontrar las mejores palabras y lo único que pudo lograr fue tirar las llaves de su casa, con las que estaba jugando y sonreír torpemente.

— ¿Se encuentra bien?

—Estoy un poco nervioso —confesó. Y eso hizo que Noira se enterneciera. Le miró sonriente.

— ¿Quiere ir a comer a algún lugar?

Joseph sonrió también y abrió la puerta del auto para dejarla entrar, se dirigieron hacia Mississauga.

—De hecho, tenía un plan —apretó el volante con fuerza—. En mi casa.

—Espero que no tenga la idea de que me acueste con usted —él rio negando.

—No, pero no olvides que lo sigo intentando.

Ella también rio asintiendo, lo conocía muy poco y mucho para saber que efectivamente todavía tenía en mente ese aspecto. No le molestaba en lo absoluto, Joseph era un hombre guapo, de grandes atributos físicos como mentales, y sin mencionar la larga cantidad de dinero que seguramente tenía, pero no quería que fuera su primera vez tan vaga.

—Entonces —dijo atrayendo su mirada fija en el camino—. ¿Cómo va la empresa?

—Excelente —mintió—. Aunque se siente un poco vacío sin tu exuberante figura paseándose por los pasillos y distrayendo a mis trabajadores.

—No era mi intención, pero no me daban muchas tareas —se sintió ansiosa por unos segundos, deseaba pedirle un trabajo que la hiciera despreocuparse de todo lo que tenía en la cabeza y abandonar a la ABCO que no le daban la oportunidad de superarse—. ¿Usted pidió por mí para trabajar en su empresa?

—A mi hermana le pareció divertido pedir que fueras nuestra traductora e intérprete —Noira frunció el ceño y le miró, el perfil era estupefacto, tan cincelado y con una barba que apenas comenzaba a mostrarse, se veía exquisito y tentador, algo que tampoco podía negar al verlo, cualquier

mujer caería en sus encantos.

«No quiero ser de esas mujeres.», comentó su mente de inmediato.

— ¿Su hermana?

—Así es, no nos dejaste subir al ascensor contigo y a ella le pareció divertido —repitió enseñando los dientes en una enorme sonrisa, como si recordara lo sucedido—. Teníamos que escoger a un traductor ese día, y cuando te vimos charlar con tu jefe pensamos que serías la indicada. Al final le agradaste a mi hermana, no te aflijas.

Noira recordó entonces que efectivamente a la mujer que le había pedido detener el elevador era Eleanor. Hizo una mueca regresando la vista al camino y frunció los labios, un simple momento que la llevó a conocer a Joseph.

Sus ojos se deslumbraron al ver el gran edificio frente a ellos, con una fuente en el centro, y las enormes puertas de cristal, que daban paso a un lobby con personas elegantes atendiendo. Elevó las cejas cuando giraron en un estacionamiento subterráneo y se sorprendió al ver todos los coches relucientes y de colores vistosos.

—Esto es impresionante, es hermoso.

—Y todavía no lo ves todo —rio saliendo del asiento. Noira no comprendió si se refería al lugar o a él mismo por la manera en que le dedicó la mirada, era lujuria pura.

Se dirigieron al ascensor donde presionó el botón. Un instintivo poder creció dentro de él y con nerviosismo tomó la mano de la chica, le sorprendió que en respuesta ella entrelazará los dedos y al mirarla, Noira ya lo estaba haciendo.

Se vieron en silencio, ella no tenía pensado nada, él tenía un mundo de pensamientos que azotaban su cabeza, memorizó cada peca de su rostro, lo perfecta de sus cejas que siempre se movían como pequeñas orugas a cada mueca que hacía, sus hermosos ojos almendrados y el cabello que entornaba su semblante.

Entonces algo hizo clic dentro de su cabeza, lo sabía.

Ya estaba enamorado.

Y no había vuelta atrás.

Capítulo 15

Entró en primera instancia al departamento, frente a ella estaba un espacio con grandes ventanales sin cortinas, toda la luz que embargaba el lugar era refrescante, a su izquierda estaba una cocina en tonalidades grises, bien equipada con cosas que nunca en su vida podría costear a pesar de ganar bien en el Bar, y la sala al fondo de los mismos colores sombríos y apretados que supuso tendría Joseph en su casa.

—Es hermoso —dijo muy bajo, paseó por el largo espacio y finalmente se sentó en una de las sillas de la isla en la cocina y sonrió al hombre que le miraba impaciente—. ¿Cuál era el plan?

—El plan es comer —comenzó a sacar del refrigerador algunas verduras, carne y aderezos—. Espero que no te moleste cocinar.

—En lo absoluto —curvó los labios en una gran sonrisa y se acercó para ayudarlo, a pesar de ser un hermoso departamento, la cocina era lo suficientemente pequeña para sólo dos personas y con Joseph ahí, eran prácticamente tres, parecía acostumbrado a su gran altura que se movía con gracia y agilidad, le pareció interesante y comenzó a cortar lo necesario—. ¿No imaginó algo mejor que hamburguesas?

—Por supuesto que no, a todo el mundo le gustan las hamburguesas —ella asintió—. Espero que no te moleste...

—No me molesta —repitió interrumpiéndolo—. De hecho, me gusta, pero mi cocina es más pequeña y aunque podría hacerlo, no lo hago por flojera.

Se escuchó el "tss" de la carne friendo y ella agradeció por primera vez el gesto de cocinar en una cita, aunque no hubiera tenido pareja en su vida, sí tuvo alguna que otra cita, como con Bruno, que sólo la llevaban a restaurantes, hablaban de lo mucho o poco que tenían en común e intentaban llegar a algo más.

«Acaso, ¿era una cita?», pensó.

— ¿Has pensado en quitarme el apodo de jefe mandón y hablarme por mi nombre?

—Lo he pensado, pero aún no lo hago —dijo sin siquiera voltear a verlo, no agradaba de hablar de tú a un jefe, en la ABCO lo hizo porque fue su primer trabajo formal, pero fuera de ello a nadie más se atrevió a hablar por su nombre, ni siquiera a Edmond del Bord'Elle Bar—. A mí me parece

divertido que en ciertas ocasiones me hable formal y otras no.

—Es algo que hago mucho, no puedo evitarlo —afirmó, las mejillas de Noira se colorearon al verlo moverse con rapidez hacia el congelador y sacar una bolsa de papas fritas. Nunca pensó sentirse atraída por un hombre cocinando—. ¿Sabe? Mañana hay una fiesta de empleados, y muchos han preguntado por usted, sería buena idea.

— ¿Me está invitando? —tartamudeó intentando alejar sus pensamientos de Joseph con el torso desnudo cocinando.

—Sí, puede ser —dijo finalmente recostando su codo sobre la isla para verla, la cercanía con ella lo hizo sentirse nervioso y atraído al mismo tiempo, le sonrió lo mejor que pudo.

—No suele asistir a las fiestas de la empresa, ¿y de pronto quiere ir?

—Es que antes no te conocía, hay veces que comienzas a hacer cosas nuevas sólo para estar con alguien.

Su respuesta la puso inquieta y parpadeó con fuerza cuando él se alejó para continuar en su faena de colocar las papas fritas en el aceite. Acomodó a tientas las hamburguesas en dos platos y giró sobre sus talones para enfrentar a Joseph.

—No creas que por decir cosas lindas caeré en tus intentos.

— ¿Cuáles intentos? —rio acercándose a ella, alargó una mano para tomarla de la cintura y acercarse, se sintió presa de sus propias palabras y supo que él no tenía que intentar nada para ponerla exaltada—. Estoy famélico, ¿comemos ya?

Asintió con torpeza y lo siguió hasta sentarse en una de las sillas en la isla, tragó con fuerza y observó la manera en la que le servía atento el resto de la comida. El primer mordisco le supo a gloria.

—El Sábado hay un evento especial de Navidad.

—Lo sé, ya tengo boleto —sonrió satisfecho y orgulloso de que fuera así.

— ¿Cómo lo ha conseguido? —él se encogió de hombros.

—Puede que me haya hecho amigo de Edmond y ahora sea un socio más —Noira estaba por abrir la boca para hablar—. Es broma, lo compré como todos los mortales.

—Por un segundo creí que lo fuera a hacer, usted tiene una forma muy

difícil de bromear.

—Si es posible convertirse en socio y recibir tratos exclusivos, es momento de que me lo confiese —comentó antes de darle un mordisco a su hamburguesa—. ¿Irán vestidas de Santa Claus o algo por el estilo?

—De hecho, sí, y debería ir a comprarlo, porque aún no lo tengo listo —en cuanto la última palabra salió de sus labios, Joseph abrió los ojos decisivo.

—Yo puedo acompañarte a hacerlo, eso sí que sería digno de convertirse en socio. Hay una excelente tienda que conozco que debería servir.

—No entraré con usted a una tienda de adultos —Joseph frunció el ceño indignado—. ¿O no es una tienda de adultos?

—Lo es, pero... No tengo nada que refutar, será muy emocionante ir —Noira rio por su falsa expresión y negó con lentitud.

—Está bien, pero tiene prohibido escoger el vestuario, a mí me debe gustar.

—No te preocupes, estoy seguro de que cualquier cosa que uses, me va a gustar.

Continuaron su plática por horas, Joseph no se había divertido desde hacía mucho tiempo atrás con una mujer, y ella estaba ahí para escuchar todo lo que tenía que decir y sentía que eran incontables temas los que quisiera que alguien escuchara. Noira tomó entre sus manos los platos y comenzó a despejar la zona, comprendió de inmediato que era momento de partir cuando dieron casi las cinco de la tarde y debían apurarse para escoger el vestuario que ella debía llevar el Sábado.

Salieron platicando sobre lo mucho que a ella le gustaba Canadá y lo difícil que había sido en un principio adaptarse, especialmente en cuestión del clima.

Condujo por varios largos minutos que le parecieron horas a Noira, después de todo nunca había ido a comprar sus vestuarios con alguien, ni siquiera con Juliet, y sería como si Joseph escogiera su lencería, lo cual la hacía sentirse completamente emocionada en cierta manera.

Bajaron en efectivamente el lugar que había mencionado, por fuera parecía una linda casona vieja, había un pequeño cartel con letras simples que decía: "Squeeze".

—Que buen nombre.

—Así que lo has entendido —sonrió—. Un buen inicio para saber que todo lo que está adentro, te va a encantar.

Entraron por las puertas que tenían apenas unas cortinas coloridas y dentro era aún más interesante.

Se sintió incómoda al ver la cantidad de maniquíes que llevaban puesto ropa interior extravagante, se paseó con Joseph siguiendo sus pasos mientras observaba con atención la pasta, dulces y vasijas con forma de miembro masculino, silbatos, juguetes y gorras. Lentes, e incluso un telescopio con la misma forma.

—Estoy muy intrigada en saber cómo conoce este lugar —Joseph se encogió de hombros.

—Era joven, y este lugar quedaba de paso —Noira tomó unos cuantos condones con sabores singulares.

— ¿Cuál me recomiendas?

El hombre rio por lo bajo al verla ruborizarse cuando le mostró peluches muy fantásticos, justo cuando le hacía la pregunta.

—Te recomiendo pasar a la siguiente sala, tienen disfraces muy sexys en los que me encantará verte posar.

—Ni lo sueñes Joseph Myers —sonrió pícara tocando la nariz del hombre con la punta de su dedo índice.

La siguió tímido y enrojecido a la siguiente sala donde había varios estantes con ropa colgada, más maniquíes adornaban las paredes y la habitación, al fondo dos pequeños cubículos como probadores y una silla dirigida hacia estos. Joseph contempló a Noira escoger entre todos los vestuarios dos vestidos rojos con borlas blancas en el extremo de la falda, venían acompañados de una diadema con un pequeño gorro navideño.

Él por su parte escogió dos también, uno de pastora y otro de diablo. Noira encontró a Joseph entrar al probador y salir satisfecho, no entendió la razón hasta que entró al mismo y vio los vestuarios que él había elegido.

Pasaron quince minutos hasta que ella salió vestida con un vestido corto ceñido de un material parecido al látex, con guantes rojos y cola, unos pequeños cuernos adornaban su cabeza, descalza y con las mejillas ruborizadas, no hizo otra cosa más que dejar boquiabierto a Joseph y con

una creciente erección en su entrepierna.

Estaba por abrir la boca para hablar, pero sólo se hizo hacia adelante y llevó sus manos a la cara.

—Siempre he tenido la extraña necesidad de jugar dentro de un probador —Noira rio—. ¿No quieres intentarlo?

—Por supuesto que no —enarcó una ceja al verlo sacar su celular y tomarle una foto.

—Es para el rato —ella rodó los ojos y entró una vez más a cambiarse—. ¿Ya has escogido el traje de santa?

—Sí y dejaré que lo veas hasta el show —gruñó un poco al colocarse el corsé que venía disponible en color café para el vestuario de pastora—. Especialmente porque pagaste para eso.

—Pagué para verte en todo tu esplendor —respondió abriendo la cortina que simulaba ser la puerta y la vio intentando abrochar la falda, tan corta que podía ver perfectamente que debajo traía ropa interior tipo bikini en color negro liso, ella se sobresaltó al verle entrar y cerrar detrás de él la misma cortina—. Podría esperar al Sábado para hacerte el chiste de que he sido malo todo el año.

—Los niños malos reciben carbón —comentó divertida, Joseph cargó a la mujer por el trasero y pegó su cuerpo hacia la pared, de inmediato sus anatomías se unieron y pudo escuchar un leve gemido que salió de los labios de Noira.

—Qué bueno que no eres el verdadero Santa Claus —murmuró sobre su cuello, aspirando el dulce aroma de nerviosismo que desprendía, inocencia y ternura, era todo lo que emanaba de ella en esos momentos, a comparación de cómo se comportaba frente a todos en el Bord'Elle—. Porque el hombre frente a ti necesita algo más que un pedazo de carbón.

Noira mostró una sonrisa jocosa ante el torpe intento de seducirla y gimoteó una vez más cuando comenzó un lento vaivén de caderas para frotar su miembro contra su centro. Besó con suavidad el borde de su cuello y clavícula, lamiendo con lentitud para hacerla seguir deseando su encuentro.

Con instinto rodeó con los pies las caderas del hombre y siguió el mismo movimiento, los dos en sincronía se miraron con intensidad y jaló de su nuca hasta quedar frente a frente.

—Joseph Myers —hablaron fuera del probador, el mencionado maldijo muy por lo bajo al reconocer la voz, era la anciana dueña del lugar—. Me

parece que estabas vetado del lugar.

Noira enarcó una ceja curiosa de saber por qué se encontraba vetado.

—Karly, en verdad tengo una muy buena explicación.

—Sal de ahí —Noira se alejó de su agarre y se acercó a besar su mejilla, sólo para comenzar a cambiarse, Joseph entonces salió—. ¿Vienes a hacer estupideces?

—Vengo con una señorita a la que, por cierto, acabas de espantar para comprarte algo.

—En verdad quiero saber qué sucedió —habló Noira dentro del probador.

—Bueno, además de encender los fuegos artificiales de miembro masculino para divertirse un rato, traje a su hermano a divertirse un rato con los peluches, despidiendo un fuerte aroma de alcohol.

La joven salió del probador y encaró al hombre.

—Éramos jóvenes Karly, eso pasó hace veinte años —la mujer grande le miró de arriba abajo y frunció el ceño.

—Fuera de aquí.

Noira salió diez minutos después con una bolsa en manos. Joseph contempló la felicidad que traía cuando se acercó a él y sonrió enseñando el par de hilera de dientes.

—Ha sido muy agradable y compré un poco de penneroni —rio ante su propio chiste y continuó—. Luego lo probamos.

— ¿Por qué no mejor vamos a mi departamento y te doy a probar un poco del que tengo yo?

—No gracias, mañana tengo una fiesta y debo ir presentable, ya es tarde y será un largo camino hacia mi casa.

Entraron al auto casi de inmediato, complacido por lo afectuosa que estaba, haciendo chistes y charlando, era una faceta que no conocía de ella, lo cual le fascinó una vez más.

Llegaron a su casa alrededor de las diez de la noche, cuando Joseph escuchó hasta la última frase que ella tuvo que contar—. Gracias por todo, me he divertido mucho.

—A ti —murmuró caminando muy de cerca detrás de ella hacia la puerta de su casa—. Mañana... Estaré aquí a las cuatro de la tarde, para la fiesta.

—Estará perfecto —sonrió jugando con su bolsa—. Entonces nos vemos.

Dijo por última vez entrando, nerviosa y con el corazón sobre la garganta, murmuró una maldición al pensar lo torpe que se había visto, seguramente Joseph esperaba más de aquella despedida, una que no logró darle.

Capítulo 16

Miró impactada a través de sus ventanas al Joseph casual que se acercaba hacia la puerta de su casa, vestido con unos vaqueros desgastados, y un suéter holgado, se veía extremadamente despreocupado, incluso su típico peinado relamido se encontraba despeinado y sin gel mostrando las leves ondulaciones de su cabello que caían sobre su rostro entornándolo a la perfección.

— ¿Quién es usted? —dijo de inmediato al abrir la puerta, Joseph pareció titubear.

—Ayer has dicho algo sobre no ir formal y más tranquilo.

—Bueno, he dicho que vaya casual, no como cantante de k-pop.

— ¿De qué? —replicó absorto de su chiste, y es que la manera en la que se desenvolvía al caminar, el vestuario y el cabello rebelde, parecía algún cantante o modelo, exceptuando el rostro tosco y fuerte, podía pasar desapercibido en aquel país—. ¿Debería cambiarme?

—No, para nada, en realidad se ve muy bien.

Y no era mentira, podía notar a leguas que se encontraba cómodo y tal vez ese estilo era el que realmente le tenía sereno en lugar de un regio saco y pantalones formales. Entraron al auto casi de inmediato. Se encontraba nerviosa, nunca había ido a las típicas fiestas de oficina, la única experiencia que tenía acerca de ellas eran las películas navideñas que pasaban en la televisión desde Noviembre.

— ¿Te encuentras bien? Te ves... —hizo una mueca imitando su semblante y ella sonrió incómoda.

—He pasado tanto tiempo sola en Navidad, que esta fiesta es algo nuevo para mí.

—Y eso que aún no vamos a la fiesta familiar —respondió mirándola con una gran sonrisa en el rostro, Joseph se dio cuenta de la gran interrogante en su cara y continuó—. La fiesta a la que te invitó mi madre, irás, ¿no?

—No creí que fuera una invitación formal.

—Lo fue, y estaría encantado de que me acompañaras —Noira asintió lentamente, una fiesta familiar y se sentía por completo feliz al saber que estaba invitada especialmente porque de pronto todo se estaba acomodando, después de todo Juliet tenía razón acerca de dejar trabajar al destino, algo le decía que no podía seguir esperando a que su vida

mejorara y en esos momentos, en definitiva, mejoraba en creces.

—Podríamos regresar juntos en cuanto acabe mi show directo hacia el domicilio de su familia —el asintió a sabiendas que ella lo miraba fijamente—. Juliet no estará, así que no deberá preocuparse si me siento lejos de usted.

—No me preocupaba, sabía que nos sentaríamos juntos en algún momento —Noira se encogió de hombros ante su honestidad, era una persona con mucha confianza en sí mismo. Como ella, Joseph sabía perfectamente del grado de atractivo y astucia que tenía y sabía cómo usarlo a su conveniencia.

Condujo por media hora más hasta que llegó a la empresa donde se estacionó y corrió de inmediato hacia la puerta del copiloto para ayudarla a bajar—. ¿Se encuentra tan nerviosa como yo?

Mencionó apenas se subieron al ascensor. Noira estaba más que nerviosa e impaciente, su corazón latía a mil por hora por saber lo divertido que sería y quería disfrutar aquel día al máximo. Una vez más su mano se encontró con la de Joseph y entrelazó sus dedos, esta vez sus miradas hallaron su camino al mismo tiempo y una sonrisa torpe apareció en los labios de su acompañante—. Noira, yo...

El ascensor abrió sus puertas de par en par en el piso de la cafetería y recibieron unas cuantas miradas, ella de inmediato le jaló fuera de la caja de metal y soltó su mano para acercarse corriendo a Karla y Sophie que platicaban junto a Lore, sus amigas no se opusieron a su abrazo y también la recogieron sobre el aire para darle la cálida bienvenida.

Joseph por su parte se sintió diminuto, varias miradas que recogió y de pronto la incomodidad apareció en él. Nunca había salido de su zona, nunca había dejado de usar traje y mucho menos asistir a una fiesta de su propia empresa, creía que, si asistía, la diversión y alegría se acabarían en cuanto él pusiera un pie dentro y aunque no sucedió en esos momentos, sólo se paseó también hasta llegar junto a Noira, que era la única persona que sentía podía pasar la noche.

— ¿Quién es el chico guapo que te acompaña Noira? —preguntó de manera inocente Sophie al verle caminar hacia ellos con la mirada gacha.

—Impresionante, es Joseph —murmuró y entonces esos murmullos inundaron la sala.

—Dile que me dome —rugió Lore riendo con las mujeres al presenciar lo impensable con respecto a su ropa, se veía completamente diferente.

—Chicos, chicos —dijo muy en alto Noira—. Sólo viene a divertirse como ustedes, ¿por qué no lo hacemos y olvidamos por unas horas la jerarquía?

Varios de los que la escucharon asintieron y siguieron tomando la bebida gratis y comiendo los bocadillos que para Noira se le hizo agua la boca.

Se dedicó a beber y comer, especialmente a meter mucho alcohol en su torrente, bailó con fervor y no pudo evitar sacar aquellos pasos que sólo utilizaba para bailar en el bar atrayendo más de una mirada hacia su cuerpo. Por su parte Joseph la observaba sentado a la lejanía, estaba seguro de que la fiesta era todo un éxito, especialmente porque todos ya se veían increíblemente felices en gran manera y no podía creer que después de cinco años había decidido congeniar con todos ahí. Al principio fue incómodo ver la manera en que varios lo evitaban o lo saludaban por "jefe", pero después de unos cuantos tragos arriba ninguno se atrevió a llamarlo así e incluso lo felicitaron por el gran trabajo que hacía.

Se sintió satisfecho de pronto y más aún porque no había rastro alguno de Bruno Suaste.

La miró bailar hasta las doce de la noche que entonces ella se acercó a él y sonrió con los colores subidos en el rostro.

— ¿Te encuentras bien? —le preguntó tomando su mano para que dejara de tambalearse.

—Me encuentro perfectamente bien —gritó y fue a sentarse junto a él para descansar su cabeza en el hombro de Joseph, su cercanía lo hizo suspirar internamente y deseó que el ruido disminuyera para poder decirle lo que sentía, una decisión que en parte sabía era muy apresurada y en otra que lo alteraba porque quería hacerlo—. Joseph, ¿sabes bailar?

—Un poco —respondió conmovido por escuchar otra vez su nombre en los labios de la mujer—. ¿Quieres que bailemos?

—No, no, yo venía a pedírtelo primero.

—Bueno, entonces pídemelo.

Noira se puso con dificultad sobre sus dos pies y tomó las manos de Joseph para mirarle fijamente.

—Quiero que bailes conmigo —Joseph meneó la cabeza riendo, eso definitivamente no era una petición, sino más bien una orden. Una que no le molestaría acatar.

— ¿Escuchas el tipo de canción que podríamos estar bailando? —ella asintió dándose cuenta de que era música amena con la que podrían bailar muy juntos—. ¿Y sabes que podríamos terminar en la cama después de bailar?

—Bueno Joseph Myers, no creo que sea un problema para ti.

Joseph sonrió muy ocurrente y le miró con intensidad, Noira juró que aquellos ojos no los había visto antes, eran de un cazador con su presa y era como se sentía cuando estaba con él. Llevaba deseo en aquellos hermosos ojos café y en los de ella también. No pudo evitar sonreír y acercarse vehementemente, él abrió las piernas para rodearla con sus brazos por la cintura y se quedó sin aire por unos segundos cuando ella también rodeó su cuello con los suyos.

Bailó frente a él de manera delicada y eso lo encendió de inmediato, una creciente protuberancia en su entrepierna y un sentimiento que no tenía desde años atrás en su corazón.

—Noira Clyde —murmuró saboreando cada parte de su cuerpo que se frotaba junto a él, ahogó sus sentimientos por unos segundos y disfrutó enteramente la manera en la que su corazón palpitaba. De sus labios salieron leves gemidos que fueron ahogados por la música del lugar.

En un impulso se puso de pie para tomarla de los brazos, Noira se sintió chiquita y observó la gran altura del hombre, él se acercó a ella abrazándola, y entonces susurró sobre su oído—. Estoy fascinado por ti Noira Clyde, te deseo desde el primer momento que te vi, quiero besar tus labios, y pasar la noche entera explorando tu cuerpo, pero en estos momentos lo único que puedo hacer es llevarte a tu casa o bailar contigo hasta el amanecer.

—Desearía que me llevaras a mi casa —rio con un tono de picardía en su voz mientras se acercaba al rostro de Joseph.

—No es como tú crees —dijo finalmente viendo sus ojos a centímetros de sus labios, suspiró—. Quiero que cuando lo hagamos, sepas que lo haces porque lo deseas, y no porque estás pasada de copas.

En sus labios se formó una gran sonrisa y asintió—. Entonces bailemos hasta el amanecer.

Entrelazó sus dedos y lo jaló hasta donde se encontraban sus amigos bailando. Joseph no tenía idea alguna de cómo bailar, pero bailó lo mejor que pudo, hizo girar a Noira sobre sus talones y la abrazó mientras ella seguía moviéndose con fervor, todos gritaron en algún momento y él sólo

rio al ver lo entorpecida que se volvía conforme pasaba el tiempo.

No pasó mucho cuando ella decidió ir al baño y dejar a Joseph en garras de Karla. Amaba la manera en la que se la estaba pasando, no tuvo en ningún momento la decisión de quedarse sentado, sino que, intentó congeniar con cada uno de los empleados y más aún con sus amigos. Nunca vio a Sophie tan alegre y Lore bailar con terribles movimientos.

—Hola Noira —se sobresaltó al escuchar la voz de Bruno junto a ella cuando salió del baño, le miró con extrañeza—. No sabía que te llevabas tan bien con Joseph.

—Bruno, somos buenos amigos.

—Buenos amigos son los que se tratan con poco afecto, ustedes son más cercanos —cruzó sus brazos sobre el pecho y continuó acercándose a ella—. ¿Están saliendo?

—No, para nada, no tengo interés en él —mintió, no tenía por qué mentir ni tampoco avisarle sobre sus intereses románticos—. No sabía si vendrías.

— ¿Es por eso por lo que me pediste tiempo?

— ¿Mande?

—Necesito tiempo para pensarlo Bruno —le imitó como el día que ella había terminado con él a sólo horas de haber empezado. Noira mordió su labio un poco más consciente de lo que estaba sucediendo—. ¿Por eso no querías estar conmigo? ¿Prefieres a Joseph?

—No es eso Bruno, me agradas, en verdad, pero en estos momentos no me siento...

— ¿Lista? —gruñó—. Estupideces, tienes más inclinación por Joseph y ya no puedo ignorarlo Noira, tienes que estar conmigo, te lo pido.

La chica trastabilló hacia la puerta del baño y sonrió con nerviosismo.

— ¿Por qué? —fue lo único que pudo decir, rascó su brazo y no se movió ni un segundo cuando Bruno se acercó para besarla.

En cuanto sus labios tocaron los suyos sintió su cuerpo desvanecerse, pero se mantuvo en pie para empujarlo con suavidad—. No puedo, en verdad.

—Necesito una buena razón para que me estés rechazando —tomó sus hombros atrayendo su cuerpo una vez más y le abrazó—. Necesito saber

por qué no quieres estar conmigo, ¿no soy lo suficientemente bueno para ti? Dime, por favor, ¿podemos estar juntos?

Mordió sus labios con fuerza y le devolvió el abrazo, ahí entre sus brazos Bruno parecía un pequeño niño pidiendo ayuda, indefenso y con muchas dudas en su cabeza, y así también se sentía ella, sentía cosas por Bruno, pero la personalidad de Joseph y su atractivo tanto físico como intelectual le atraían más que el hombre que se encontraba en sus brazos.

—Podemos intentarlo, pero sin ser pareja, salgamos primero —dijo finalmente y suspiró, Bruno la apretujó más y besó su mejilla.

—Es un paso, gracias Noira.

—Yo... Debo volver —Bruno asintió y le dejó ir.

Caminó con paso lento hacia donde se encontraban sus amigos pensando en todas las decisiones que había tomado en su vida, incluso aquel día que sus padres murieron, sus ojos ardieron con rapidez y lágrimas comenzaron a brotar, se acercó sólo para tomar la mano de Joseph quien enseguida fijó sus ojos en ella y frunció el ceño tomando sus mejillas entre sus manos—. ¿Puedes llevarme a mi casa? Por favor.

Joseph la miró con ternura y asintió, se despidieron de los demás sólo para entrar luego de unos minutos en el ascensor y presionando el botón del estacionamiento subterráneo él habló para aligerar el ambiente.

—Me he divertido mucho, no entiendo por qué antes no había venido.

—Soy una buena influencia, ¿no lo crees?

—Ya lo creo —rio suavemente, no quería insinuar el hecho de que quería saber qué sucedía y de por qué lloraba, Joseph sabía perfectamente que no debía apresurar las preguntas.

Ella no contestó, y sólo estuvieron en silencio el resto del camino. Cada cierto tiempo él le miraba de reojo, ella nunca volteó a verle, su mirada descansaba en el camino y en la manera que comenzaba a nevar. Los pequeños y centellantes copos de nieve cayeron en el camino y sobre su parabrisas, adornaban con belleza toda la ciudad especialmente cuando ella sonreía por ver figuras en la ventana.

Llegaron con rapidez al hogar de la chica y la acompañó hasta la puerta.

Joseph elevó una mano para tomar la mejilla de la mujer y acariciarla lentamente, le sonrió atreviéndose a besar su frente—. Yo estaré para ti,

siempre que me lo pidas.

Ella cerró los ojos para disfrutar la piel áspera del hombre, cada roce y silencio que los inundó, siempre habían sido los más lindos con él. Incluso ese día, que aun estando ebria respetó cada decisión que ella tomó y siempre había estado detrás para mantenerla a salvo.

Suspiró recordando que Joseph hasta había rechazado un contrato de fortuna que tanto le costó conseguir.

—Podría besarte, ¿lo sabes? —confesó abriendo los ojos para toparse con los de él, ya se encontraba con la comisura de su labio sonriendo de lado.

—Y no sabes cuánto quisiera que así fuera —comentó con cada palabra acercándose hacia los labios de Noira—. ¿Puedo hacerlo?

Se miraron por unos segundos, y aquellos hipnotizantes ojos azules que le inspeccionaban con detenimiento divagaron por todo su rostro para detenerse en sus labios entreabiertos esperando a que ella diera el paso que necesitaba para hacerlo.

Su corazón comenzó a palpar con fuerza como tambores, exaltados no de miedo, sino de insistencia porque se atreviera, extasiados de que probaran la carne que creía prohibida y entonces acertó el poco tramo que faltaba.

Los labios de Noira presionaron sólo por un instante los de Joseph y un fuego interno se encendió dentro suyo sabiendo que no tendría otra oportunidad para sentir lo que en esos momentos percibió.

Se separaron por el tierno beso y se quedaron ahí mirándose uno al otro, expectante del corto momento, ni siquiera se molestaron en volver a acercarse para un beso más demandante, sino que disfrutaron la dulce orquesta que cada uno tenía dentro de sus corazones.

—Tengo que entrar —balbuceó pegando su frente en la del hombre. Joseph se irguió por completo y le abrazó una última vez.

—Nos veremos mañana, si no te molesta —también tartamudeó caminando hacia el auto—. Yo, puedo pasar por ti y luego de regreso, ir a casa de mis padres.

—Sería encantador —asintió sacando las llaves de su bolso—. Hasta entonces.

—Hasta entonces —repitió.

—Nos vemos —rio.

—Nos vemos —dijo una última vez antes de verla entrar a su casa.

Ese beso en definitiva no era lo que esperaba, no fue como otras mujeres, y no lo sería.

Noira Clyde era diferente, especial y sin duda extraordinaria.

Que hasta con un beso tan simple le había movido el suelo bajo sus pies.

Capítulo 17

Caminaban cada uno con una maleta, o mejor dicho Joseph caminaba a través del aeropuerto de Toronto con una pequeña maleta mientras que ella, arrastraba una que muy apenas se notaba podría significar que sólo viajaría por dos días. Ella ni siquiera dejó que Joseph le ayudase con la gran bolsa y tampoco ayudarle a entrar al auto, estaba tan nerviosa que su torpeza había aumentado en un 200%, para Joseph al contrario le parecía adorable.

Se sentaron uno junto al otro en clase ejecutiva y ella enseguida se colocó los audífonos para ignorarlo durante todo el viaje. Él, por el contrario, una vez más, la miró varias veces y tampoco ignoró el momento en que se mantuvo con los ojos cerrados y con la mano de la chica entrelazada con la suya debido a su miedo por los aviones.

Y por supuesto que tampoco ignoró el momento en el que estuvieron así agarrados de la mano hasta subir al taxi que los llevaría al bar.

—Sabes, que me tienes que hablar, ¿verdad? —Noira frunció el ceño nerviosa y asintió.

—Estaba guardando el momento ideal para hacerlo —Joseph soltó una sonrisa socarrona—. Es sólo que no tengo nada que mencionar.

—Tenemos mucho de lo que hablar créeme —pasó su brazo a través de la espalda de Noira y le atrajo hasta su pecho sólo para susurrarle al oído—. Podemos esperar a hablarlo en la cama cariño.

El taxista como Noira se pusieron nerviosos y miraron hacia el frente con pleno conocimiento de aquellas palabras.

—Primero trabajo, luego tu casa y yo voy a la cama sola —el taxista asintió con las cejas elevadas, Joseph intentó no reír otra vez por la situación en la que los tres presentes se encontraban.

En su cabeza se ahogó un: “Ya lo veremos”, no podía evitar pensar en ella en un millar de posiciones y en todas de esas, ella gemía su nombre, cosa que le estaba volviendo loco desde horas atrás. Llegó a pensar que era la necesidad de que ella dijera su nombre, cosa que no hacía muy a menudo, y apenas unas horas atrás Noira se seguía dirigiendo a él con toda la formalidad de un empleado a su jefe.

—Acercas del trabajo —suspiró al salir del auto y con sus maletas en la puerta trasera del bar, ella le dedicó una mirada antes de abrir el gran pedazo de metal—. Quería saber si vuelves a la empresa... Con un trabajo

formal.

En cuanto la última palabra salió de sus labios cerró con fuerza los ojos y al no oír una respuesta de ella los abrió, Noira ya le miraba con el entrecejo fruncido.

— ¿Es de verdad? ¿Me quieres en tu empresa? —preguntó incrédula, al ver la mirada del hombre le reprochó—. Y no te atrevas a decir en dónde más me quieres.

—Supongo que tuve que decir esto luego.

—No, por los dioses Joseph —el mencionado se estremeció—. Es el mejor regalo de Navidad que nadie me podría dar.

— ¿Trabajo? —ella asintió y se echó a sus brazos que lo apretó hasta más no poder, cosa que pasó desapercibido por él—. Entonces, significa que puedo regresar el otro regalo que te tengo.

—No, también lo puedo aceptar —los dos rieron al unísono—. Bueno, ya debería entrar.

—Y hablamos luego.

Se despidieron por última vez.

—Me dan asco —Joseph giró para ver a Edmond caminar hacia él, la diferencia de altura lo hizo encogerse, ahora sentía lo que todos cuando él se acercaba, así fueran nada más cinco centímetros—. ¿Se quedará al evento?

—Te mostraría mi entrada para presumir, pero algo me dice que podrías romperla.

—Amigo, podría sólo decirle a la hostess que no te deje pasar, así tengas un boleto insignificante —Joseph asintió—. Espero que esté tratando bien a Noira.

— ¿Por qué? ¿Le interesa?

—Porque soy su dueño por medio año más, y si usted o alguien más la hace venir triste al trabajo, es menos dinero para mí y podría romperle el cuello por eso.

—Comprendo, mafioso.

—Peor —gruñó—. Hombre de negocios.

Ahora los dos rieron al mismo tiempo dándose cuenta de lo idiotas que se veían.

—Espero que te sientes conmigo en cuanto empiece el evento, sería divertido tomar unos cuantos tragos contigo.

—No negaré la invitación a unos tragos si vas a gastar dinero en mi bar —Joseph le hizo una mueca de enfado y golpeó su hombro—. Pero no me toques.

Resopló sólo para seguirle hacia la entrada, era hora del show.

Noira se encontraba nerviosa, aunque Joseph ya la había visto hacer su acto esta vez era diferente. Podría haber sido un beso de lo más simple, pero sentía que había algo más, algo que ella no quería llamar amor.

Deseaba conocer a Bruno, alguien tierno y que la escuchaba, por otra parte, Joseph que al ser todo lo contrario, era un ferviente deseo de estar con él, algo que pasaba siempre en las novelas que le gustaba leer.

El show pasó rápido y no quitó los ojos de encima de Joseph, que en todo momento tuvo sólo el lado derecho de la comisura de sus labios, así como la ceja que movía cada que ella también lo hacía, estaba tan sorprendida como Edmond que esperaban que con la presencia de Joseph ella disminuyera su encantado por nerviosismo, pero no fue así.

Edmond podía jurar que incluso salía más natural al imaginar que ella lo hacía para él, algo que le causaba intriga, hasta él mismo conocía lo que sucedió con esa mujer, ¿por qué ahora se abría con otro hombre? Nunca le interesó Noira, pero le daba un poco de celos saber que otro hombre podía tener la información que él tenía, cosa que nunca le agradaba.

Joseph fue el primero en levantarse para aplaudir a la danza hipnótica que acababa de presenciar. Parecía padre orgulloso por su hijo de primaria que bailaba la típica canción para Día de las Madres o del Padre, la misma de todos los años que con tropiezos y malos vestuarios lograron bailar. Sólo que aquí eran pocas prendas y definitivamente era un baile grandioso que mantenía atentos a todos los presentes.

De pronto Edmond cayó en cuenta que no era un padre orgulloso, era en realidad una persona enamorada, un idiota enamorado de su empleada.

Para su sorpresa, disfrutó cada momento de la plática con Joseph, era una persona culta y amable, pidieron al menos varios tragos que finalmente

decidió que fueran por parte del bar.

—Tienes que venir a mi fiesta —gruñó Joseph con un eructo ahogado en la garganta, con dificultad se acercó a Edmond y le abrazó uno que fue correspondido por el hombre francés.

—No me gusta ver tu asquerosa cara tanto tiempo, además tengo que volver a casa a celebrar Navidad.

Noira elevó las cejas sosteniendo una vez más a Joseph.

— ¿Tiene familia?

—Una mujer que quiero que sea mi vida entera, sí —confesó tirando su cuerpo hacia la puerta del callejón—. Y espero que quede entre nosotros.

Ella asintió y comenzó a caminar con el borracho a cuestas. No pasó mucho tiempo para que por fin llegaran al aeropuerto y pudiera descansar sobre su asiento.

— ¿Tú tienes a alguien en especial Noira Clyde? —sus ojos orbitaban más centrados, ella no dudó en asentir, y no sabía si era porque él era aquella persona especial o incluso Juliet.

—Juliet —dijo finalmente.

— ¿Qué sucedió con tus padres? —habló rápidamente en apenas un susurro, como si no quisiera que nadie los escuchara. Noira sonrió apenas por unos segundos y tomó la mano del hombre que le miraba con ternura.

—Murieron en un accidente de auto.

Dudó por unos segundos continuar, pero finalmente se acercó a él y recostó la cabeza sobre Joseph—. Era mi cumpleaños número diecisiete cuando ellos decidieron llevarme a buscar un pastel para compartir, yo decidí quedarme para organizar el lugar donde lo celebraríamos juntos, sólo nosotros tres. Ellos se fueron, y nunca más volvieron.

—Lo lamento Noir... No debí preguntar —frunció el ceño recostando también su cabeza.

—Está bien. Fui atacada por las redes y muchos noticieros luego de que a algún idiota se le ocurriera editar la historia de mi vida, y lo que terminó siendo publicado fue: "Niña obliga a sus padres a ir a la tienda en plena tormenta de nieve".

Noira alargó los brazos como si el texto estuviera frente a ella—. Le pareció gracioso arruinar mi trámite de residencia, mi vida, e incluso llevarme a juicio, creyendo que lo había hecho a propósito, algunos dijeron que incluso rompí los frenos.

Lloriqueó por unos segundos y sorbió sus fluidos nasales con fuerza, recordando con rencor.

— ¿Entraste a juicio? —ella asintió.

—Mi familia me dejó de hablar creyendo los encabezados y también dejaron de mandar dinero para mis padres, ellos estaban en coma, y las cuentas siguieron llegando, a pesar de toda la situación. Fui la burla de todos y por un segundo no quise continuar.

Un recuerdo de dolor la asoló y tomó con más fuerza la mano de Joseph.

— ¿Qué pasó después?

—Fui inocente, la casa la embargaron, mis padres en el hospital y yo tenía deudas que pagar, nadie quería contratar a un chica joven con problemas legales, hasta que encontré el Bar y Edmond me dio una oportunidad —hizo una pausa para elevar la cabeza—. Mis padres estuvieron un año en coma, pero no pudieron más. Edmond siempre me apoyó. Entonces creía que quería algo conmigo, pero siempre fue muy amable.

—Saliste adelante tú sola, es realmente impresionante lo que has logrado —ella sonrió satisfecha de escuchar esas palabras—. Tus padres estarían muy orgullosos de ti. Yo lo estoy.

—Sí, pero tú... —comenzó a reclamar, pero Joseph la interrumpió.

—Te quiero llevar a la cama —rio asintiendo ante tal verdad—. Pero me gustas Noira Clyde, y también quiero llevarte de la mano.

Entrecerró las cejas al ver la manera en la que Joseph tomó su mano con la que entrelazaban dedos y besar el dorso de esta, algo dentro de ella se rompió por completo y ahogó un suspiro. Parpadeó con fuerza, estaba segura de que esa era una confesión de amor, una extraña y hermosa confesión que combinaba con el extraño hombre frente a ella que al principio era tan renuente.

—Joseph —él negó y volvió a entrelazar las manos.

—No necesito una respuesta tuya, escuché lo que hablaste con Bruno en la fiesta. Y si él es tu interés no me molestará respetar tu decisión,

también si necesitas tiempo.

—Gracias —sonrió—. Y gracias, por escucharme.

Joseph asintió un poco indispuerto, en realidad quería escuchar algún tipo de confesión por parte de Noira también pero no habría modo de saltarse su opinión, quería que Noira se enamorara de él, y no cabría duda de que lo lograría.

Llegaron a la casa de los Milton horas después y con el alcohol en un porcentaje más bajo por parte de Joseph.

Frente a ella había una hermosa casa en North York, con entrada amplia y un bello jardín en esta.

La enorme casa de varias acres y lujosa vista era digna de presentarse en las revistas de reconocimiento hogareño, con tonalidades blanco y gris, y una doble puerta de color café.

Joseph ya le había dicho que tenía una gran piscina, campo de fútbol, un bar, y escaleras que llevaban a un cuarto de juegos hacia el sótano, cientos de otras características que dejó escuchar luego de la palabra “campo de fútbol”, ¿quién en su sano juicio le gustaría eso?

Le agradó que entonces acondicionaron todo el lugar para que su hermano tuviera la posibilidades de disfrutar su vida, y fue por ello de que Joseph se dedicó a visitar el lugar de manera recurrente para arreglar todo lo necesario o comprar lo que faltase.

Sus manos temblaron por unos segundos y tragó con fuerza al darse cuenta de la primera vez en mucho tiempo de visitar la casa de alguien más, especialmente en aquella festividad, exceptuando la casa de Juliet, esa era la primera. Joseph le sonrió y abrió la puerta.

De inmediato un olor dulce le inundó las fosas nasales, el recibidor lleno de voces y murmullos, riendo a todo pulmón. Él pudo notar la manera en la que se estremeció y empujó de su espalda un poco para hacerla caminar, entre tantas voces logró divisar la de su madre, que seguramente estaba en la cocina peleando con el horno, una vez más.

Noira elevó la mirada hacia el candelero de cristal que se encontraba en la recepción de la casa, a su izquierda la sala que tenía varias personas sentadas en sillones de color blanca, una chimenea y más personas platicando frente a esta, en la derecha un estudio donde había alguien sentado leyendo lo cual comprendió era el padre de Joseph.

Muy en el fondo estaba el comedor y a su lado la cocina que por supuesto

tenía sentido que fuera de color blanco con toques de mármol y madera.

No podía esperar a seguir viendo más lugares de aquella casa, pero sólo sintió a Joseph empujándola a través de todo el lugar hasta donde se encontraba su madre. Y nuevamente un arranque de nervios le cubrió el cuerpo.

Especialmente en cómo la presentaría con todos en aquel lugar, ¿pero por qué eso era lo que tenía en mente ahora? Una vez más, no lo quiso llamar amor.

Capítulo 18

—Me alegra tanto verte Noira, te dije que tenías que venir y lo hiciste —Joseph contempló a su madre abrazar con amor a la mujer y sonrió feliz de que su progenitora tuviera un poco de buenas noticias—. O dime, ¿Joseph te ha traído a la fuerza?

—Para nada Annel —negó alejándose por fin de los brazos de la mujer, miró a Joseph como si su mirada aprobara lo que entonces quería decir de él—. Su hijo ha sido todo un caballero conmigo.

—Es lo que he creado, no a un cavernícola. Ahora, Joseph ve a llevar esos platos a la mesa —hizo una mueca tal cual un hijo haría con su madre y salió con platos en la mano, no fue hasta entonces que Annel se acercó a Noira y la tomó del brazo para jalarle hacia la sala—. A quien tienes que conocer primero es al padre de Joseph, es un hombre muy serio, le gustan cosas muy complicadas, pero créeme que le vas a agradar. Sólo no lo mires mucho a los ojos.

— ¿Mande? —la chica frunció el ceño entorpeciendo sus pasos al caminar, Annel rio.

—Es broma. En verdad estoy muy feliz de que hayas llegado a pasar Navidad con nosotros.

—Bueno, se me hizo un poco extraño que empezaran las fiestas desde un día antes.

—Es tradición de todos los años, nos gusta mucho tener invitados en casa —Noira asintió sin saber muy bien qué decir, la cercanía de la mujer y su amable compañía sólo la hizo sentir más vigorosa y quería agradar a cada uno de los invitados, especialmente si se trataba del padre de Joseph—. Amor.

El viejo hombre de ceñuda expresión elevó su mirada del libro que sostenía en las manos y se levantó de su asiento sólo para saludarla.

—Noira, ¿cierto? —ella sólo logró asentir con la cabeza y tomó la mano que el hombre de edad le ofrecía—. Annel me ha hablado una y otra vez sobre ti. Incluso Eleanor y James, ya tenía mi cabeza llena de mucha información y ningún rostro al cual asociarle.

— ¿De verdad? Es un placer, aunque no puedo imaginar por qué mi nombre está en sus conversaciones.

—Pues tal parece a mi hijo le gustas —la chica de cabellos cenizos asintió ruborizada—. Es deber de un padre saber quién tiene tan despierto a su

hijo.

— ¿No habías pensado que Noira tal vez no sabía eso? —reclamó Annel.

—No, está bien, ya lo sabía, me lo acaba de decir hace unas horas —rio—. Pero, todavía estamos trabajando en ello.

—Esperemos que esta vez no meta la pata nuestro buen Joseph —Annel volvió a reclamar esta vez con un quejido de molestia que no pasó desapercibido por Noira.

—Y esperemos que eso no sea de tu incumbencia padre —Joseph le miraba con un gesto molesto desde la entrada del estudio, se acercó a Noira para colocar su mano en su espalda baja y continuó hablando—. Si no les molesta, llevaré a Noira a que conozca su habitación, pero claro que a ti te molesta.

Finalizó refiriéndose a su padre. Por supuesto que la chica notó aquella hostilidad en el semblante y manera de referirse hacia su padre, no comprendió mucho la situación en la que se encontraba y sólo siguió el camino que le mostraba Joseph, ni siquiera se atrevió a preguntar, tal como él lo había hecho con ella, dio su tiempo y esperó hasta que él se atreviera a contarle.

Caminar a través de las escaleras blancas hasta el tercer piso donde se dirigió a una de las habitaciones más lejanas, la gran puerta nuevamente blanca se abrió de par en par y frente a ella se encontró con un espacio de casi el mismo tamaño que su apartamento.

El piso de madera oscura estaba cubierto por una alfombra gris, así como toda la habitación que tenía aquel color, una sofá en forma curva estaba bajo el gran ventanal que dirigía su vista hacia el jardín, en el centro dos sillones con vista hacia una televisión y unos cuantos libreros. La cama de cobijas blancas y unos cuantos cojines grises, así como un escritorio junto a esta y unas cuantas lámparas elegantes. Y junto a la televisión que se encontraba sobre una chimenea eléctrica de pared, otra puerta más en la que supuso estaría el baño.

—Esto es impresionante —Joseph sonrió y empujó la maleta de la joven dentro—. ¿Dormiremos aquí?

— ¿Dormiremos? —comentó sorprendido por aquel comentario.

—Bueno, ¿esperas que escuche que las demás habitaciones están llenas y tú dormirás en el sofá de abajo? —Joseph estaba por asentir cuando ella le interrumpió—. Y supongo que esta es tu habitación, a juzgar por los colores sombríos y elegantes, así como el olor de tu colonia, y que también por supuesto, si entro al armario estará tu ropa. Por cierto,

¿dónde está el armario?

El hombre rio embelesado por el sentido de detective entrometido que Noira mostró y asintió a cada una de las cosas que ella ya había mencionado.

—Sí, esperaba que no hicieras preguntas y yo durmiera en la habitación de abajo junto a la secadora. Al menos dormiré caliente mientras se lava y seca la ropa —Noira se paseó observando cada bello detalle de la habitación para finalmente sentarse sobre uno de los sillones centrales.

—Puedes dormir aquí igual de caliente —Joseph sonrió listo para soltar un travieso comentario—. Es decir, oh por los cielos, sonó terrible lo que dije, ¿verdad?

—Suenan encantador que tengas una idea así de lo que podríamos hacer aquí —Noira negó riendo—. No quieras arreglar tus palabras.

—Hablaba de la chimenea, ¿sabes? —Joseph asintió consciente de lo que ya sus palabras habían causado en él—. Mira, puedes dormir aquí, hay suficiente espacio para los dos, tú de un lado y yo del otro. Somos lo suficientemente adultos como para saber qué hacer.

—Estar calientes —afirmó, Noira meneó la cabeza—. De acuerdo, aceptó tu invitación a dejarme quedar en mi propia habitación.

—No me provoques Joseph Myers, puedo mandarte a la otra habitación en cualquier momento.

—Tienes que conocer a todos, vamos.

Siguió al hombre de cabellos azabaches por todo el lugar saludando a su familia entera y conocidos, le alivió saber que con todos fue presentada como una muy buena amiga, a lo que absolutamente todos nuevamente respondieron con un asentimiento de cabeza que no creían que fuera algo menos que buena amiga, muchos rieron con ella ante la manera que les contó cómo lo conoció y de cómo Eleanor la eligió sólo por haberla dejado atrás. Asombrada por la manera en la que fue recibida, disfrutó cada momento en el que le preguntaron por sus hobbies, el lugar dónde trabajaba y de cómo seguía escuchando los aburridos monólogos de Joseph, incluso contempló la manera en la que se dirigían hacia los recuerdos de un Joseph Myers más alegre y con menos rigidez antes de la creación de la propia empresa.

Escuchó a cada uno de ellos contarle un poco más sobre el joven y se abrió un poco más a consideración de la admiración que tenía sobre él. Pero, en ella todavía cabía la duda de por qué el desapego del hombre y su padre, o de incluso por qué algunos hablaban sobre algo y terminaban

cambiando el tema, como si ocultasen algo.

Aproximadamente a las dos de la mañana cuando el vino empezó a escasear y Joseph tuvo que bajar hacia la cava de su familia para traer más, le acompañó y sonrió por haber asistido, sólo entonces se atrevió a acercarse a la cocina para pellizcar un poco de más pan que Annel le había dicho que todavía tenía.

—Estoy muy feliz que te encuentres aquí —comentó Eleanor, Noira hizo una mueca al darle un mordisco a su pan. Estaba segura de que aquella frase era la misma que Annel dijo—. No había visto a mis padres tan animados y por supuesto a Joseph conviviendo.

—Es porque está en casa —replicó luego de tragar su bocado, Eleanor frunció el ceño.

—Es porque estás con él aquí, hace más de diez años que no trae una mujer a la casa.

—Bueno no quiero darle todo el crédito, Annel me ha pedido que venga —Eleanor entrecerró los ojos asintiendo como si no hubiera algo más de trasfondo en aquella historia—. Es un gran hombre.

Comprendió que tal vez la insistencia de toda su familia era porque necesitaban ver a Joseph con pareja, pero no entendía del todo por qué, ¿o era simplemente porque así eran las familias? Después de todo la suya no había sido así, y ahora que por primera vez en mucho tiempo se sentía parte de una.

Manejó lo mejor posible su emoción por formar parte de un gran grupo de personas que siguieron cantando, comiendo snacks y bebiendo hasta altas horas de la madrugada. Niños corrían de un lado a otro y unos cuantos adolescentes suspiraban por ver a sus padres divertirse mientras platicaban lo que un joven a su edad hace.

Joseph tomó su mano con lentitud y sonrió levemente al verla bostezar, sus ojos lloriquearon un poco de sueño.

—Deberías ir a dormir.

—Todavía puedo aguantar —argumentó ahogando otro bostezo, Joseph tomó la copa que llevaba en las manos y la colocó sobre una de las mesas de servicio.

—Estas personas por lo menos dormirán hasta el siguiente día, es algo de rutina cada Navidad, ¿crees poder aguantar? —ella negó en señal de rendición y comenzó a caminar hacia las escaleras de color negro y

madera oscura.

— ¿Me acompañas? —preguntó en un inocente tono, anonado por su propuesta le siguió hasta llegar a la habitación juntos—. Pero ¿traes tu maleta?

No obtuvo respuesta y sólo le miró irse nuevamente a seguramente buscarla, lo cual ni siquiera tenía importancia alguna, después de todo en el armario tenía todavía muchas prendas suyas, pero sintió que debía acatar aquella orden que, sin serlo, hizo con gusto.

Consciente de que tal vez dormirían en el mismo lugar se puso nervioso, un hombre de edad que simplemente se ponía extrañamente como un niño junto a la niña que le gusta, Noira Clyde era sin duda la niña más hermosa que jamás había visto, no podía tener comparación alguna, sin saberlo cuando la conoció ocupó aquel lugar que creyó nadie podría hacerlo.

Treinta minutos más tarde luego de una larga interacción con su hermana acerca de lo mucho que lo quería y que extrañaba estuviera en casa, típico de su hermana cuando estaba pasada de copas, y luego del divorcio de la mujer que expresaba sus sentimientos todo el tiempo para que nadie no se atreviera a pensar que ella no los quería, como sucedió con su matrimonio.

Subió con pesadez hacia la habitación y al abrir la puerta observó un pequeño bulto descansando en la cama, no pudo evitar sonreír.

Noira lo escuchó entrar a pesar del sueño que pedía a gritos dormir, pero esperó hasta que el agua de la ducha dejó de correr y la puerta del baño se abriera de par en par. No pudo evitar asomarse, apoyó el codo sobre el colchón, vestía apenas un pantalón de pijama con su cabello mojado alborotado, paseó la mirada hacia su torso desnudo y luego subió hacia la sonrisa socarrona que le dedicaba.

— ¿Tienes algo que quieras decir? —agitó la cabeza e intentó gesticular palabra, ni siquiera había pensado en la idea de que al invitarlo a dormir en la misma habitación sería precisa, mente tenerlo junto a ella. Joseph observó aquel semblante perdido, no pudo evitar reír una vez más, necesitaba ser sincero con ella—. Que esté aquí no significa que sea una invitación a dormir juntos.

—Espero que sí lo sepas.

—Yo lo he dicho primero —se burló tirando de la cobija para meterse bajo de estas—. Buenas noches.

Noira tenía cierta desesperación porque estuviera a su lado, ni siquiera sabía por qué, ni se daba una idea de la insistencia de querer hablarle para que voltease a verla. Finalmente, luego de largos rodeos en su cabeza murmuró su nombre. Joseph respondió con un quejido y volteó a verle adormilado.

—Gracias por todo —el de cabellos azabaches giró por completo acomodándose frente a ella, esperando que ella dijera alguna otra cosa—. No sé qué más decir.

—Yo debería decirte que gracias, espero que mañana te guste tanto como hoy. Y tanto como a mí me ha gusta tu pijama, ¿es de satín?

Noira alcanzó a golpear su hombro reprochando su comentario, y aun así se ruborizó por este, quería comprender qué estaba sintiendo por aquel hombre y lo lograría sólo si se atrevía a dejarlo entrar en su zona de confort.

Y por los cielos que quería que así fuera.

Noira acunó con su mano el rostro del hombre y Joseph entonces cerró los ojos ante aquel toque romántico que inundó su corazón. Se sentía acorralada por la genuina atracción que sentía hacia él y logró seguir el deseo que tenía.

Y ese deseo era estar con él esa noche.

Capítulo 19

La noche de capas blancas vestía el lugar que se mostraba a través de los ventanales de la habitación, sin sonido alguno, sólo el de sus respiraciones que se agitaban con cada movimiento.

Noira se atrevió a acercarse hacia él y rápidamente sentándose a horcajadas sobre suyo sus mejillas se tiñeron de un leve color rojo que con la leve luz que entraba por las ventanas la hacía parecer lo que su apodo era, una Diosa, eso y la hermosa pijama de tirantes color azul oscuro que combinaba a la perfección con su piel.

Joseph no podía pensar en nada más que en el dulce peso que aprisionaba sus caderas y la manera en que le miraba, no tuvo que decir ni una palabra para que él se diera cuenta de lo que quería hacer. Aunque aquella inocencia la delataba y era algo que le fascinaba de la mujer, pero nunca imaginó lo que Noira estaba por decirle.

—Lo siento —él sonrió con gentileza colocando sus manos a cada lado de sus piernas, saboreando la tersa piel como de seda. Para Noira que era algo nuevo y si iba a entregarse de esa manera, no dudaría en hacérselo saber—. Yo nunca...

No continuó, pareció que decir la palabra o incluso la frase que Joseph imaginó que diría le apenaba, y comprendió luego de saber que muchos hombres les parecerían ofensa que una mujer de su edad estuviera en tales situaciones, o incluso les alegraría saber que desfloraban a una delicada mujer como ella.

Tomando de su cuerpo, balanceó para dejarla debajo de él y tomar el mando del momento.

—No haré algo que no quieras que haga —ella asintió y un dulce aroma varonil llegó a sus fosas nasales.

Noira gimió ante la presión de los labios del hombre contra los suyos, suaves y benevolentes con su inexperiencia y aquellos movimientos lentos que sólo hicieron que pidiera por excusas para seguir haciéndolo toda la vida.

Lo sintió bajar a recorrer su cuello, mordisqueando cada punto existente sensible en ella.

—Joseph —aquel vago suspiro que llegó a sus oídos lo hizo perder la cabeza y uno de sus más grandes deseos al escucharla decir su nombre

de esa manera se completó, pero quiso más.

Subió hasta sus labios para besarlos una vez más, ella intentó tomar el rostro del hombre para manejar la situación como mejor podía, pero no pudo cuando sus ojos se encontraron con los suyos.

Entonces Joseph supo que sí, quería volverse inmortal para estar con aquella Diosa.

De pronto el raciocinio desapareció del cuerpo de la mujer y echó la cabeza hacia atrás para darle paso a que hiciera de su cuerpo lo que él quisiera. Ni siquiera ella supo por qué, pero quería estar con él ese día.

El hombre no estaba para nada mejor que Noira, su cuerpo y mente ardían por todos los pensamientos, posiciones y movimientos que podría hacerle, y sólo uno sobresaltaba de todos ellos, quería hacerla feliz, y que el momento fuese especial para ella. Comenzó a frotar su cuerpo contra el de la chica y ambos murmuraron una súplica en sus mentes para tocarse mutuamente sin ropa.

Pensó con agitación y no paró de besar sus labios mientras bajaba con una mano a acariciar su espalda que se arqueó ante el toque sereno del hombre, de pronto los ojos azules de la mujer se oscurecieron de placer, sus vellos se pusieron de punta, era hermosa.

El nombre de la chica salió de sus labios con una voz ronca y rodeando su cintura para cargarla le acomodó mejor en la cama. Apretó su mandíbula al evitar hacer algún sonido que la hiciera sentirse apenada y comenzó su trabajo para desvestirla. Y, de cualquier manera, ella se sonrojó, angustiada cerró los ojos para no ver su reacción.

—Te he visto en ropa interior en el Bar, y ahora te avergüenzas de que vea tu cuerpo —ella rio llevando sus manos al rostro para taparse y sólo sintió la mano de Joseph entrelazando con la suya para que le mirara—. Eres la mujer más hermosa.

Y besó el dorso de su mano, ninguno de los dos estuvo preparado para lo que aquel diminuto gesto desataría.

Volvió a unir sus labios, lentamente saboreando cada parte de su interior y pronto se abrió paso con su lengua, le asaltó el calor con el que ella respondió.

Noira recorrió con una mano el camino a través de su torso, y él gruñó de satisfacción en cuanto se detuvo en el elástico de su pantalón del pijama que los separaba de una danza sexual. Su instinto hizo que jugara con este hasta que él se separó por unos segundos para clavar su mirada en

la de ella ardiente por el deseo.

Rio con solidaridad y finalmente se desvistió para ella, para él no hubo problema alguno que le contemplara.

— ¿Qué talla de zapato eres? —comentó recordando aquella platica que tuvo con la hermana del hombre acerca de que a las secretarias les interesaba saberlo, y con mucha razón.

Una risa gutural escapó de su garganta y viajó desde su cuello hasta el valle de los senos en un tortuoso camino de besos húmedos, emparejando su anatomía con la de la mujer que ya se encontraba húmeda de satisfacción, un suspiró escapó de sus labios cuando él acunó con una mano su seno mientras regaba el otro de besos y bajaba hasta la entrada de su feminidad.

Corrompida por el deseo pasó sus manos por la espalda del hombre que se detuvieron en cuanto su lengua pasó por su intimidad. Nunca creyó sentirse tan excitada como lo sentía en esos momentos.

Para Joseph los deseos que le provocaba le hacían querer seguir probando de ella durante toda la noche y es que verla retorcerse frente a él por el excepcional trato que le daba era extraordinario.

Se separó un poco al sentir las débiles manos de la mujer recorrer su cabello y pedir a murmullos que la dejara venirse.

Y así lo hizo, una sonrisa triunfante apareció en su rostro que no pasó desapercibida por Noira que se apenó una vez más.

—Soy talla cuarenta y cuatro Europeo.

—Por favor, no me digas que tu ropa es importada.

—Lo es, y también puedo importarte lo que quieras —Noira curvó los labios feliz, él era un bribón que decía todo directamente.

No se contuvo y quitó las manos que cubrían sus ojos, sólo para besarla y separar con el antebrazo las piernas de la mujer, que con gusto hizo preparada para lo que venía. Sus manos con torpeza tomaron el miembro del hombre y lo dirigió hacia su entrada que empujó con suavidad en un primeramente vaivén de dolor, que pronto se convirtió en puro éxtasis cuando se sujetó con fuerza de su espalda e intentó sincronizar sus movimientos con los del hombre.

No podía pensar en otra cosa más que en aquella persona de encima suyo que lo único que quiso desde el principio además de verla en su cama era hacerla feliz, le hizo gracia saber que al final él consiguió lo que quería y

por alguna razón, ella también sentía haberlo conseguido.

Un fuerte deseo de gritar la inundó cuando llegó al orgasmo y Joseph salió de ella sólo para venirse también. Y por primera vez en la vida de Joseph se apenó por no saber a dónde llegaría su noche de deseo.

No sabía si con su confesión esa noche afectaría en algo la escasa relación que llevaban, y de alguna manera lo olvidó sólo para concentrarse en ese momento que guardaría con ansias de repetirlo.

—Deberíamos ir a ducharnos —comentó en murmullo la mujer.

Joseph se estremeció por su petición y se fundió en un beso con ella, se reincorporó por unos segundos para mirarle y morder su propio labio rendido por el deseo de estar con Noira. Y durante toda la noche se hicieron uno, incontables veces, que incluso luego del arduo trabajo que pasaron se propusieron a dormir juntos hasta tarde.

Él después de todo estaría ahí, entregándole su debilidad y ella aceptando en todo momento lo que tenía para ofrecerle.

Despertó fatigado por la entrada de la luz de sol y por supuesto su intensa sesión de ejercicio, Joseph observó el reloj en su escritorio que marcaba las dos de la tarde y luego a la mujer que descansaba cómodamente la cabeza sobre su torso, soltó un largo suspiro que lo llevó a girar su cuerpo para abrazarla y retener la delicada figura de la mujer bajo su protección.

—Me ahogaré si haces eso —la escuchó con aquel tono de voz en bajo volumen—. Tal vez te muerda, tengo mucha hambre.

— ¿Ah sí? Yo también —comentó divertido y al escucharla una vez más rezongar bajó la mirada para darse cuenta de que ella ya lo estaba viendo—. Espera aquí, te traeré el desayuno de la tarde.

—No tienes por qué, puedo ir contigo —él besó la coronilla de su cabeza, a pesar de mostrarse como una mujer adorable sabía que era fuerte y determinada, para hacer todo lo que un hombre cualquier no esperaría que hiciera, en su lugar, deseaba cada diminuta acción, todas y cada una de ellas conformaban la mujer que era.

Su corazón latió con fuerza, ella sabía que le gustaba, pero ahora él se daba cuenta que iba más allá de gustos y deseos, algo más enérgico como lo era el querer y amar. Y eso de alguna manera le preocupó, no quería que al final ella no correspondiera aquellos sentimientos, se sintió de pronto como un niño entregando su dulce más rico o el juguete que le divertía más, no quería volver a sentirse perdido.

—Podemos bajar sólo si respondes las preguntas de mi madre del por qué despertamos hasta estas horas —Noira pareció considerarlo y finalmente volvió a recostar su cabeza—. Regresaré en un momento, no te preocupes.

—De acuerdo —y así lo hizo, desde la cama admiró cada centímetro de aquel cuerpo que la hizo gimotear durante toda la madrugada y parte de la mañana, no estuvo de acuerdo cuando se cubrió con una playera en conjunto con su pijama y salió de la habitación no sin antes regalarle un brioso guiño.

Un hombre de inigualables facciones que a su parecer era por mucho el mejor de todos con los que había salido y quedaba claro luego de que ella decidió entregarse a él, no cabía duda. El sabelotodo guapo trabajador, eso le gustaba.

«Así que, me gusta.», se dijo finalmente.

No era algo que podría ocultar, especialmente porque ya se sentía torpe a su alrededor cada que le miraba con compasión y ternura, e incluso los nervios que intentaba disimular. Odiaba en gran manera comportarse como una adolescente, pero a final de cuentas, así era el romance.

Observó por un largo rato el techo pensando en mucho y en nada, no tenía intenciones de enredarse en una relación, al menos no hasta ahora que contemplaba y se veía en una muy extraña relación.

Joseph entró entonces, y desayunaron en silencio, varias veces la miró sonreír y elogiar lo rico que estaba todo. Incluso luego de terminar y quedarse recostados, no hubo palabra alguna.

Es como si los dos no necesitaran hablar, aunque para Joseph sí había algo que comentar.

—Ese día que, me llamaste —masculló—. ¿Fui tu primera opción?

Noira sabía perfectamente a qué día se refería, pensó la manera en que le podía decirle que efectivamente sí había sido la primera y única opción a la cual llamar, no quería decirlo sin inflar su ego y que tal vez nunca olvidara aquel detalle.

Tristemente se encontró a sí misma luchando para no decirlo.

Ganó el lado bueno que deseaba de Joseph Myers.

—Sí, lo fuiste y no esperaba que hablásemos nunca de eso que pasó —el hombre disfrazó su emoción y asintió entendiendo que tal vez no había

sido el mejor tema para hablar, pero quería saber más.

—Dijiste que estaba muy bueno ir a la cama conmigo —ella estalló en una carcajada y cada fibra de su cuerpo se estremeció por el nerviosismo—. Está bien, no tienes que admitirlo que me deseabas desde el primer día que me conociste.

—Ese eras tú —él afirmó con ímpetu—. Ahora, iré a prepararme para bajar si no te molesta. Y no, no puedes acompañarme esta vez.

Comentó al ver que le quiso seguir hasta la puerta del baño, le pareció divertido esa nueva actitud suya que sólo le demostraba que él deseaba estar con ella, y por primera vez en mucho tiempo, volvió a confiar en alguien.

Capítulo 20

Bajaron aproximadamente a las cuatro de la tarde listos para comenzar con una temprana celebración de Navidad y ayudar en lo más posible.

Noira vestía una falda verde con calcetas negras y botas del mismo color, así como un suéter blanco de cuello alto. Joseph por su parte, había sido obligado por la chica a usar su vieja ropa con un pantalón ajustado café y un suéter nerd en blanco también.

Contentos en gran manera por la situación y de que por fin podrían dejar luego la conversación de cómo se desarrollaría la inexistente relación que Joseph quería tener y Noira simplemente ignorar dejándolo como próximo jefe/empleada.

La música navideña inundaba la casa entera, murmullos de familiares y amigos al platicar y caminar de un lado a otro acomodando lo que faltaba para esa noche de ensueño. El olor a jengibre, pavo horneado, pasta y más deleites culinarios inundaron el sistema de las dos personas recién llegadas que se acercaron a ayudar sólo picar un poco del buffet.

Sólo entonces Noira pudo apreciar la manera en la que estaba decorada la casa, en especial en gran árbol que iluminaba la sala central que desprendía un olor exquisito a pino recién cortado, no controló sus lágrimas al recordar aquellas festividades que también celebraba con su familia y la última que logró tener con ellos para que unas cuantas semanas después los perdiera.

Joseph le abrazó por detrás besando la coronilla de su cabeza, era un gesto del que no podía cansarse y se volvió recurrente desde que supo que trabajaba en el Bord'Elle.

— ¿Quieres hablar de algo? — meneó la cabeza y tomó sus manos para acogerlas entre las suyas, el tintineo de las luces junto con la animada música le trajo los nuevos recuerdos que tendría en un futuro.

Y una vez más, no supo interpretar la nueva relación que tenían.

Tocaron a la puerta que resonó en toda la planta inferior que la trajo de vuelta de sus pensamientos, y otro murmullo de voces los hizo voltear para saber de quién se trataba.

Con un vistazo bastó para que los dos se alejaran de inmediato sorprendidos por la aparición de Bruno Suaste que se paseaba por el pasillo hacia el comedor principal saludando a todos con una expresión de felicidad en su rostro, agarrado de la mano de una joven de tez aperlada, cabello castaño y tomada de la mano de un niño de a leguas parecía ser el

hijo de la pareja.

Joseph dio un paso hacia adelante, todos los años era lo mismo de invitar al hombre y esperaba que con la plática airada que tuvo con su padre días atrás, este año fuera la excepción.

Desgraciadamente para él, su familia sentía que le debía algo luego de que James enfermara y fuera él uno de los que cuidaba de su hermano hasta ahora.

En ningún momento nadie se percató de la hostilidad creada hasta que Bruno logró visualizarlos junto al árbol y tragó con dificultad cuando Noira desvió la mirada y tomó con fuerza la mano de Joseph.

Apenas dos días atrás él le proclamaba quererla y desear una relación juntos, ahora caminaba junto a una mujer y un niño. Una ferviente ola de molestia la inundó al pensar lo tonta que había sido al no darse cuenta e imaginó todos los momentos que pasaron, en todo momento fue la otra. Le molestaba más el hecho de haber caído en algo tan ridículo.

Noira frunció el ceño dándose cuenta de que seguramente Joseph también lo sabía y soltó su mano para caminar hacia la habitación intentando esquivar a todos en el lugar.

Asomó una sonrisa forzada y finalmente se saludaron, tanto su pareja como Bruno, y lo único que pudo responder fue una mueca para salir detrás de la mujer que ahora únicamente le importaba.

Subió los escalones de dos en dos sólo para llegar corriendo a la puerta de la habitación en la que se encontraba, ni siquiera se le ocurrió tocar y entró rápidamente, estaba sentada en la cama intentando doblar su ropa, lo único que tenía en mente fue salir de ahí y si en el inter perdía la amistad de Annel, no le molestaba.

No quería ser la burla en algún momento de Bruno o incluso su pareja si se enterase.

Joseph se sentó en el borde de la cama contrario al que ella estaba y se quedó en silencio por unos momentos, hasta que la escuchó hablar.

— ¿Por qué no me advertiste? —se encogió de hombros al saber que fue su error—. ¿Por qué demonios le dijiste que me invitara a salir?
“Conocernos mejor”.

Hizo comillas con los dedos y llevó las manos a su cara cubriéndola, era un descubrimiento que la hacía sentir tonta e indefensa por pensar que alguna vez Bruno en realidad sí la quería de verdad o sólo jugaría con ella

por diversión y aburrimiento de su verdadera relación.

—Yo...

—Maldita sea Joseph Myers, ¿es su esposa? —le interrumpió, el mencionado se encorvó apenado por la situación.

Él no tenía idea de por qué había dejado que aquellas palabras salieran de sus labios para empezar, no quería mandarla a la boca del lobo con un hombre casado y mucho menos que tuvieran una relación, no pensó que fuera lo que pasaría en esos momentos.

—Lo sé, no debí, es sólo que comenzaba a perdonarlo y ser buenos amigos una vez más que pensé que él podría ayudar a que te adaptaras en la empresa con facilidad —dejó escapar un suspiro que le pareció eterno a la mujer—. No esperaba que te sedujera.

Le acongojó saber que la palabra perdonar apareció en su vocabulario y pensó que tal vez esa era la razón por la que luego de haber salido con Bruno y hacerse cercanos, Joseph se volviera indiferente ante ella y evitara a toda costa al hombre.

Y también de por qué ahora se sentía tan intrigada por saber qué lo tenía tan inquieto tanto como a ella.

— ¿Qué le perdonaste?

Joseph le miró ceñudo, no estaba seguro sobre si mencionarle lo ocurrido sería una buena idea, de si eso cambiaría algo en ellos o propiamente en ella.

Estuvo por unos segundos dialogando con su subconsciente acerca de cómo comenzar la historia y si debía hacerlo, después de todo, Noira ya se había abierto con él con respecto a su vida, él también podría hacerlo.

—No me agrada Bruno porque —jugueteó con sus dedos por unos segundos, no era algo de lo que le gustaba hablar y que, por supuesto no hizo nunca, confiaba en que el tiempo lo haría olvidar que ese hombre era un oportunista—. Bueno, la mujer que se encontraba con él fue mi prometida.

Logró escupir las palabras con amargos recuerdos enterrados en su memoria y la vergüenza de haber sido un completo estúpido al creer cada mentira que escuchó de ellos. Noira atisbó una cruda realidad que la persona a su lado tuvo que vivir desde quién sabe cuánto tiempo, se acercó a él para tomar su mano y supo que su pequeña traición no se comparaba con la que Joseph estaba por contarle.

Capítulo 21

Todos abajo estaban expectantes por la escapada de Joseph, esperaban que luego de tanto tiempo el hombre ya hubiese olvidado que después de un año de la terminación de su compromiso, Bruno anunciara el suyo con la mujer.

La chica enalteció el poder que todavía tenía sobre el hijo de los Milton, y siguió saludando a todos los presentes, por su parte Bruno estaba inquieto, quería subir y disculparse con Noira.

Se excusó de su esposa para subir las escaleras y dirigirse hacia la habitación en la que seguramente estaría hospedada. Sus pasos se vieron desconectados de su persona, que disminuyeron haciéndose más lentos, no tenía en mente la manera de cómo dirigirse a ella o de cómo lograría disculparse.

Tocó la puerta repetidas veces hasta que salió ella.

Noira suspiró al verlo, cerró la puerta detrás de ella y esperó lo más indigno que él pudiera decirle, después de todo ya había perdida la total confianza que tenía sobre de él.

—Noira, disculpa —alcanzó a decir—. Me siento terrible de que te hayas enterado de esta manera.

La mujer aspiró con fuerza intentando esconder sus deseos de saltar en él para golpearlo, Joseph aun no le había contado lo sucedido, pero por su expresión temía que Bruno metió sus narices en la relación de su mejor amigo y pudo imaginar que el hombre frente a ella no tenía alguna de lo que estaba causando.

Se sentía molesta en gran manera y lo único que pudo hacer fue contenerse por el respeto a la fiesta que Annel con tanto esfuerzo preparó. No quería causar inconvenientes.

— ¿A qué vienes? —cruzó los brazos sobre su pecho castañeando sus dientes.

—Venía a decirte que lo siento.

— ¿Qué sientes exactamente? ¿Sientes lo imbécil que estás siendo? ¿O el daño que seguramente causaste? No puedo creer que todavía, después de todo, sigas aquí intentando disculparte por algo tan ridículo y banal como engañar a tu esposa o lo que incluso creo le hiciste a tu mejor amigo —tomó aire y empujó el cuerpo del hombre—. ¿Te das cuenta de que era

tu mejor amigo?

—No espero que lo entiendas Noira, mi matrimonio no es lo mismo —suplicó tomando sus manos para acogerlas—. Tú eres una mujer diferente y estoy enamorado de ti.

Pasmada de sus comentarios elevó la mano para golpear su mejilla en una estruendosa cachetada, que tiró su cuerpo todavía más hacia atrás tambaleándose.

—Soy una mujer diferente que se atreverá a tirarte de las escaleras si no te vas de esta casa ahora mismo —sentenció.

Bruno se colocó sobre sus dos pies con determinación y le miró hacia abajo, con un gesto en su nariz que comenzó a arrugarse con rapidez, la tomó del brazo para hacerla caer contra la puerta de la habitación con fuerza. Aquellos ojos oscurecidos de la rabia se internaron en sus más grandes miedos y sintió que sus piernas se doblegaron ante este.

— ¿Crees que no sé dónde trabajas? —su tono despectivo hizo que su piel se erizara, quiso fingir demencia y explicar que no sabía a qué se refería, pero aquella mirada era inconfundible—. Eres una cualquiera que trabaja en un bar, no esperes que la familia de Myers te acepte luego de saber qué haces por las noches.

— ¿Y qué hace por las noches? —preguntó Joseph al abrir la puerta en un forcejeó. Bruno también le echó un vistazo al soltar a la mujer, nunca habían peleado, pero por si su honor se trataba, lo haría—. Es momento de que sepas qué es lo próximo que vas a decir si no quieres que te tire por las escaleras.

Comentó burlón al repetir lo que Noira le acababa de decir, la chica se colocó detrás de Joseph esperando lo impensable.

—No vale la pena Joseph —comenzó a caminar lejos de ellos, el hombre quiso dejarlo ir y lo estaba por hacer cuando Bruno giró sólo para seguir ridiculizando el trabajo de ella—. No vale la pena estar con una prostituta.

Su cuerpo se movió gracias a una rabia que llevaba guardada desde mucho tiempo atrás, ni siquiera le dio tiempo de reaccionar cuando con su brazo derecho asestó el estómago de Bruno con su puño llevándolo hacia atrás y golpeando su cabeza contra la pared al tener tan estrepitosa caída.

—Eres una basura y espero que te des cuenta de eso algún día —dijo

entre dientes al escuchar a Bruno quejarse del dolor—. Me das lástima.

Noira entró corriendo a la habitación para tomar su maleta y empezó a guardar todo lo que había dejado regado, Joseph le siguió cerrando la puerta de un portazo y entendió que él también tendría que hacer la maleta rápidamente.

Salieron en unos pocos minutos hacia el auto y pocos más después ya se encontraba manejando hacia la casa de la mujer.

Dentro de él crecía una inmensa paz luego de descargar la ira que tenía contenida, y quería también liberar aquellos recuerdos, y si Noira lo escuchaba, estaría agradecido con ella toda la vida.

—Espero que estés conduciendo hacia alguna pizzería o algo así, estoy famélica —Joseph estalló en una risa satisfecha de escuchar lo mismo que él venía pensando.

—Si no te molesta creo que necesitamos encontrar algún lugar para pasar la noche y celebrar Navidad juntos.

—Los lugares están atestados, pasa a una pizzería y vamos a mi casa, tengo guardado una sidra barata del año pasado —bromeó al ver el gesto de Joseph, que intuyó seguramente que la única sidra que bebía él tenían un costo de más de miles de dólares.

Los pequeños copos blancos de nieve cayeron en una fresca brisa de Invierno que tanto le encantaba a la de cabellos cenizos que emocionada prestaba atención al camino sólo para pasear su atención de estos hacia Joseph que tarareaba una canción disfrutando de su compañía. No sabía qué tan difícil había sido la situación entre Bruno y él, pero quería conocer cada detalle, en especial en cómo podría ayudarle a sentirse mejor.

Él entonces cuando le preguntó de su familia le apoyó, tal vez no con palabras, pero siempre estuvo presente, aunque sea para hacer una mueca y lograr que riera. Los sentimientos que florecían por él eran fuertes y por alguna razón quería dejarlos crecer.

Algo en su persona alborotaba hasta su fibra más escondida, y de alguna manera sentía que era mutuo.

Manejó por un largo rato en silencio, y no sintieron que fuese tedioso ni incómodo, el olor a queso derritiéndose detrás en el asiento de los pasajeros inundaba sus fosas nasales y los hacía sentirse hambrientos. Aparcó justo frente de su casa preparándose para salir hacia el frío invernal de Toronto, satisfechos con la decisión bajaron con los labios curvados hacia arriba en una sonrisa sólo para llegar a la puerta y abrirla

rápidamente.

Joseph regresó poco rato después con la maleta de Noira cargando y la suya sobre la espalda. Nunca había entrado a su casa, y le pareció adorable cuando recordó que ella le comentó que no le gustaba cocinar porque su cocina era muy pequeña, y sí lo era para alguien de su altura.

El pequeño hogar de la mujer contenía una sala con televisión y la cocina justo al lado con una isla y dos sillas. Se abrumó cuando miró a Noira acomodar dos platos frente a la televisión, servilletas e incluso unos cubiertos.

Enmarcó una ceja cuestionando de por qué los pondría, y que tal vez sería una broma con respecto a la procedencia de sus padres—. Muy graciosa, yo sí me ensucio las manos.

Dejó su abrigo sobre una de las sillas y tomó asiento en el piso frente a la mesita central de madera color claro, no imaginó una combinación de ellos dos cuando sus colores favoritos eran más sombrías y que para Noira, serían unos más alegres, así como su sala lila y sofá café claro. Le gustaba el diseño, de eso estaba seguro.

—Como es Navidad —comentó abriendo la botella de sidra barata con la que Joseph creyó estaba bromeando y sirvió sobre dos vasos de cristal, esperó en todo momento a que acabara la frase, lo hizo hasta que terminó de servir y tomó los vasos para ofrecerle uno—. Veremos alguna película boba navideña.

—Oh vaya, mejor tortúrame en la cama —Noira negó feliz luego de darle un sorbo a su bebida—. ¿Por favor?

La chica se dio cuenta de que no había hecho su tradición más importante cuando servía bebida alcohólica en Navidad. Elevó su vaso acercándolo al de Joseph.

—Clink —murmuró golpeando levemente los vasos, esta vez bebió todo el contenido y volvió a servirse.

—Eres una mujer muy extraña Noira Clyde —le sonrió y sus ojos se iluminaron completamente—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad Joseph Myers.

Capítulo 22

Bruno empujó de su espalda a través de los pasillos del Mentor College, bien uniformado de saco y pantalones formales caminaba a duras penas para llegar hacia el jardín del lugar, donde estaba Reyna Bell, una chica bonita de largo cabello castaño y sonrisa que traía vuelto loco a Joseph Myers.

Era la típica chica nerd/popular que podías encontrar en aquellos libros virtuales que leía su hermana entonces, que proclamaba ser una mujer fea cuando muchos hombres sólo deseaban pasar tiempo sentados junto a ella para admirarle y él no era la excepción.

Bruno y él, pasaban tiempo contemplando su belleza desde el primer año, y cuando estaba por acabar, su mejor amigo tuvo que arrastrarlo hasta estar frente a frente.

—Hola —sonrió torpemente Joseph, un joven de dieciséis años por supuesto que sería así te torpe. Maldijo que fue la única frase que salió de sus labios.

—Hola —había respondido ella ruborizada, también Joseph estaba en la mirada de muchas chicas, y Reyna no estaba fuera de esa lista.

Y desde entonces, Bruno, Joseph y Reyna se dedicaban a charlar durante los descansos, los mejores amigos que se convirtieron pronto en algo más íntimos y Bruno comenzó a sentirse excluido por ellos.

Al principio le agradó saber que su amigo tenía algo de libertad, seguridad y esperanza luego del accidente de su hermano James, pero en cuanto Joseph y Reyna se hicieron pareja y la salidas a restaurantes, parques, cine y demás, sólo fueron ellos dos.

Para sorpresa de Joseph, Reyna era además de inteligente y bonita, muy candente y letrada. Algo que le impulsó a ser lo que era en el presente, y durante los cuatro años de Preparatoria fueron la pareja más envidiada del colegio, incluso cuando Joseph decidió estudiar en una Universidad diferente a la de Reyna.

Desde el inicio de su carrera, le otorgó el deseo que muchas mujeres esperan, y fue la seguridad de que cuando se graduase ellos se casarían.

Prometida durante cinco años, creyó que nunca llegaría el día en consumarse aquel matrimonio.

— ¿En verdad crees que suceda? —le preguntó Reyna a Bruno jugando con el anillo que llevaba en su mano—. Es decir, tener que esperar seis

años completos y quién sabe si Joseph todavía no querrá hacer más estudios.

—Ya ves que tiene la idea de abrir su empresa con James, que loco, ¿no?

—Reyna rio sorbiendo de su café cappuccino en la cafetería favorita de Bruno—. ¿Vas a esperarlo? Sólo falta un año más.

—He estado en una relación durante nueve años, ¿no podría esperar uno más?

—No lo sé, debe ser aburrido cuando Joseph sólo se la pasa estudiando y rara vez viene a Toronto, no has pensado, ya sabes... —los ojos de Reyna le inspeccionaron intentando comprender a lo que se refería.

Ninguno de los dos se atrevió a hablar cuando ella colocó su mano sobre la del joven que le sonrió enseguida. Acercaron sus labios en un beso fugaz, pendientes de que nadie conocido los hubiese visto y se ruborizaron al descubrir que un deseo crecía dentro de los dos.

Casi por instinto se volvieron a acercar para una presión en sus labios larga y demandante.

Y desde entonces sostuvieron una relación más cercana que la original, inspirados por el misterio y el miedo a ser descubiertos, se mantenían en bajo perfil en la casa del otro, restaurantes lejos de lugares concurridos y centros comerciales. Pasaron desapercibidos como buenos amigos en la familia de Joseph Myers, incluso después de haber empezado a planear el anuncio del compromiso de su amigo y la mujer que amaba.

Eran aproximadamente las tres de la tarde, la recepción en el Hotel más lujoso de Toronto se estaba llevando a cabo, las personas llegaban con regalos, y bien vestidos, Joseph se encontraba ansioso, sus manos sudaban, feliz por su graduación y por aquel anuncio.

Sus padres orgullosos porque después de todo, había sido un gran hijo, recto y con el camino bien establecido, nunca dudaron de él. Y después del casamiento de su hija Eleanor con un hombre que no le interesaba otra cosa más que su necesidad de escuchar que el mundo lo amaba; ellos no tenían mucho que esperar acerca de la mujer que se llamaba la prometida de su hijo. Aun después de haberla conocido durante diez largos años, querían estar seguros de que ella fuera la indicada.

Vestido de un traje azul oscuro y camisa clara, acomodaba constantemente su corbata y el largo de esta, revisaba si sus zapatos brillaban lo suficiente o aquel peinado relamido que toda su vida odió llevar. Reyna esperaba de él lo que un caballero debía ser, serio y con

porte, y era lo que él siempre le había entregado.

Sonreía a las personas que se acercaban para felicitarlo y luego caminaban hacia el lugar del evento, era obvio cuál sería la noticia, todos lo estaban esperando, durante diez largos años.

El único heredero de la cantidad inhumana monetaria de su padre y todas las acciones a comprobar, pero todo era meramente material, él sólo quería a Reyna Bell como su pareja y pasar una vida sencilla.

Media hora, una hora...

Joseph llamó incontables veces a la mujer, sólo para que todas y cada una de ellas lo mandara al buzón de la operadora. No quiso pensar mal, no quiso imaginar las situaciones por las que ella podría estar pasando y por la que no quería que se desenlazara en esos momentos.

—Seguramente se está preparando, ya sabes cómo son las mujeres en arreglarse —rio su padre tomando su hombro, sabía que su hijo se encontraba ansioso y poco faltaba para que también él lo estuviera—. Ve a buscarla a su habitación, los llamaré a cenar y pospondremos el anuncio para más noche.

Joseph asintió a su padre y le abrazó, simplemente sintió que era lo correcto. Subió al segundo piso del hotel, repitiendo una y otra vez el número de habitación.

La abrió como de costumbre, después de todo era su prometida.

— ¿Reyna? —murmuró seco al verla sobre un hombre disfrutando de una danza frenética. Tragó con fuerza y repitió su nombre un poco más fuerte, sólo que esta vez parecía un grito desesperado—. ¿Qué estás haciendo?

«Por supuesto que sé lo que está haciendo.», exclamó su subconsciente.

Parpadeó con fuerza cuando la vio cubrirse y vislumbras al hombre que yacía debajo de su prometida.

—Joseph, no es lo que parece.

— ¿No es lo que parece? ¿Y qué parece Bruno? —bramó agitando los brazos sin qué decir exactamente—. ¿Ella se cayó sobre ti y simplemente surgió?

Rio con furia, desarregló su corbata y de pronto sintió que la habitación se hacía más pequeña y toda pizca de raciocinio dentro de él se fue.

—Joseph, por favor. Lo amo —Reyna silenció cualquier otro comentario luego de percibir los ojos del hombre sobre de ella—. Lo siento.

«Lo siento, ¿lo siento?», asintió riendo una vez más.

Su sonrisa se esfumó cuando volvió su vista hacia ellos dos y se dio cuenta que, en diez largos años, ella aun no le había dicho que lo amaba. Y que no lo haría nunca.

Aplaudió lentamente casi por instinto y salió directo hacia el ascensor, sólo al presionar el botón de la planta baja notó que temblaba, contuvo las lágrimas y aspiró con fuerza. No le daría la satisfacción de sentirse superior a él.

Caminó con agilidad hacia le entrada del salón donde todos se encontraban cenando amenamente. El repiqueteo de una copa lo hizo girar sólo para ver a su padre a punto de anunciar que ellos estaban por fin ahí. Negó con lentitud hacia su padre e instantáneamente todos en la sala giraron a verlo.

De pie en la entrada, solo y sin ningún plan de cómo excusar lo que había sucedido. Lo único que salieron de sus labios fue un tartamudeo.

—No habrá compromiso.

Sólo escuchó la gran ola de voces preguntándose lo mismo que él al alejarse.

“¿Por qué? ¿Qué pasó?” Ni siquiera sabía qué fue lo que deliberadamente la llevó a realizar tal acto que consideraba traición.

Y lo más importante de todo, ¿qué había hecho mal para llevarla a tomar aquella decisión?

Capítulo 23

Joseph se sintió diminuto al terminar de contarle y en parte ridículo por creer que su dichosa historia podría compararse con la de Noira y sus padres.

Aquel gesto de inseguridad pudo advertirlo y entendió que ella era la primera en escuchar lo sucedido. Callada diagnosticó la situación rápidamente, con la mano de Joseph aun sostenida por la suya bajó del sofá donde se encontraba sentada y le abrazó.

—Reconozco esa mirada, crees que tus problemas no tienen importancia —mordió su labio pensando la manera en la que mejor podría animarlo y se alejó para ponerse frente a él—. Pero lo tienen, tú no hiciste nada malo y es momento de que alguien te escuche para que logres ser feliz.

Joseph asintió hipnotizado por sus palabras y comprendió que aquella mujer era incomparable, no le juzgó ni preguntó de más, sabía que podía esperar el tiempo para escucharlo y que él por fin liberara la decepción y rabia que llevaba por dentro. Le miró con profundidad ceñudo y pensante de lo mucho que le gustaba tenerla cerca. Ella dejó que los brazos del hombre la envolvieran una vez más y supo que lo único que haría sería amarla y que querría darle lo mismo en respuesta. Él era el sueño del que nunca creyó conseguir y deseaba sostener su mano por mucho tiempo más.

Se separó sólo por unos momentos para contemplar aquellos ojos azules que lo inspeccionaban todo el tiempo y la sonrisa que se formó en su rostro nerviosa le recordó dónde estaba realmente su corazón, quería quedarse ahí y nunca más irse.

Y la próxima vez que la sostuvo entre sus brazos no despegó la mirada de ella en ningún momento hasta recostarla sobre el sofá. Examinó cada peca, arruga, y vello que tenía, aquellos hoyuelos imperceptibles cuando hacía gestos para recriminar lo que hacía, su inexplicable relación se había vuelto sólida y a juzgar por sus expresiones, ella también lo notaba. Con su pulgar acarició las cejas peinándolas, y pasó hacia su mejilla para sentir la piel tan suave con la que desde un principio siempre soñó, hasta llegar a aquellos labios carmín que Noira abrió invitándolo a acercarse.

—Te necesito.

En un susurro apenas audible para los dos en aquella pequeña habitación, cuando sus manos encajaron a la perfección, se acercó a besarla y sentir toda la calidez que tenía para darle. Sus labios no se abrieron más para dar paso a un beso demandante, sino a uno con ternura que los dos lograron apreciar. Los corazones agitados y un sentimiento de paz que

consagraba aquella delicadeza con la que sus manos encontraron el camino para entrelazarse y descansar en el brazo del sofá por sobre su cabeza.

Y ninguno reparó en el momento que volvieron a la cama sólo para terminar lo empezado, estaba encantado con cada parte de su cuerpo, de su personalidad, la inteligencia y astucia que tenía, todo en ella le llamaba la atención, quería conocer más—. Si tú me dejaras amarte Noira.

Susurró como si no quisiera que nadie lo escuchase, ella lo escuchó como una petición, un ruego que le impulsaba a dejar que lo hiciera. Besó los nudillos del hombre en un suave ademán y no hubo tiempo de decir nada más cuando se fundieron en otra ola de deseo y afecto.

Acurrucados sobre la cama y la cobija cubriéndolos por completo, Noira disfrutó la caricia que Joseph le hacía sobre el brazo tarareando nuevamente aquella canción.

—Nunca me has platicado sobre de dónde eres realmente —lo único que creía recordar era que sus padres no eran biológicos—. ¿Canadá?

Negó como si pudiese verlo y pensó cómo explicar que ni siquiera él sabía de dónde provenía.

—Bueno, creo recordar que mi primer orfanato fue en Suiza, y a partir de ahí recorrí gran parte de Europa al ser adoptado por diferentes padres —suspiró recordando cada momento de aquellos días de su niñez. La mujer no quiso imaginar lo difícil que seguramente había sido en su momento—. No puedo quejarme, aprendí muchos idiomas al menos, me ayudó a posicionarme bien en la industria y los estudios.

Muchas preguntas se ahogaron en su garganta esperando a que alguna de ellas saliese como un taladro de sus cuerdas vocales disparadas hacia la memoria del hombre que seguía inspirado canturreando, algo que no le había visto hacer antes de llegar a la casa de sus padres.

Era felicidad y efectivamente Joseph se sentía a gusto junto a ella.

—Joseph —recibió un balbuceo de su parte y paralizada por su respuesta se atrevió a continuar—. ¿Qué somos?

—Somos... —pensó por unos segundos, acomodó la barbilla sobre la cabeza de la mujer y le abrazó un poco más fuerte sólo para luego liberar su agarre—. Somos un jefe y su empleada, que se enamoró de ella en cuanto la vio. La testaruda empleada se hizo en algo más que eso, y el jefe ahora sólo desea que ella lo acepte.

— ¿El jefe no duda de ella?

—No lo hace, podría decir que hasta ha llegado a amarla.

Le tomó por sorpresa saber que ya la consideraba de tal forma. Y sintió que también compartían los sentimientos.

— ¿Me amas?

— ¿Y qué si lo hago? —preguntó sobre su oído, se estremeció por la cercanía de su voz ronca—. ¿Estarías conmigo Noira? ¿Dejarías que te ame?

Y con cada palabra mencionada hizo que girara a verlo sólo para acabar anonada por la sinceridad que emanaba su voz y semblante. No evitó destellar felicidad y asintió levemente.

Seducido por el color favorito en sus ojos elevó la comisura de sus labios y se acercó a besar su frente y es que nunca se cansaría de hacerlo.

Capítulo 24

Dos años más tarde.

Vestía un traje negro, camisa blanca sin corbata y abierta de los primeros botones, el cabello alborotado sin gel y una sonrisa que no logró despegar en ningún momento.

Sabía que estaba feliz, pero los nervios lo turbaban haciendo que sus manos sudaran y bailase en el lugar de donde estaba parado, saludaba a todos esperando a que entrasen al jardín, esta vez no iban muchas personas, sólo los amigos más cercanos y familiares, y para ello se refería a las más de sesenta personas que parloteaban a lo largo del gran jardín del hogar Milton, bebiendo y comiendo los snacks de bienvenida.

Esperando a que comenzara la verdadera razón por la que todos se encontraban ahí.

Eran más de las 4:20 de la tarde y Noira ya se había retardado veinte minutos, no contestaba sus llamadas y nadie sabía dónde se encontraba. Trago con amargura y decidió no moverse del lugar hasta que ella hiciera su aparición.

La escuchó minutos después maldecir a través del pasillo mientras el sonido de su taconeo se movía cada vez con más rapidez, se interceptaron en algún punto y conmovido por lo hermosa que se veía se acercó a darle un dulce beso en la mejilla mientras le colocaba la mano con suavidad en su espalda desnuda.

—Odio tu auto, lo juro, es por eso por lo que toda mi vida he usado taxi o autobús, incluso metro, tren y hasta un burro si es necesario —dejó escapar una larga exhalación de la que estaba completamente consciente que llevaba tragando desde veinte minutos atrás—. Oh sí amor, no debí dejarte el auto, incluso perdiste el anillo cuando venías en camino, pero veo que lo recuperaste.

Farfulló intentando imitar su voz.

— ¿Perdiste el anillo?

—Sí, bueno acerca de eso, lo perdí por unos segundos y luego lo volví a encontrar, lo tenía en el dedo equivocado —habló atropellando las palabras—. ¿Tienes calor o sólo soy yo?

—No, desde que entraste por esa puerta que siento comenzó a hacer

calor.

—Lo sé, me veo espectacular, ¿verdad?

Joseph la tomó de la mano y le hizo dar una vuelta para observarla mejor, con un vestido color nude ceñido a la cintura de gasa y manga larga, con un gran escote en V y una abertura en la falda. Agregando también el cabello recogido con mechones sueltos, poco maquillaje y tacones bajos en el mismo color del vestido.

—Una Diosa, diría yo —comentó sobre sus labios cuando dejó de dar vueltas. Sujetó con fuerza la cintura y le acercó lo más que pudo para saborear todo su esplendor—. ¿Lista?

—Nerviosa —repitió entrelazando sus dedos, elevó el rostro admirando el jardín desde lejos, todos estaban esperando por ellos. Giró un poco para ver a Joseph y sonrió con el ceño fruncido—. ¿Y tú?

—Nunca he estado más listo.

Caminaron sujetos uno al otro y cuando salieron hacia aquel lugar todas sus preocupaciones y nervios se vieron esfumados por la nueva vida que pronto tendrían juntos.

Ellos no esperaban un final feliz, porque sabían que las buenas historias nunca terminan.